



La
BIBLIA
Popular

Mateo

Marcos

Lucas

Juan

Hechos

Romanos

1 Corintios

2 Corintios

Gálatas

Efesios

Filipenses

Armin J. Panning

La Biblia Popular

JOHN A. BRAUN

Editor General

ARMIN J. PANNING

Editor del Nuevo Testamento

Gálatas **Efesios**

Armin J. Panning

EDITORIAL NORTHWESTERN
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Los mapas de los viajes de Pablo fueron dibujados por el Dr. John Lawrenz.

Todos los pasajes bíblicos son tomados de la Santa Biblia, versión Reina Valera Estándar 1995 [América Latina], derechos reservados.

Derechos Reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida o archivada, ni transmitida por ningún medio—ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado o de cualquier otra forma—sin permiso de la editorial, excepto si se trata de breves citas para revisión.

Library of Congress Card 00-132226

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284

© 2000 por Editorial Northwestern

Publicado en 2000

Impreso en los Estados Unidos de América

ISBN 0-8100-1226-X

CONTENIDO

<i>Prefacio del Editor</i>	v
<i>Prefacio a la edición en español</i>	vi
Introducción a Gálatas	1
Saludo (Gálatas 1:1-5).....	14
Introducción a la carta (Gálatas 1:6-10).....	18
Primera parte	
Pablo defiende su apostolado (Gálatas 1:11–2:21)	23
Segunda parte	
Pablo explica la justificación: cómo es que el pecador es aceptado ante Dios (Gálatas 3:1–4:31).....	51
Tercera parte	
Pablo explica la santificación: cómo debe vivir ante Dios el pecador justificado (Gálatas 5:1–6:10).....	88
Conclusión (Gálatas 6:11-18).....	109
Introducción a Efesios	118
Saludo (Efesios 1:1,2)	126
Primera parte	
El plan eterno de Dios para la salvación (Efesios 1:3–3:21).....	129
Segunda parte	
Los bienaventurados efectos de la gracia salvadora de Dios (Efesios 4:1–6:20)	177
Saludos finales (Efesios 6:21-24).....	223

MAPAS

Lugares importantes en la carta de Pablo a los Gálatas	2
Parte occidental del Asia Menor	117

ILUSTRACIONES

Aquel, pues, que os da el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír con fe? (Gálatas 3:5)	50
--	----

Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre (Gálatas 4:30).....	85
--	----

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe (Efesios 2:8).....	149
---	-----

Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación (Efesios 4:4).....	175
--	-----

Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las acechanzas del diablo (Efesios 6:11)	215
--	-----

PREFACIO DEL EDITOR

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995. (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen el trasfondo histórico y explicaciones del texto, así como también aplicaciones personales.

Los autores de la *Biblia Popular* son eruditos con una visión práctica, adquirida en los años de congregación a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto han querido evitar el vocabulario técnico, que ha hecho de otras series de comentarios solamente material útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es que están centrados en Cristo. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de la *Biblia Popular* dirige nuestra atención a Jesucristo. Él es el centro de toda la Biblia. Él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de: mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica, cuando se considera conveniente. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo que permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión de Literatura cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos esta obra a la gloria de Dios y al bienestar de su pueblo.

Roland Cap Ehlke

PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del original para su mejor adaptación a la *Versión Reina-Valera 95*.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la *New International Version*, no concuerda plenamente con el de la *Versión Reina-Valera 95*, se cita la Nueva Versión Internacional o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión en español no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

Este volumen fue traducido por el Dr. Otoniel Rodríguez, natural de México y misionero en Chile, y Cristiana Zimdars, natural de México y esposa de un pastor que trabaja en Pomona, California. La Sra. Ruth Haeuser, natural de México y esposa de un misionero en Perú, y la Sra. Albina Teigen, natural de Lima, Perú, y esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota, hicieron la revisión de este libro. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Domingo de Pascua de 1999
Paul Hartman, director
Publicaciones Multilingües
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin
El Paso, TX, EE UU

GÁLATAS

INTRODUCCIÓN A GÁLATAS

Destinatarios

El párrafo inicial de esta breve carta nos informa que fue enviada “a las iglesias de Galacia”. Parece bastante claro, pero ¿dónde estaban ubicadas estas iglesias? En realidad, hay una cantidad sorprendente de discusiones que se han concentrado en esta pregunta.

Por suerte, no es absolutamente esencial tener una respuesta definitiva a esta pregunta para poder entender la carta. El Espíritu Santo nos ha dado aquí una epístola que es única y continúa siendo útil para todas las épocas y situaciones, porque le da una respuesta a la pregunta más fundamental: ¿cómo puede el pecador reconciliarse con Dios?

Aunque no es absolutamente fundamental la identificación de los destinatarios de la carta, las suposiciones que hacemos acerca de dónde vivían los gálatas influirán en la interpretación en varios puntos. Por lo tanto, es necesario que hablemos brevemente de este asunto.

Con respecto a la ubicación general de Galacia, no hay duda de que estaba situada en la parte central del Asia Menor, es decir, en el centro de lo que hoy día es la moderna Turquía. Cuando se trata de ser un poco más específico, surgen las diferencias de opinión. Los gálatas, los inmigrantes de Galia (la Francia antigua), vivían en la parte norte de la Turquía central. “Galacia” se podría referir al territorio habitado por este pueblo “gálata”. O se podría referir a la provincia a la que los romanos le habían puesto el nombre de Galacia, un área considerablemente más grande, que se extendía mucho más al sur. Debido a la diferencia que existe entre estas áreas geográficas, es difícil que Pablo las haya tenido ambas en mente.



Lugares importantes en la carta de Pablo a los Gálatas

El punto de vista del escritor de este libro es que Pablo le dirigió la carta a la congregación del área sur de la provincia romana. Para ser más específicos, éstas serían las congregaciones que estaban en Antioquía, Iconio, Listra y Derbe y en los alrededores de esas ciudades. Esa es el área de actividad que Lucas describe con más detalle en Hechos 13 y 14, donde nos habla acerca del primer viaje misionero de Pablo.

Fecha

Curiosamente, el asunto de *dónde* vivían los destinatarios de la carta de Pablo se relaciona directamente con el tema de *cuándo* les habría escrito la carta.

Si la carta fue escrita para las congregaciones que estaban en la Galacia de la parte norte, tendríamos que usar una fecha posterior. Por lo que sabemos del libro de Hechos, Pablo no viajó a ninguna de las áreas del norte del Asia Menor hasta su segundo y tercer viaje misioneros. A esto se le añade el hecho de que algunas de las afirmaciones que hace Pablo en la carta a los Gálatas (por ejemplo en 4:13) hacen suponer que había visitado Galacia por lo menos dos veces antes de escribir esta epístola.

Nuestro punto de vista de que Pablo les escribió a las ciudades del sur de Galacia implica una fecha temprana y resulta en lo siguiente. Pablo había visitado esas ciudades en su primer viaje misionero (alrededor del año 50 d.C.). Después, en su segundo viaje (51-53 d.C.), luego del Concilio de Jerusalén que se describe en Hechos 15, atravesó nuevamente este territorio del sur, distribuyendo las decisiones del concilio (Hechos 16:4).

Desde este territorio gálata, Pablo entonces continuó con su segundo viaje misionero el cual lo llevó a Macedonia y a Grecia. Parecería que no mucho tiempo después de su partida de Galacia surgieron problemas en esas congregaciones, porque Pablo está “asombrado” de que “tan pronto se estén alejando” de su fe anterior (1:6). Todo esto respalda la suposición de que la carta a

los Gálatas muy bien pudo haber sido escrita durante la última mitad del segundo viaje misionero de Pablo.

Tal vez el tiempo se pueda determinar con un poco más de exactitud. Por el hecho de que la carta no contiene ningún saludo de Timoteo ni de Silas, que son figuras claves en la obra que se lleva a cabo entre los gálatas y por esto son bien conocidos en esas congregaciones, la carta tal vez se remonte a ese período de la obra de Pablo en Corinto, antes que estos colaboradores se reunieran con él (Hechos 18:1-5). Si se puede seguir la pista de la carta al tiempo de la obra de Pablo en Corinto, eso la fecharía alrededor del año 52 y convertiría a Gálatas en la primera epístola que escribió Pablo.

Motivo para escribir esta carta

Suponemos que poco tiempo después de que Pablo salió de Galacia, surgió un problema que exigió atención inmediata. Por lo visto la distancia y la presión que ejercieron sobre él otros deberes (por ejemplo, comenzar una nueva misión en Corinto) impidieron que Pablo fuera a Galacia para atender este asunto en persona; por esto les escribió una carta, la epístola a los Gálatas.

El contenido de la carta y en particular el tono en el que fue escrita nos indican la urgencia de la situación. Pablo consideró que el problema era nada menos que un ataque frontal a la fe y a la vida de los gálatas. Un sustituto del evangelio (en realidad “no que haya otro”, 1:7) era lo que asediaba a sus gálatas; si lo aceptaban, su fe iba a naufragar. Era un asunto de vida o muerte que exigía una carta urgente e inmediata.

Pero, ¿cuáles eran el origen y la naturaleza de este ataque a los amados gálatas de Pablo? En realidad el ataque provenía de una fuente familiar: la oposición judía.

Recordemos la pauta de Pablo para llevar a cabo la obra misionera tal como nos la describe el libro de Hechos. Regularmente Pablo dirigía sus esfuerzos hacia los centros de población urbana (a propósito, este es otro argumento que favorece

la ubicación sur de los gálatas; prácticamente no había ciudades en el norte). En las áreas urbanas que eran populosas Pablo buscaba las sinagogas judías donde se leían y estudiaban con regularidad la Ley y los Profetas.

El mensaje que Pablo les dirigía a los asistentes a esas sinagogas era muy básico; les decía: “El Salvador que fue prometido en todo el Antiguo Testamento ya ha venido; es Jesús de Nazaret. Vivió una vida perfecta y sufrió una muerte inocente en la cruz por los pecados de todos los pueblos.”

Era poderoso el sencillo plan de salvación que Pablo les presentaba; los exhortaba, diciéndoles: “Arrepiéntanse de sus pecados, vuélvanse con fe a este Jesús de Nazaret. Acepten su perdón y tendrán la seguridad de que son hijos de Dios y herederos de la salvación eterna.”

La reacción inicial en las sinagogas era de una aceptación gozosa por un mensaje tan lleno de misericordia. Pero invariablemente a algunos les entraba la duda, se comenzaban a preguntar: “Con la salvación como regalo gratuito, ¿qué va a pasar con las leyes que nos dio Moisés en el Antiguo Testamento? ¿Qué pasa con los alimentos limpios, con la observancia de un sábado tranquilo y con la circuncisión de los hijos al octavo día de nacidos? ¿Es que de repente esas cosas ya no son de ningún valor?”

Las preguntas que hacían eran inteligentes y exigían una respuesta directa de Pablo; les tenía que decir que, en lo que concernía a la salvación, ninguna de las ceremonias ni de las prácticas de Moisés los podría acercar a Dios. Si querían conservar las costumbres de sus antepasados, lo podrían hacer *por elección*, pero esas costumbres no eran necesarias para obtener la salvación, porque era puramente un regalo de Dios.

Por supuesto, eso sonaba como una herejía para muchos que estaban acostumbrados a oír lo que se decía y enseñaba en la sinagoga, y reaccionaban violentamente ante las enseñanzas de Pablo acerca de la salvación por la gracia sola. La oposición judía conservadora siempre sacaba a Pablo de la sinagoga.

Pero el hecho de que Pablo saliera de la sinagoga no significaba el fin del mensaje cristiano. En la sinagoga había una minoría que aceptaba el mensaje de la salvación por la gracia sola y abría la puerta de su hogar para que se usara como centro de enseñanza de este evangelio liberador y vivificador. Cuando Pablo se iba a otras ciudades, esos creyentes de la sinagoga, que estaban enteramente preparados en la Palabra de Dios, se convirtieron en los líderes de las nuevas “casas que se usaban como iglesia”, las cuales pronto se llegaron a desarrollar hasta convertirse en congregaciones cristianas florecientes. El crecimiento en número provino mayormente de los judíos conversos que se unían a esas congregaciones. Sin embargo, la enseñanza y los cargos de liderazgo continuaban siendo ocupados por el competente núcleo judío que originalmente provenía de la sinagoga.

En todo esto vemos un recordatorio de lo que Jesús le había dicho a la mujer samaritana en el pozo de Jacob: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). Pablo, que era judío, le había proclamado el mensaje de un Jesús judío a Galacia, que era predominantemente gentil; y este evangelio se continuaba enseñando bajo el liderazgo de conversos judíos que provenían de las sinagogas locales. El mensaje cristiano que recibieron los gálatas era verdaderamente “de los judíos”.

El reconocimiento de que los gálatas dependían en gran manera del liderazgo judío nos ayudará mucho a entender la manera en que los gálatas se sentían confundidos. Otros maestros judíos (tal vez de un lugar de tanto prestigio como Jerusalén) habían ido a Galacia y habían desafiado a los líderes locales con respecto a la salvación por la gracia sola sin guardar ninguna de las costumbres ni de las ceremonias de los judíos.

A esto se le añade el hecho de que esos maestros recién llegados alegaban que eran cristianos. No negaban la vida perfecta de Cristo ni su muerte inocente en la cruz; más bien, afirmaban que el camino para recibir los beneficios de este Cristo era a través del método consagrado por la tradición de unirse al pueblo del

pacto con Dios, es decir, al convertirse en “prosélitos”, en conversos al judaísmo. De esta manera exhortaban a los gálatas a creer en Cristo y a guardar las ceremonias del Antiguo Testamento.

El que la gente enseñara esta religión híbrida no es ningún producto de nuestra imaginación, las Escrituras describen claramente a esos maestros. Por ejemplo, ellos les causaron problemas a los cristianos que estaban en Antioquía de Siria al insistir en que “si no os circuncidáis conforme al rito de Moisés no podéis ser salvos” (Hechos 15:1). Y cuando se convocó un concilio para resolver esta situación, ellos nuevamente se mostraron tal como eran. Lucas nos dice: “Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: ‘Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la Ley de Moisés’” (v 5).

Note que a los alborotadores de Jerusalén se les llama “creyentes” en el sentido de que se querían alinear con los cristianos y alegaban que creían en Cristo. Pero decían algunas cosas que no eran cristianas cuando insistían en que si los del pueblo se querían salvar, se tenían que circuncidar y obedecer la Ley de Moisés. Esa era una negación total de la salvación por la gracia y en realidad hacía que la obra de Cristo no fuera efectiva.

A los maestros que abogan por la aceptación de Cristo bajo las condiciones judías con frecuencia se les llama “judaizantes”. Al examinar la carta de Pablo a los Gálatas quedan muy pocas dudas de que los judaizantes habían irrumpido en las congregaciones de Galacia y habían revuelto por completo la sencilla fe cristiana de los creyentes gentiles. Así que, esto fue lo que motivó la carta de Pablo a los Gálatas.

Contenido

Haciendo alarde de su supuesta gran perspicacia, los maestros judíos recién llegados enfrentaron a los creyentes gentiles con una gran cantidad de argumentos persuasivos. Si vemos la refutación

de Pablo, encontraremos que hay tres argumentos erróneos principales que parecen ser el centro de las enseñanzas de los judaizantes:

- *No se puede confiar en “el evangelio” de Pablo.* Esta es su lógica: “¿Cómo saben que es verdad lo que Pablo les dice acerca de la salvación por la fe sin ninguna obra, cuando él mismo es ‘un don nadie’? Él no era discípulo ni ninguno de los Doce a quienes Cristo había enviado. Si el hombre es un desconocido, ¿cómo pueden confiar en su mensaje?”
- *La Ley de Moisés es el plan de Dios que se mantuvo a través de los años.* En contraste con las “innovaciones” de Pablo, los judaizantes hacían notar la antigüedad: “¡Fíjense por cuánto tiempo se ha mantenido en pie la Ley de Moisés! Éste es el plan de Dios, su ‘constitución’ sobre la que estableció un pueblo que ha sido únicamente suyo desde que se dio la Ley en el monte Sinaí. ¿Acaso no es más seguro unirse a esta nación al aceptar su constitución y sus leyes y de esta manera hacerse ustedes mismos miembros del pueblo de Dios y herederos de su salvación?”
- *¡Los pecadores necesitan la Ley!* Los judaizantes basaban su tercer argumento en la naturaleza humana. “A la gente le hace falta guía y dirección. Nunca respetarán a Dios ni tratarán decentemente a su prójimo a menos que sigan alguna pauta o regla. Y la pauta está allí para usted, hecha a la medida en la Ley mosaica”.

La carta de Pablo a los Gálatas aborda directamente estos tres puntos con un vigor notable. Es una epístola corta pero poderosa y el contenido sobrepasa a su tamaño. Sus seis capítulos se dividen en un bosquejo sencillo de tres partes y cada una de éstas contiene dos capítulos. En los primeros dos capítulos, Pablo toma el asunto de ser “un don nadie” cuyo mensaje no necesariamente debe ser confiable. En el tercer y cuarto, explica la verdadera naturaleza y el carácter de la Ley mosaica en la cual los judaizantes estaban depositando tanta confianza. Y en los dos últimos, demuestra que esta Ley no es el verdadero origen ni la motivación para llevar una vida y una conducta apropiadas.

Como un anticipo de los argumentos específicos que Pablo presentará, vamos a desarrollar tres puntos principales.

Capítulos 1 y 2: Pablo indica el origen del mensaje de su evangelio y de ahí su confiabilidad. También acepta que no es uno de los Doce, pero eso no hace que su mensaje sea poco fidedigno. Su mensaje viene tanto de Cristo como de los Doce, porque a Pablo se le otorgó la experiencia única de ser enfrentado personalmente en el camino a Damasco por el Cristo resucitado y ascendido. Cristo lo llamó y le dio una comisión. Por lo tanto, el mensaje de Pablo no venía de ninguna fuente ni autoridad humana. Venía de Cristo mismo.

Aunque su mensaje no lo aprendió de los Doce ni tampoco provino de ellos, éstos lo reconocieron y lo aceptaron. En el Concilio de Jerusalén no solamente estuvieron de acuerdo con su mensaje, sino que confiaron tanto en Pablo que acordaron dividir el campo de la misión con él. Los Doce iban a seguir trabajando con los judíos y Pablo se encargaría de predicarles a los gentiles, y a predicarles el mismo mensaje del evangelio, es decir, la salvación por la fe en Cristo sin la exigencia de guardar ni la Ley ni las ceremonias mosaicas.

Capítulos 3 y 4: Pablo explica la naturaleza eterna del evangelio, por esto es su superioridad sobre la Ley mosaica que llegó después del evangelio y solamente fue de uso temporal.

Después de pedirles a los gentiles que recordaran cómo habían obtenido la esperanza de la salvación, Pablo habla del ejemplo de Abraham que es más objetivo. ¿Cómo se salvó él? Por esta razón: “Creyó a Dios y le fue contado por justicia” (3:6). Fue salvado *por la fe*, y esto fue antes de que la Ley mosaica fuera dada en el monte Sinaí. Por consiguiente, la Ley de Moisés *no* es la esencia del plan de Dios para la salvación.

La Ley se añadió cuatrocientos años después de que se le había dado la promesa del evangelio a Abraham. Y aun entonces la Ley mosaica era solamente temporal; se limitaba a la nación judía, y aun en su caso, se aplicaba solamente hasta la venida de Cristo. Por lo tanto, a nadie se le debe exigir que guarde la Ley para obtener la salvación. El creyente en Cristo se salva por la fe sola sin la observancia de ninguna ley ni ceremonia. Esa persona es verdaderamente libre.

Capítulos 5 y 6: El evangelio obra el verdadero amor a Dios y motiva a los creyentes a realizar buenas obras; por esto la Ley no es necesaria para motivar una conducta apropiada en ellos.

La fe en Cristo no solamente libera a los creyentes *de* algo (las exigencias de la Ley), sino también los libera *para* algo (una vida de servicio gustoso a Dios y al prójimo).

Pablo ensalza esa libertad en los capítulos finales de su carta. El apóstol marca la pauta para toda esta sección en el versículo inicial del quinto capítulo, cuando afirma: “Cristo nos libertó para que vivamos en libertad” (NVI), y añade de una vez la advertencia que domina la carta: “Estad, pues, firmes... y no estéis otra vez sujetos al yugo de la esclavitud.”

Pablo hace esta advertencia a los que malinterpretan la libertad de la Ley como una licencia para hacer cualquier cosa que les plazca: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne” (5:16). La fe que se manifiesta en amor no resultará en un libertinaje desenfrenado; más bien, el fruto del Espíritu: amor, gozo, paz, etc., abundará y florecerá de una manera que la Ley no puede producir. Por lo tanto, ¡qué necedad sería regresar una vez más a la esclavitud de la Ley y así aceptar como amos a los

“débiles y pobres rudimentos” (4:9), los cuales son incapaces de producir cualquier bien o bendición!

Importancia permanente de la carta

En nuestros días no estamos plagados de judaizantes que nos apremien a ser buenos cristianos guardando la Ley de Moisés y por la observancia ceremonias del Antiguo Testamento como la circuncisión y los alimentos permitidos por la religión judía. Sin embargo, todos tenemos que sufrir el mismo tipo de presión; instintivamente sentimos la urgencia de hacer algo para estar bien con Dios. Cargados de pecado y de culpa, somos susceptibles al pensamiento que nos dice: “Tendré que hacer algo para estar bien con Dios”. Para nosotros eso tiene sentido.

En realidad, ese pensamiento tiene tanto sentido que a veces ha podido dominar y oscurecer el mensaje de la iglesia cristiana. En tiempos medievales la iglesia comenzó a proclamar un mensaje de salvación que en realidad dependía de los méritos humanos. La penitencia, las buenas obras y el mérito ganado por el sacrificio de la misa fueron asociados con el mérito de Cristo, de tal manera que el cielo se convirtió finalmente en una recompensa por haber guardado apropiadamente las pautas y los ritos de la iglesia.

No es sólo por coincidencia que Lutero considerara Gálatas como su epístola favorita; le tenía tanto cariño que se declaró “comprometido” con esta pequeña epístola. En realidad, ésta era su “Catalina de Bora”.

Lutero creía, y con razón, que estaba peleando contra Roma la misma batalla que Pablo había librado contra los judaizantes. En ambos casos, la respuesta a los falsos maestros tenía que ser exactamente la misma: la salvación no es el resultado de que el mérito de Cristo y el esfuerzo humano obren en combinación; la salvación es pura y solamente regalo de Dios, por la gracia sola, a través de la fe sola en Jesucristo, sin ninguna obra de parte del hombre.

Los herederos de la Reforma no son inmunes al pensamiento seductor de que le deben otorgar algún lugar al mérito. Una y otra vez nos llega el pensamiento de que “para ser salvo me tengo que convertir en una persona mejor; no me atrevo a ser tan malo como los otros”. Eso es asignarle al mérito humano un lugar impropio en nuestro pensamiento.

Para luchar contra estos pensamientos es necesario que regresemos una y otra vez a la verdad que enseñan las Escrituras de que el justo vivirá *por la fe*. En ninguna parte se expone esta verdad con tanta claridad como en la epístola de Pablo a los Gálatas. Nosotros también haríamos bien en “comprometernos” con esta breve carta.

Bosquejo de Gálatas

Saludo 1:1-5

Introducción a la carta 1:6-10

I. Pablo defiende su apostolado 1:11–2:21

A. Pablo fue llamado directamente por Cristo

1:11-24

1. Vida de Pablo antes de su conversión 1:11-14

2. Circunstancias que rodearon la conversión de Pablo 1:15-17

3. Visita de Pablo a Jerusalén tres años después de su conversión 1:18-20

4. Estadía de Pablo en Siria y en Cilicia 1:21-24

B. Pablo fue recibido por los otros apóstoles

2:1-21

1. El evangelio de Pablo fue reconocido en el Concilio de Jerusalén 2:1-5

2. A Pablo le fue asignada un área en la obra del evangelio 2:6-10

3. Pedro acepta las advertencias de Pablo 2:11-21

- II. Pablo explica la justificación: cómo es que el pecador es aceptado ante Dios 3:1–4:31
 - A No por las obras, sino por la fe sola 3:1-18
 - 1. La experiencia de los Gálatas 3:1-5
 - 2. El caso de Abraham 3:6-9
 - 3. La diferencia entre la Ley y el evangelio 3:10-14
 - 4. La promesa que ya se le había dado a Abraham 3:15-18
 - B. Los cristianos están libres de la Ley 3:19–4:31
 - 1. Descripción de la Ley 3:19-29
 - 2. La parábola del heredero menor de edad, una ilustración de la vida diaria 4:1-11
 - 3. Libres de la Ley: el ejemplo de la conversión de los gálatas 4:12-20
 - 4. El ejemplo de Ismael e Isaac (una alegoría) 4:21-31

- III. Pablo explica la santificación: cómo debe vivir ante Dios el pecador justificado 5:1–6:10
 - A. Palabras de ánimo que fluyen de la doctrina de la justificación 5:1–6:5
 - 1. Manténganse firmes en su libertad cristiana 5:1-12
 - 2. Caminen en el espíritu, no en la carne 5:13-25
 - 3. Sean considerados con los débiles y con los que cometen alguna falta 5:26–6:5
 - B. Advertencias generales 6:6-10
 - 1. Palabras de ánimo para respaldar a los mensajeros del evangelio 6:6-9
 - 2. Palabras de ánimo para hacer el bien a todos, especialmente a los creyentes 6:10

- Conclusión 6:11-18

SALUDO (GÁLATAS 1:1-5)

1 Pablo, apóstol (no por disposición de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos), ² y todos los hermanos que están conmigo, a las iglesias de Galacia: ³ Gracia y paz sean a vosotros, de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, ⁴ el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo,, conforme a la voluntad de nuestro Dios y Padre, ⁵ a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Pablo comienza su carta según la fórmula normal que se usaba en esos días. Aquí no hay ninguna oración completa; los versículos son frases que han sido arregladas en un patrón o pauta común y consiste en tres partes. En la antigüedad, primero se identificaba el autor o el que enviaba una carta, junto con los que deseaban ser reconocidos por los lectores. Aquí están “Pablo... y todos los hermanos que están conmigo”. Luego el autor indica quiénes son los destinatarios. Esta carta se estaba enviando “a las iglesias de Galacia”.

La tercera parte de la fórmula consistía en saludos o buenos deseos, que aquí se expresan con las palabras “gracia y paz sean a vosotros, de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo”. La palabra que se traduce como “gracia” era el saludo griego normal y “paz” (shalom) era, y todavía es, el acostumbrado saludo hebreo. Sin embargo, viniendo de la pluma de Pablo, esas palabras tenían un significado infinitamente más profundo que las de un saludo común.

Miremos con más detenimiento cada una de estas tres partes del comienzo de la carta. Es conveniente que comencemos con la segunda parte: los destinatarios de la carta.

Note que Pablo usa el plural cuando dirige esta carta “a las *iglesias* de Galacia”. Como ya se indicó en la introducción, seguimos la suposición de que ésta es la provincia romana de Galacia, ubicada en la parte central del Asia Menor, es decir, la moderna Turquía. Pablo habría ido a través de este territorio en su primer viaje misionero, alrededor del año 50. En la parte inicial de ese viaje, predicó en las ciudades de Antioquía, Iconio, Listra y Derbe.

Comenzó sus esfuerzos de predicación en las sinagogas, en donde su mensaje del evangelio obtuvo cierto número de conversos entre los oyentes judíos. No obstante, cuando la mayoría de los miembros de la sinagoga se volvieron contra él y lo expulsaron de su casa de adoración, Pablo se volvió a los gentiles; y muchos de ellos oyeron gustosamente el mensaje y llegaron a la fe en Cristo.

Al regresar de su primer viaje misionero, Pablo volvió sobre sus pasos a través de esas cuatro ciudades de Galacia, estableció una organización rudimentaria para las congregaciones y nombró ancianos que iban a proveer el liderazgo suficiente para que la predicación y la obra de evangelización siguieran en marcha (Hechos 14:21-23). De esa manera las congregaciones parecen haber estado constituidas en su mayor parte por gentiles, pero con un número significativo de judíos que estaban bien versados en las Escrituras del Antiguo Testamento y que sirvieron como ancianos y líderes espirituales. A esas iglesias se les dirigió la carta a los Gálatas.

El autor de la carta es “Pablo, apóstol”. No necesita decir mucho acerca de sí mismo porque lo conocían bien y era su padre espiritual. Había trabajado entre ellos en su primer viaje misionero (50 d.C.) y aproximadamente dos años después de eso, regresó a través de su territorio en su segundo viaje (Hechos 16:6). Este viaje lo llevó más allá del Asia Menor a Europa: a los países de Macedonia y Grecia. Allí en Grecia, separado por una gran distancia de sus amados gálatas, le llegaron las noticias de los problemas que habían surgido en las congregaciones de Galacia.

Como posteriormente se verá en la carta, a Pablo lo estaban atacando en Galacia en un intento por desacreditar su mensaje. Con sus credenciales y su autoridad en duda Pablo hace un reclamo significativo al inicio de su carta: se llama “Pablo, *apóstol*”. Un apóstol es un embajador, un representante, alguien que ha sido “enviado” para hablar por otro. Pablo hace ver esto en la primera línea de su carta.

Él había sido enviado, pero “no por disposición de hombres ni por hombre”. Sin duda, Pablo había sido comisionado por los líderes de la iglesia de Antioquía de Siria para llevar a cabo la obra misionera en el extranjero (Hechos 13:1-3). Pero en el análisis final no habían sido ellos los que lo habían enviado, ni ninguna autoridad humana; sino “por Jesucristo y por Dios Padre que lo resucitó de los muertos”.

En este punto y sin entrar en detalles, Pablo les recuerda a los gálatas que Jesucristo lo confrontó personalmente en el camino a Damasco y lo escogió y envió a predicar el evangelio. Esa no fue una elección arbitraria hecha sólo por Cristo; llevaba también la aprobación de Dios el Padre, que de una vez por todas había indicado que respaldaba por completo a su Hijo al resucitarlo de entre los muertos. Este apóstol, escogido por Dios el Padre y por Dios el Hijo, es el autor de la carta a los Gálatas. Merece ser escuchado, no solamente por los gálatas del primer siglo sino también por nosotros.

Está acompañado por “todos los hermanos que están conmigo”. Es algo problemático saber quiénes eran esos hermanos; no parecen haber sido colaboradores de Pablo, porque usualmente los menciona por nombre. Por ejemplo, en los versículos iniciales de 1 y 2 de Corintios, de Filipenses, de Colosenses y de 1 y 2 de Tesalonicenses menciona a colaboradores como Sóstenes, Silas y Timoteo. “Los hermanos” tampoco parecen haber sido los creyentes de la congregación en donde Pablo estaba trabajando en el momento de escribir; a éstos normalmente se refería como a “los santos” (Filipenses 4:21,22).

Por lo visto, “los hermanos” eran conocidos de los gálatas porque no era necesario presentarlos. Suponemos que ellos deben haber sido una delegación que fue enviada por los gálatas para informarle a Pablo acerca de los problemas que habían surgido en las congregaciones y para pedirle su ayuda.

Ya hemos hecho alusión a que las congregaciones de Galacia estaban constituidas por una mezcla de judíos y gentiles. El saludo característico de Pablo en griego, “gracia”, y su contraparte judía, “paz”, reflejan esta mezcla. Pero sus palabras son mucho más que un formulismo común para presentar un saludo. Para un predicador del evangelio como Pablo, *gracia* y *paz* van juntas como la relación que existe entre la causa y el efecto.

La gracia es esa cualidad insondable de Dios la cual hace que en Cristo nos dé regalos grandes y preciosos a nosotros que somos pecadores y no los merecemos. La paz es el efecto de la gracia en nuestra vida.

Pablo tiene estas dos cualidades presentes cuando en su saludo habla de la gracia y de la paz que vienen “de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo, el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados [aquí está la ‘gracia’] para librarnos del presente siglo malo [aquí está la ‘paz’ que viene porque los pecados han sido perdonados]”.

Estos dos elementos, la gracia y la paz, están en el corazón mismo del evangelio. E, irónicamente, eran el objeto del ataque en las congregaciones gálatas. Con razón Pablo mostró de inmediato su inquietud en el párrafo de introducción que sigue.

INTRODUCCIÓN A LA CARTA (GÁLATAS 1:6-10)

⁶ Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. ⁷No que haya otro, sino que hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo.

⁸ Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema. ⁹ Como antes hemos dicho, también ahora lo repito: Si alguien os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema.

¹⁰ ¿Acaso busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.

En sus otras cartas Pablo por lo general pone, inmediatamente después del saludo, lo que podríamos llamar una “oración laudatoria” o elogiosa. En esta oración larga y compleja, Pablo le agradece a Dios por los lectores que aceptan el evangelio y su crecimiento en la fe. Es típica la oración que comienza en Romanos 1:8. El tercer o cuarto versículo en 1 y 2 de Corintios, Efesios, Filipenses, Colosenses y 1 y 2 Tesalonicenses también comienzan con “oraciones laudatorias” o elogiosas. Por lo tanto, es sorprendente que esta oración *no* aparezca en Gálatas. Más bien, usando un lenguaje fuerte Pablo se dirige de inmediato al problema que tiene a mano cuando escribe: “Estoy asombrado de que tan pronto os hayáis alejado del que os llamó por la gracia de Cristo, para seguir un evangelio diferente. No que haya otro”.

Pablo estaba asombrado y estupefacto de que todo eso estuviera sucediendo tan rápido. Suponemos que hacía muy poco tiempo había estado con ellos en Galacia al principio de su segundo viaje misionero. Los había fortalecido con la predicación y con la enseñanza del evangelio. Parecía que todo estaba bien, y

entonces se fue a los países de Macedonia y de Grecia, donde ahora estaba trabajando. Pero apenas había comenzado su labor en la ciudad griega de Corinto, cuando le llegaron las malas noticias por vía de una delegación de “hermanos” de Galacia. ¡Las congregaciones gálatas estaban abandonando a Aquel que los había llamado por la gracia de Cristo y se estaban volviendo hacia un evangelio diferente!

Sin embargo, Pablo no da por perdidos a los gálatas; ellos todavía no han rechazado por completo el evangelio. No obstante, Pablo les hace saber que estaban jugando con algo muy peligroso al escuchar un mensaje que le resta importancia a la gracia. Les recuerda que fue la gracia la que motivó a Cristo a entregarse por los pecados de ellos y a rescatarlos de la impía era presente. Ya habían sido rescatados, pero ahora corrían el peligro de regresar a la esclavitud. Habían sido liberados, pero ahora contemplaban la idea de renunciar a su libertad; sí, de renunciar al evangelio mismo.

¿Qué es lo que los ha guiado a actuar de esa manera tan insensata? Pablo sólo puede sacar una conclusión: “Hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo”.

Algo que llama la atención en la carta a los Gálatas es lo poco que Pablo dice acerca de los que están causando los problemas. No los nombra, no nos dice cuántos hay, ni siquiera dice si hay muchos que siguen a los alborotadores. Eso indica que la preocupación principal de Pablo es por los miembros de la congregación cuya fe está en peligro; sentía lástima por ellos. Como resultado, Pablo no se mete en ninguna lucha con los falsos maestros; en realidad, ni siquiera se dirige directamente a ellos. En vez de eso, le habla a la congregación acerca del problema y le señala los peligros que están amenazando su fe en Cristo.

El análisis que hace Pablo del problema es “que hay algunos que os perturban y quieren alterar el evangelio de Cristo”. Por los indicios que se encuentran en el resto de la carta, hasta cierto punto podemos concluir qué es lo que estaban haciendo los alborotadores. Por lo común, Pablo advierte en contra de aceptar

la Ley mosaica y de someterse al rito de la circuncisión. Posteriormente Pablo dijo que los gálatas comenzaban a observar “los días [especiales], los meses, los tiempos y los años” (4:10); sin duda era una referencia a la celebración del *Sabbath* (sábado) judío, la observancia de la luna nueva y las festividades anuales.

Las personas que causaban esta confusión parecen haber sido los judaizantes, que promovían la idea de que los cristianos gentiles entran al reino de Dios al aceptar el judaísmo. Estos judaizantes no parecen haber negado los méritos del sufrimiento ni de la muerte de Cristo. Admitían la necesidad de la fe en Cristo como el Salvador prometido; su objeción más bien parece que iba dirigida contra la idea de la salvación *por la fe sola*, porque se oponían al pensamiento de que la salvación podía venir de Dios solamente como un regalo, *por gracia sola*. Sostenían que además de aceptar a Cristo, el creyente también debía guardar la Ley mosaica y las ceremonias del Antiguo Testamento.

Ésta era una perversión total del evangelio libre que Pablo les había predicado, y lo denuncia en términos muy fuertes. Profiriendo una maldición, Pablo afirma: “Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema.” Dice que realmente es inconcebible que él se retractara del mensaje de la gracia sola en Cristo que les había predicado consistentemente a los gálatas. Y si era *inconcebible* que Pablo negara la gracia de Cristo, era totalmente *imposible* que un ángel lo hiciera. Pero con una afirmación drástica Pablo muestra la gravedad de la situación cuando dice que si aun él o un ángel predicara esa mezcla del mérito con la gracia, que caiga bajo maldición. Pablo no toma a la ligera la doctrina falsa, como la gente tiende a hacerlo hoy.

Ni Pablo ni los ángeles predicarían tal “evangelio” en el que las obras humanas se añadían al mérito de Cristo, pero realmente ésta era la prédica que se oía en Galacia. Pablo no menciona ningún nombre, pero no deja duda de que habla acerca de sus adversarios judaizantes cuando repite su maldición: “Si alguien

les anda predicando un evangelio distinto del que recibieron, ¡que caiga bajo *maldición!*” (NVI). Sea *anatema*. Que se condene en el infierno.

Pablo usa un lenguaje fuerte bien calculado para silenciar tan rápido como fuera posible la calumnia que por lo visto estaba circulando acerca de él. El apóstol tenía una característica digna de elogio que sus adversarios malinterpretaron y levantaron contra él como si fuera una falla. Al intentar ganar conversos para el evangelio hizo el esfuerzo especial para no ofender a la gente ni distanciarla. Él mismo nos dice “me hice todo para todos” (1 Corintios 9:22, NVI). Los adversarios de Pablo tergiversaron esto y lo acusaron diciendo: “Pablo sólo está halagando a la gente. Es un político astuto que trata de ganarse el favor de ellos al decirles lo que quieren oír.” Un ejemplo específico de lo que estamos hablando parece haber implicado otra vez la observancia de la Ley mosaica. Pablo no exigió que sus oyentes la guardaran porque sencillamente la Ley había estado anunciando a Cristo, y la venida de Cristo ya la había invalidado como obsoleta. Sin embargo, los judaizantes todavía insistían en que se debía guardar; les parecía que Pablo estaba perdonando a la gente fácilmente al no exigir las demandas de la Ley, y en la opinión de ellos, sólo estaba ganando favor y seguidores para su causa.

Pablo usa la fuerte declaración de *anatema* para probar la lógica de sus adversarios. En vista de la maldición drástica a los pervertidores del evangelio (v 9), Pablo pregunta: “¿Busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios?” Tal acción y su discurso no fueron calculados para ganarse el favor de los hombres. Pablo recurrió al discurso franco solamente para mostrar su lealtad y fidelidad a Aquel que era su verdadera preocupación, es decir, al Dios que lo había llamado y que le había dado un mensaje que debía anunciar. Tratar de congraciarse con los hombres y darle la espalda a Dios sería un suicidio espiritual, porque como Pablo dice: “Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo.”

El primer punto que Pablo trata en su carta es que él sí es un siervo fiel de Cristo, y dedica el primer capítulo y el segundo a este tema.

PRIMERA PARTE
PABLO DEFIENDE SU APOSTOLADO
(GÁLATAS 1:11–2:21)

Pablo fue llamado directamente por Cristo

¹¹ Pero os hago saber, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es invención humana, ¹² pues yo ni lo recibí ni lo aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo.

Después de sus duras palabras a los falsos maestros que trataban de arruinar el evangelio al mezclar las obras humanas con los méritos de Cristo, Pablo cambia a un tono cálido y agradable dirigido a los miembros de la congregación a quienes él estaba tratando de infundir ánimo y de alentarlos en la verdad.

Al hablarles como “hermanos”, sigue con el asunto de la relación que tiene con el mensaje que entrega. Les hace ver de una vez que no es su propio mensaje; en realidad no es ningún mensaje humano: es divino. Es la Palabra de *Dios*.

Al llegar a este punto Pablo ya anticipa una objeción. Ciertamente, es el mensaje de Dios, pero ¿acaso no era posible que Pablo lo hubiera obtenido de otros? Por ejemplo, ¿no sería que lo hubiera recibido de los Doce, que habían vivido y viajado con Jesús, para que él (Pablo) quedara en deuda con ellos por lo que sabía del evangelio? Y si él lo había aprendido de los Doce, en cierto sentido ¿no era Pablo un apóstol de “segunda generación” y por esto inferior a los apóstoles “originales”?

Pablo insiste en que éste no era el caso de ninguna manera. Porque “pues yo ni lo recibí [el evangelio] ni lo aprendí de hombre *alguno*, sino por revelación de Jesucristo”.

El evangelio de la salvación por la gracia sola no era el tipo de mensaje que los hombres podrían inventar y por esto no podría haber sido recibido de ninguna fuente humana. Pablo tampoco era

especialmente dócil, ni una persona a la que se le pudiera enseñar sencillamente, a quien se le pudiera llevar con facilidad a un nuevo punto de vista. No, como él lo hará ver en breve, se resiste intensamente a cualquier cambio en sus puntos de vista religiosos. Lo único que podía tener importancia para que Pablo aceptara el evangelio era que él había recibido este mensaje directamente de Cristo, por revelación.

Este asunto es tan importante para la presentación de Pablo que respalda su afirmación de que recibió la revelación divina directamente de Cristo con cuatro argumentos que lo demuestran:

1. Su vida antes de la conversión (vv. 13,14);
2. Las circunstancias que rodearon su conversión en Damasco (vv. 15-17);
3. Su visita a Jerusalén tres años después de su conversión (vv. 18-20);
4. Su estadía en Siria y en Cilicia (vv. 21-24).

Vida de Pablo antes de su conversión

¹³ Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba. ¹⁴ En el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación, siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres.

Nótese que el versículo 13 comienza diciendo “Ya habéis oído”; de esa manera da una razón, respalda una afirmación previa. Pablo había hecho énfasis en que no había recibido su evangelio de los hombres; a eso le agrega otro argumento: Si ustedes saben las circunstancias de mi caso, realmente es muy improbable que yo haya sido influenciado por los hombres. Yo era el tipo de persona a quien nadie le podía decir nada. Sólo miren mis antecedentes.

“Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios.” ¿Cómo se habían enterado los gálatas? Sin duda Pablo ya se lo había dicho; sabemos que en otras circunstancias no había eludido revelar los detalles de su pasado que había sido sórdido. Les había dicho a los corintios que no merecía ser llamado apóstol “porque perseguí a la iglesia de Dios” (1 Corintios 15:9), y le había admitido a Timoteo: “habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador” (1 Timoteo 1:13). Con toda probabilidad Pablo había sido igualmente franco con los gálatas. De cualquier modo, ya sabían el tipo de vida que había llevado cuando estaba en el judaísmo.

Tampoco se nos deja a oscuras con respecto a la trayectoria de Pablo como perseguidor, ya que el libro de Hechos nos da un cuadro claro y gráfico. La primera vez que escuchamos acerca de Pablo, era un hombre joven que estaba cuidando la ropa de los que arrojaban piedras en la ejecución de Esteban, el primer mártir cristiano.

De este rol de acuerdo *pasivo* con los judíos que se oponían al cristianismo, pronto encontramos a Pablo persiguiendo activamente a los cristianos. Sería muy difícil mejorar la descripción que el mismo Pablo hace acerca de su actividad anticristiana. En su juicio ante Agripa, Pablo dijo:

Yo ciertamente había creído mi deber hacer muchas cosas contra el nombre de Jesús de Nazaret, lo cual también hice en Jerusalén. Yo encerré en cárceles a muchos de los santos, habiendo recibido poderes de los principales sacerdotes; y cuando los mataron, yo di mi voto. Y muchas veces castigándolos en todas las sinagogas, los forcé a blasfemar; y, enfurecido sobremanera contra ellos, los perseguí hasta en las ciudades extranjeras (Hechos 26:9-11).

No había ninguna señal de que Pablo hubiera moderado su celo por la tradición de sus padres; había prosperado en el

programa y estaba avanzando en el judaísmo más allá que muchos de sus contemporáneos. Dadas estas circunstancias, no había oportunidad de que alguien lo pudiera convencer de que abandonara el judaísmo, ni de persuadirlo para que aceptara la fe cristiana que él perseguía tan celosamente y con tanto éxito. Ningún ser humano podría hacer cambiar de opinión a Pablo, pero cuando Dios le habló, sí le prestó atención.

Circunstancias que rodean la conversión de Pablo

¹⁵ Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, ¹⁶ revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre. ¹⁷ Tampoco subí a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia y volví de nuevo a Damasco.

Hay que tener presente el tema de la discusión de Pablo en esta sección. Él establece el hecho de que su apostolado no dependía de ninguna manera del hombre; por esto las palabras claves del versículo están en la última cláusula del versículo 16, donde Pablo dice: “No me apresuré a consultar con carne y sangre”, es decir, con ningún hombre.

Los hombres no hicieron a Pablo un apóstol, ni influyeron en él para que se convirtiera en apóstol; fue totalmente obra de Dios. Pablo hacen énfasis en este pensamiento con cuatro ideas verbales: “Dios... me apartó... y me llamó... revelar a su Hijo en mí... para que yo le predicara”. Cada una de estas ideas merece ser comentada un poco.

Pablo dice: “Dios... que me apartó desde el vientre de mi madre”. Note que antes de que pudiera haber habido alguna influencia humana en Pablo; en realidad, antes de que él naciera, Dios ya sabía todo acerca de Pablo. En su infinita sabiduría Dios lo había escogido, lo había apartado para que fuera su apóstol.

Lo que en la eternidad Dios se había propuesto hacer, lo llevó a cabo en el tiempo en que “me llamó por su gracia”, como dice Pablo. Claro que nosotros sabemos cuáles habían sido las circunstancias en que Dios lo había llamado. Pablo iba en camino a Damasco, empeñado en su terrible misión de buscar a los hijos de Dios, los cristianos, para perseguirlos. Uno hubiera pensado que Dios estaría muy furioso con Pablo; hasta nos podemos imaginar la manera en que Dios en su justa ira se podía sentir inclinado a acabar con la vida de Pablo, de la manera en que nosotros podríamos matar un zancudo de un palmazo.

Pero no, en vez de mostrar una furia temible, Dios en su gran misericordia tuvo a bien “revelar a su Hijo en mí”. Eso también es un relato familiar, detalles en los que no nos debemos detener; sencillamente recordemos que, cuando lo rodeó el resplandor de la luz del cielo y Pablo cayó a tierra en el camino, oyó una pregunta que se le dijo en un tono muy cortante “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos. 9:4).

A la pregunta temerosa de Pablo: “¿Quién eres?”, le llegó esta respuesta: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues... Levántate y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que debes hacer” (Hechos 9:5,6). A Pablo le fue transmitida en Damasco la misión que el Señor le encomendaba, por medio del mensajero de Dios llamado Ananías. Pablo debía “predicar [a Cristo] entre los gentiles”.

Lo evidente de todo esto es que *Dios* había ordenado a Pablo como un apóstol, lo llamó y le reveló a Cristo. También lo comisionó como apóstol a los gentiles. Dios le había hablado y habría sido inapropiado que Pablo en esta etapa pidiera el consejo humano sobre lo que debía hacer acerca de las órdenes que Dios le había dado.

En realidad, Pablo ni siquiera buscó la opinión de aquellos a quienes se hubiera esperado que él consultara, es decir, a los cristianos a cuya causa él estaba a punto de unirse. Pablo dice que en vez de hacer eso: “Tampoco subí a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo”.

Pablo no consultó con nadie, no necesitaba hacerlo porque estaba seguro de su mensaje; después de todo, lo había recibido directamente del Cristo resucitado tal como les había llegado a los apóstoles que estaban predicando en Jerusalén. Pablo tampoco verificó su evangelio con los apóstoles. El mensaje que Pablo y los apóstoles proclamaban era el mismo, por consiguiente, Pablo no se interesó en regresar a Jerusalén, sino, como él dice: “Sino que fui a Arabia y volví de nuevo a Damasco.”

Desde el lugar donde se hospedaba Pablo en Damasco, salió directamente para Arabia. Con nuestro moderno sentido de la geografía, tal vez asociemos el término “Arabia” con la península triangular ubicada lejos del suroeste de Damasco. Esa península hoy en día ocupa en su gran mayoría Arabia Saudita. Sin embargo, en tiempos antiguos, el territorio que llevaba el nombre de “Arabia” estaba mucho más al norte, en realidad, uno o dos días de viaje hacia el sureste de Damasco habría llevado a Pablo al territorio conocido como Arabia Pedregosa.

Más difícil que el asunto de la ubicación es la pregunta acerca de lo que Pablo hizo en Arabia. Las Escrituras no le dan respuesta a esta pregunta, y entonces se nos deja a merced de la conjetura. Algunos han sugerido que Pablo predicó el evangelio allí. Sin embargo, la Arabia Pedregosa estaba muy poco poblada y era improbable que allí se pudiera hacer obra misionera. A este escritor le parece más creíble que Pablo se retirara a esta área tranquila para meditar y estudiar con más detenimiento las Escrituras. Efectivamente, como un fariseo judío que era devoto, Pablo conocía bien el contenido del Antiguo Testamento, pero en realidad nunca lo había entendido porque no había visto a Cristo en él. En la dramática confrontación que tuvo lugar en el camino a Damasco y en la consecuente revelación de Cristo, Pablo recibió la clave del Antiguo Testamento; ahora todo parecía encajar en su lugar, como las piezas de un rompecabezas, y mucho más cuando Pablo revisó los pasajes familiares, que ahora adquirirían un nuevo significado.

Si los días que pasó en Arabia fueron un tiempo en el que Pablo analizó todo en conexión con su entendimiento del Antiguo Testamento, sería comprensible que regresara a Damasco como el proclamador perfeccionado y fortalecido del mensaje cristiano. Lucas parece estar de acuerdo con esto cuando describe la actividad de Pablo en Damasco con estas palabras: “Pero Saulo mucho más se enardecía, y confundía a los judíos que vivían en Damasco, demostrando que Jesús era el Cristo” (Hechos 9:22).

Visita de Pablo a Jerusalén tres años después de su conversión

¹⁸ Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días; ¹⁹ pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor. ²⁰ En esto que os escribo, os aseguro delante de Dios que no miento.

Cuando recordamos que, hasta ahora, el tema de Pablo era que había sido llamado directamente por Dios para ser apóstol, sin ninguna intervención humana, podemos entender fácilmente la importancia de cada afirmación que agrega a esta sección.

Pablo nos informó que su reacción inmediata no fue la de ir a Jerusalén, sino más bien la de retirarse a la soledad de Arabia, y desde allí regresó a Damasco para trabajar más en la evangelización. Ahora nos informa que se quedó en Damasco por un período considerable; en realidad no fue hasta después de tres años que se decidió a ir a Jerusalén. Y cuando lo hizo, no fue para recibir instrucción ni la aprobación de su mensaje, más bien fue para reunirse con el gran apóstol Pedro.

Aun si su intención hubiera sido la de recibir información de Pedro, el tiempo que Pablo pasó con él fue demasiado corto para emprender algo como un estudio, ya que Pablo les cuenta a los gálatas que se quedó con Pedro solamente 15 días.

Después de tan poco tiempo se acabó el asunto con Pedro. Pero, ¿es que tal vez Pablo estuvo bajo la influencia de los otros

apóstoles? Pablo dice: “Pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor”. El asunto del que Pablo habla es claro como el agua, no recibió ninguna aportación de los otros apóstoles porque ninguno de ellos estaba en la ciudad. Al único que vio fue a Jacobo, el hermano del Señor.

Parece que Pablo usa aquí el término “apóstol” en un sentido más amplio. Este Jacobo no era uno de los Doce, sino uno de los hermanos de Jesús, al que se le menciona en varios lugares de las Escrituras. Al principio, estos hermanos no tenían el entendimiento apropiado de lo que eran la misión y el ministerio de Jesús, y no confiaron en él como salvador espiritual (Juan 7:1-5).

Sin embargo, poco tiempo después de la resurrección de Cristo encontramos a los hermanos de Jesús como un grupo reconocible que está sólidamente asociado con los seguidores de Cristo. Por ejemplo, el primer capítulo de Hechos da el nombre de cada uno de los Doce (menos Judas Iscariote) y dice de ellos: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y *con sus hermanos*”. Es claro que los hermanos de Jesús se habían convertido, y ahora eran creyentes.

Aunque las Escrituras no lo relatan específicamente, existe un bloque sólido de tradición que dice que después de la partida de los Doce para llevar a cabo su misión en todo el mundo, Jacobo, el hermano de nuestro Señor, se convirtió en el líder reconocido de la iglesia cristiana de Jerusalén. En el capítulo 2, versículo 9, Pablo se refiere a Jacobo como el pilar de la iglesia de Jerusalén.

Pablo reconoce que conoció a Jacobo, pero dice que él tampoco tuvo nada que ver ni en hacer ni en aprobar el apostolado de Pablo. Es evidente que su apostolado era un asunto muy delicado y eso se puede ver en la siguiente afirmación de Pablo: “En esto que os escribo, os aseguro delante de Dios que no miento.” Debido a la fuerza de esta afirmación podemos ver que es claro que entre los gálatas estaban circulando informes que alegaban que Pablo dependía de los apóstoles originales de Cristo y que por eso era inferior a ellos. Y como están en juego la

honorabilidad y la confiabilidad del mensaje del evangelio de Pablo, el apóstol no puede permitir que los informes denigrantes sigan sin haber sido verificados.

Estadía de Pablo en Siria y en Cilicia

²¹ Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia; ²² pero no me conocían personalmente las iglesias de Judea que están en Cristo, ²³ pues sólo habían oído decir: «Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo combatía.» ²⁴ Y glorificaban a Dios a causa de mí.

En la sección anterior dejamos a Pablo en Jerusalén, adonde había llegado proveniente de Damasco. Ahora continúa diciendo: “Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia”. Su estadía en Jerusalén parece que fue muy tranquila y pacífica, pero por lo que se dice en el libro de Hechos no parece haber sido apacible del todo. En Hechos 9:28-30 leemos: “Y estaba con ellos en Jerusalén; entraba y salía, y hablaba con valentía en el nombre del Señor, y discutía con los griegos; pero éstos intentaban matarlo. Cuando supieron esto los hermanos, lo llevaron hasta Cesárea y lo enviaron a Tarso” (vea también Hechos 22:17-21). Por su propia seguridad, Pablo fue sacado de Jerusalén y enviado a su hogar que estaba en la ciudad de Tarso, en el país de Cilicia. “Siria” es sencillamente el nombre provincial que los romanos le daban a todo ese territorio norte.

La articulación de los detalles y las fechas en la vida de Pablo presenta algunos problemas, pero cuando uno mira la información y los incidentes con fecha que tenemos, es posible calcular que la estadía de Pablo en Tarso puede haber sido un poco más larga de lo que sugiere aquí su discreta referencia. Se pudo haber quedado allí siete u ocho años.

Cualquiera que haya sido el tiempo específico que Pablo pasó en Tarso, la razón para mencionar su estadía allí todavía es la misma, Pablo estaba lejos del lugar de acción de los otros

apóstoles, no necesitaba estar en contacto con ellos. Era un apóstol con derecho propio, que había sido llamado directamente por Dios. Por esto para él no era de ningún interés ser personalmente desconocido para las iglesias cristianas de Judea.

Hasta este punto, los argumentos de Pablo se apoyan en el aspecto negativo de su relación con el resto de la iglesia establecida: no depende de ella. Pero ahora el capítulo termina en un tono que es gloriosamente positivo.

Aunque los cristianos de las iglesias de Judea no conocían personalmente a Pablo, seguían oyendo cosas buenas acerca de él. El informe consistente era: “Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo combatía”. Aunque Pablo no formaba parte de la clase gobernante de los judíos cristianos, estaba predicando el mismo mensaje cristiano que ellos oían de los apóstoles originales. Esta unidad en la doctrina y la fe les dieron gran alegría a los judíos cristianos y por eso alababan a Dios.

Este aspecto de la unidad en la doctrina y en la fe forma un puente excelente para que Pablo nos guíe al segundo capítulo de su carta a los Gálatas.

Pablo fue recibido por los otros apóstoles

Por lo visto, en Galacia Pablo estaba sufriendo los ataques de sus adversarios que consistían más o menos en esto: “Pablo no es uno de los apóstoles originales de Cristo, es alguien que ha llegado al final. Por esto uno no puede estar seguro de que él tenga la doctrina correcta. Por ejemplo, cuando nos apremia a que dejemos atrás la ley de Moisés, va en contra de lo que siempre nos han enseñado los maestros judíos.”

Hasta este punto el argumento de Pablo había sido que no necesitaba estar estrechamente asociado con los apóstoles de Jerusalén porque era exactamente como ellos: un apóstol con todas las de la ley, que había sido llamado directamente por Dios; por lo tanto, no necesitaba ningún apoyo ni reafirmación humanos.

El nuevo énfasis de Pablo, que sostiene en todo el segundo capítulo, es que aunque no necesitaba ningún apoyo ni preparación para su apostolado, cuando se puso en contacto con los apóstoles de Jerusalén, ellos lo habían aceptado incondicionalmente tanto a él como a la doctrina que enseñaba. Para ilustrar y probar que en realidad había sido recibido como hermano y apóstol, Pablo recurre a tres incidentes de importancia:

1. Su evangelio fue reconocido en el Concilio de Jerusalén (v 1-5);
2. Le fue asignada un área de trabajo evangélico (v 6-10);
3. Pedro aceptó las advertencias de Pablo (v 11-21).

El evangelio de Pablo fue reconocido en el Concilio de Jerusalén

2 Después, pasados catorce años, subí otra vez a Jerusalén con Bernabé, llevando también conmigo a Tito. ² Subí debido a una revelación y, para no correr o haber corrido en vano, expuse en privado a los que tenían cierta reputación, el evangelio que predico entre los gentiles. ³ Pero ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse,

Se debe notar una vez más el período durante el cual Pablo no había tenido contacto con Jerusalén, ya que una buena parte de ese tiempo había estado en Siria y en Cilicia. Ahora, catorce años después, regresaba a Jerusalén.

Algunos entienden esto como 14 años después de la conversión de Pablo, así como los “tres años” del versículo 18 partieron de la conversión de Pablo. Los que siguen este cálculo dicen entonces que la visita a la que se refiere aquí fue la que nos hace ver Hechos 11:25-30. Aquí Pablo y Bernabé fueron a Jerusalén para hacer entrega de un regalo a los judíos cristianos que estaban pasando necesidad y sufrían una hambruna.

El punto de vista favorecido por este escritor es que los 14 años tienen como punto de inicio la visita a Jerusalén que se mencionó anteriormente, o 17 años después de su conversión. Eso haría más probable que la referencia sea la asistencia de Pablo al “Concilio de Jerusalén”.

Las razones principales para escoger esta posibilidad son que “la visita durante la hambruna” a Jerusalén por lo visto fue breve, sin contratiempos, y sobre todo, sin ninguna relación con el problema de los judaizantes, que era algo de lo que Pablo estaba hablando en su epístola a los Gálatas.

Por otro lado, el “Concilio de Jerusalén”, que tuvo lugar alrededor del año 51 d.C., se dedicó por entero al problema de los judaizantes. Los judaizantes constituyen un foco de atención tan grande que uno difícilmente se puede imaginar que Pablo no se refiera al Concilio de una manera más extensa en esta carta, la cual había sido enviada para tratar un problema muy similar.

Es útil comprender las circunstancias que rodearon el Concilio de Jerusalén para tener un entendimiento apropiado de los judaizantes y de su manera de pensar. Así que, valdrá la pena que revisemos Hechos 15.

Lucas describe la situación de una manera muy gráfica. Después de que Pablo había terminado su primer viaje misionero, regresó a Antioquía de Siria, a la iglesia que les había sido encomendada a él y a Bernabé. Allí informaron acerca del éxito de su misión, haciendo ver que muchos gentiles se habían convertido, y contaron muy francamente que habían sido aceptados como miembros de la iglesia cristiana con base en su confesión de fe y de confianza en Cristo, sin haber prometido la adhesión a la Ley de Moisés.

La congregación de Antioquía estaba encantada, pero el evangelio de Pablo, que era libre de la Ley, pronto obtuvo reacciones negativas que provenían de un lugar diferente. Lucas nos informa en Hechos 15:1-5:

Entonces algunos que venían de Judea enseñaban a los hermanos: “Si no os circuncidáis conforme al rito de

Moisés no podéis ser salvos”. Pablo y Bernabé tuvieron una discusión y contienda no pequeña con ellos. Por eso se dispuso que Pablo, Bernabé y algunos otros de ellos subieran a Jerusalén, a los apóstoles y los ancianos, para tratar esta cuestión. Ellos, pues, habiendo sido encaminados por la iglesia, pasaron por Fenicia y Samaria contando la conversión de los gentiles; y causaban gran gozo a todos los hermanos. Al llegar a Jerusalén fueron recibidos por la iglesia, por los apóstoles y los ancianos, y refirieron todas las cosas que Dios había hecho con ellos.

Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: “Es necesario circuncidarlos [a los gentiles] y mandarles que guarden la Ley de Moisés”.

Note la manera tan clara en que el asunto llama la atención, tanto de Antioquía y ahora de Jerusalén. Los judaizantes, en contra del evangelio libre de la Ley que Pablo predicaba, insistían en que “la fe en Cristo no es suficiente, los gentiles *también* se deben circuncidar y deben estar de acuerdo en guardar la Ley de Moisés si es que esperan ser salvos”.

Este era el mismo asunto que estaba causando problemas en Galacia, y el resultado de esta primera reunión en Jerusalén seguramente sería importante para Pablo y sería el tema de una discusión o de una carta que Pablo les enviaría a los Gálatas.*

* Finalmente existe el hecho de que Pablo les había dicho a los gálatas que él había presentado el asunto a los líderes *en privado*, mientras que el libro de Hechos habla de una reunión en público. Aquí también podemos decir que lo uno no excluye lo otro. Piense en la manera en que se llevan a cabo las cosas en la convención de nuestro sínodo; casi ningún asunto se presenta a la asamblea general sin haber hablado de él previamente. Primero se le asigna el asunto a un comité (para tratarlo en privado) para presentarlo después en la asamblea general. Las dos cosas encajan de una manera muy natural. Entonces, Gálatas y Hechos no se contradicen uno a otro; uno pone énfasis en lo privado del asunto, mientras que el otro habla del aspecto público de la reunión.

¿Cuál fue el resultado del Concilio de Jerusalén? Esta decisión sería de consecuencias tremendas para la situación paralela que había en Galacia. Pablo dice: “Pero ni aun Tito, que estaba conmigo, con todo y ser griego, fue obligado a circuncidarse”.

El asunto que se trató en el Concilio de Jerusalén y en Galacia fue si los gentiles estaban libres o no de las ceremonias ordenadas por la Ley de Moisés. Tito era griego, no judío, era un gentil, pero no se le obligó a que se circuncidara. El Concilio de Jerusalén estuvo completamente de acuerdo con Pablo y con su enseñanza de que la salvación llega a nosotros sólo por la gracia, como un regalo de la misericordia de Dios, a los que creen y confían en Cristo sin las obras de la Ley. Realmente, los cristianos de Jerusalén nunca hubieran tocado este tema; más bien, el problema surgió de una fuente diferente, como nos lo dice Pablo:

⁴ a pesar de los falsos hermanos que se habían introducido entre nosotros a escondidas, para espiar nuestra libertad—la que tenemos en Cristo Jesús—, para reducirnos a esclavitud. ⁵ A los tales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciera con vosotros.

Todos los apóstoles estuvieron de acuerdo con respecto a la salvación por la fe sola como un regalo gratuito de Dios. La idea de añadir las obras fue de “los falsos hermanos”. Echemos otra mirada a los que están causando los problemas en Jerusalén, tal como se describen en Hechos 15:5. Lucas dice: “Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían creído, se levantaron diciendo: ‘Es necesario circuncidarlos y mandarles que guarden la Ley de Moisés.’”

Ellos decían que eran creyentes en Cristo, pero dijeron algunas cosas que no eran nada cristianas. En realidad no eran nada más que adherentes del partido de los fariseos cuando insistían en

que se debían guardar las ceremonias judías para poder obtener la salvación. Por eso eran judaizantes.

Algunas personas “se infiltraron” en la congregación cristiana expresamente con el propósito de quitar el regalo gratuito de la salvación. Ellos habrían reducido a las personas al estado de esclavitud al hacerlos *trabajar* para obtener lo que Cristo había conseguido con su muerte para poder *dárselo* gratuitamente.

Era una situación peligrosa, tanto en el Concilio de Jerusalén como en Galacia. Esta enseñanza era una corrupción del evangelio y privaría de la salvación a sus adherentes, porque los haría totalmente dependientes de ellos mismos al robarles los méritos de Cristo. Por esto Pablo les dice a los gálatas: “A los tales ni por un momento accedimos a someternos, para que la verdad del evangelio permaneciera con vosotros.”

En Jerusalén habían resistido con éxito el error de mezclar la fe con las obras; las enseñanzas de Pablo habían sido completamente confirmadas. Pero eso no era solamente un triunfo personal para Pablo. No, para el beneficio de los gálatas la firmeza de los apóstoles contra los falsos maestros había conservado el evangelio. Y para que el evangelio, que era libre de la Ley y con el que todos habían estado de acuerdo en Jerusalén, pudiera permanecer ahora con los gálatas, Pablo les ruega que no escuchen a sus adversarios, cuyo mensaje era muy similar al de los “falsos hermanos” de Jerusalén. Más bien, exhorta a los gálatas a que acepten el testimonio de los apóstoles, que estaban totalmente de acuerdo con las enseñanzas de Pablo de que ni las ceremonias ni las obras eran necesarias para obtener la salvación.

A Pablo le fue asignada un área en la obra del evangelio

⁶ Pero de los que tenían reputación de ser algo (lo que hayan sido en otro tiempo nada me importa; Dios no hace acepción de personas), a mí, pues, los de reputación nada nuevo me comunicaron. ⁷ Antes por el contrario, como vieron

que me había sido encomendado el evangelio de la incircuncisión, como a Pedro el de la circuncisión ⁸ (pues el que actuó en Pedro para el apostolado de la circuncisión actuó también en mí para con los gentiles), ⁹ y reconociendo la gracia que me había sido dada, Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los de la circuncisión. ¹⁰ Solamente nos pidieron que nos acordáramos de los pobres; lo cual también me apresuré a cumplir con diligencia.

Pablo sabe que gran parte de sus discusiones hasta ahora han estado haciendo énfasis en su independencia de los apóstoles de Jerusalén; sostiene que es un apóstol, no por la autorización ni por el apoyo de ellos, sino porque Dios lo llamó. Sigue recalcando que no tiene importancia cualquier rol externo o puesto que hayan ocupado los apóstoles en Jerusalén. Dios no juzga por esas normas y tampoco afecta la validez de los acuerdos a que se llegó en el Concilio de Jerusalén. Los que eran considerados importantes en Jerusalén no criticaron a Pablo ni le añadieron nada a su mensaje.

Ellos, además de no encontrar ninguna falla en el mensaje de Pablo, reconocieron que estaba predicando el mismo evangelio que predicaban Pedro y el resto de los apóstoles de Jerusalén. Todos estaban edificando el reino al predicar el mismo mensaje, y la única diferencia era la gente a la que le predicaban.

Vieron que la predicación de Pedro y la predicación de los apóstoles de Jerusalén había sido especialmente bendecida por el efecto que había causado en los judíos, mientras que los resultados de la predicación de Pablo a los gentiles eran asombrosos. Había unidad en la doctrina e igualdad en su respectivo apostolado.

Por esta razón, sólo había que hacer una cosa: darse por enterado y reconocer abiertamente los hechos del caso. Pablo informa: “Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como

columnas, nos dieron a mí y a Bernabé la diestra en señal de compañerismo, para que nosotros fuéramos a los gentiles y ellos a los de la circuncisión.”

El hecho de dar la diestra en señal de compañerismo no establecía nada nuevo, reconocía lo que ya existía y era una muestra de aceptación y de igualdad. Con un apretón de manos estuvieron de acuerdo en que Pablo y Bernabé les debían seguir predicando a los gentiles, mientras que Pedro y sus asociados trabajarían con los judíos.

Tal vez se deba notar que esa división del trabajo no tenía la intención de ser difícil ni rápida. No significaba que mantendrían vigilado el territorio ni que desafiarían a los otros a cruzarlo. Siempre había excepciones en ambos lados.

Por ejemplo, en el segundo viaje misionero de Pablo, que tuvo lugar poco tiempo después del Concilio de Jerusalén, el apóstol continuó con su rutina de ir primero a la sinagoga cuando llegaba a un lugar nuevo (Hechos 17:2). Allí predicaba siempre y cuando los judíos lo toleraran. Usualmente no era por mucho tiempo, y después de haber sido expulsado de la sinagoga, Pablo pasaba la mayor parte de su tiempo trabajando con los gentiles.

Por otro lado, recordemos que Pedro, el principal representante de la predicación del evangelio a los judíos, tampoco limitó su ministerio exclusivamente a los judíos. Para estar seguros, podemos ver que los capítulos iniciales de Hechos hablan exclusivamente de la obra de Pedro con los judíos en Jerusalén y en sus alrededores. Pero Pedro también fue a los samaritanos, que por lo menos sólo eran mitad judíos (Hechos 8:14-25). Y Dios mismo dirigió muy formalmente a Pedro para que fuera a Cornelio, que era gentil por completo (Hechos 10). Además, parecía haber buenas razones y muy válidas para concluir que las epístolas de Pedro, que fueron escritas al final de su vida, iban dirigidas a los gentiles.

El apretón de manos que se habían dado en Jerusalén no estableció ninguna limitación, no fue ningún obstáculo para que

el grupo predicara el evangelio cada vez que se presentaba la ocasión. Más bien, lo que indicaba era que Pedro y Pablo estaban de acuerdo en el evangelio que se debía predicar. Ambos eran apóstoles experimentados, y el uno reconocía al otro como igual.

Este razonamiento era importante para los gálatas, ya que habían oído historias acerca de la dependencia o la inferioridad de Pablo con respecto a los apóstoles de Jerusalén. La implicación era que Pablo no tenía el mensaje correcto y les predicaba a los gentiles algo que era muy diferente de lo que Pedro les enseñaba a los judíos. Pablo dice que eso ¡no era verdad!

Había un acuerdo y un entendimiento completos entre las ramas judía y gentil de la iglesia cristiana. Ambas debían escuchar el mensaje de la salvación por medio de la fe en Cristo, sin las exigencias de ninguna ceremonia ni obras. Y debían dar evidencia concreta de la unidad que existía entre los cristianos judíos y gentiles; por eso se acordó desarrollar un programa caritativo. Pablo dice: “Solamente nos pidieron que nos acordáramos de los pobres; lo cual también me apresuré a cumplir con diligencia.” Otra vez, esto no era en realidad nada nuevo. Si es que tenemos razón al suponer que esto sucedió en el Concilio de Jerusalén, entonces la visita de Pablo y de Bernabé durante la hambruna de Hechos 11 habría sido tres años antes. Y eso encaja muy bien con la descripción que tenemos aquí. A Pablo y a Bernabé se les pide que “se acordaran” de los pobres, tal como lo habían hecho en el pasado.

Pedro acepta la amonestación de Pablo

Como representante de la iglesia cristiana de Jerusalén, Pedro le había dado a Pablo la mano derecha de la amistad cristiana, y esto indicaba su aceptación y su igualdad; esta expresión de compañerismo cristiano era relativamente un paso fácil de dar. Sin embargo, la verdadera prueba vendría cuando este acuerdo se aplicara a la realidad de la vida diaria. ¿Qué sucedería si Pedro y Pablo tuvieran una diferencia de opinión? ¿Quién saldría ganando

si alguna vez se cruzaban en el trabajo? Pablo nos dice lo que realmente sucedió. Surgió una confrontación muy tensa entre los dos hombres, en la cual Pedro cedió.

Aquí debemos hablar con mucha claridad con respecto a los motivos que tuvo Pablo. No estaba edificando su propio ego, sino que hacía avanzar y defendía el mensaje del evangelio con el que tanto él como Pedro habían estado de acuerdo en el Concilio de Jerusalén. En la siguiente sección Pablo nos hace ver que ese mensaje fue el que salvó la situación en una confrontación que tuvo con Pedro en Antioquía, y también el mismo que ahora Pablo defendía contra un ataque similar en Galacia.

¹¹ Pero cuando Pedro vino a Antioquía, lo reprendí cara a cara, porque era de condenar, ¹² pues antes que llegaran algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que llegaron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. ¹³ Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos.

“Antioquía” no era la ciudad del Asia Menor que había sido evangelizada por Pablo y Bernabé en su primer viaje misionero, sino la que estaba ubicada en el territorio del río Orontes, a varios cientos de kilómetros al norte de Jerusalén en la frontera que existe entre la moderna Turquía y Siria. Era una congregación mixta, una de las primeras de las que formaban parte tanto judíos como gentiles (Hechos 11:19-26). Allí Pablo y Bernabé habían recibido su comisión al inicio de su obra misionera entre los gentiles, y siempre permaneció como la “base” desde la que llevaron a cabo sus siguientes esfuerzos de evangelización. De cierta manera, Antioquía se convirtió en la iglesia madre para los gentiles, así como Jerusalén lo era para los judíos cristianos. Por lo tanto, no es de sorprender que en el curso de los viajes de Pedro, visitara este gran centro de Cristianismo y se asociara con la congregación mixta de Antioquía, compuesta por judíos y gentiles.

El evangelio, con su mensaje de libertad cristiana, por lo visto había hecho que todo se desarrollara de una manera más relajada en Antioquía. Los cristianos de este lugar se dieron cuenta de que no eran necesarios ninguna obra ni mérito humanos para obtener la salvación. Así que no ponían ningún énfasis especial en la observancia o no de las ceremonias judías. Estaba bien si los judíos cristianos preferían comer “kosher” (alimentos permitidos por la religión judía) en las convivencias, o si deseaban disfrutar de una chuleta de puerco o de un sándwich de jamón con sus hermanos cristianos que eran gentiles, porque también era lícito. Se nos dice que Pedro “comía con los gentiles”, no guardaba estrictamente las normas de la tradición judía, pero eso fue “antes que llegaran algunos de parte de Jacobo”.

Hemos afirmado que Jacobo, el hermano de nuestro Señor, se había convertido en una figura prominente en la iglesia de Jerusalén. En realidad, era tan importante que prácticamente su nombre se convirtió en sinónimo de Jerusalén. Pero por eso no debemos llegar a la conclusión de que ellos necesariamente habían sido enviados por Jacobo, sino más bien que algunos hombres que venían del área que administraba Jacobo se presentaron en Antioquía cuando Pedro estaba allí.

Es probable que para Pedro, Jacobo no representara ningún motivo de preocupación ya que desde el Concilio de Jerusalén era bien conocido el punto de vista de Jacobo acerca de la libertad de los gentiles. Tampoco lo inquietaban de manera especial los que habían llegado de Jerusalén. Por desgracia, la verdadera preocupación de Pedro parecía basarse en el temor a las actitudes desagradables y de las dificultades que resultarían para él, si las noticias de que él comía con los gentiles llegaban a ciertos elementos problemáticos de Jerusalén. En resumen, tenía “temor a los partidarios de la circuncisión” (v 12, NVI). Si se desea, se les puede llamar judaizantes.

Ya hemos visto los problemas que le causaron a Pablo, fueron tales que se tuvo que convocar una reunión especial en Jerusalén. Pedro tampoco se había salvado de sus críticas. Se habían quejado

amargamente porque había entrado en el hogar de Cornelio que era gentil y había comido con ellos (Hechos 11:1-3). En esa ocasión, Pedro les había dado a “los que eran de la circuncisión”, como los identifica el libro de Hechos, una respuesta sencilla y muy evangélica.

Desgraciadamente Pedro no se desenvolvió tan bien en Antioquía, se retiró discretamente de su antigua y directa asociación con los gentiles. Otra vez comenzó a comer en las convivencias los alimentos permitidos por la religión judía; se mezcló con los judíos cristianos, y volvió a las costumbres de ellos.

Esta manera de actuar no pasó inadvertida y otros judíos cristianos siguieron su ejemplo. Finalmente hasta Bernabé, el gran compañero de Pablo en la misión de evangelizar a los gentiles, sintió la presión de todo esto y cambió su comportamiento. Estos hombres sabían lo que hacían, pero cedieron ante el ejemplo de Pedro. Era, como Pablo lo había llamado, “hipocresía” y exigía una acción firme e inmediata. Pablo dice:

¹⁴ Pero cuando vi que no andaban rectamente conforme a la verdad del evangelio, dije a Pedro delante de todos: «Si tú, siendo judío, vives como los gentiles y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?»

Es necesario notar la seriedad de la situación. Esta gente “no andaba rectamente conforme a la verdad del evangelio”. Ese era un error que destruía el alma y cobraba más fuerza. Esa enseñanza ponía en peligro la salvación de la gente. Además, el ejemplo de Pedro se había dado en público, su conducta afectaba y ejercía presión sobre todos. Como la enseñanza había sido pública, también la corrección se tenía que hacer de igual manera. Por eso Pablo se dirige a Pedro individualmente y frente a todos, haciéndole ver la naturaleza contradictoria de sus acciones.

Pedro era judío y sin embargo, al ir a Antioquía, inicialmente había participado con libertad en los círculos de los gentiles y hasta había comido con ellos. De ese modo ilustró el principio del

evangelio de que las costumbres y las ceremonias judías no tenían ningún valor en sí mismas. No era necesario que se cumplieran como un requisito para la salvación.

Sin embargo, al cambiar su manera de proceder, Pedro estaba negando ese principio; ahora actuaba como si vivir al estilo de los gentiles fuera en perjuicio de las oportunidades que tenía una persona para salvarse. Actuaba como si cumplir con las costumbres judías de guardar la Ley de Moisés realmente ayudara a mejorar la relación de una persona con Dios. Por eso con su ejemplo Pedro estaba obligando a los gentiles “a practicar el judaísmo” (v 14, NVI).

Con el aumento de nuestra experiencia acerca de los prejuicios de la parcialidad y de la discriminación contra los grupos étnicos, se nos ha despertado una aversión a la idea de que un grupo imponga su cultura o sus costumbres a otro. Se oye hablar mucho acerca de la dignidad de cada individuo como persona y del valor inherente de su cultura étnica. Sin embargo, debemos notar que aquí Pablo *no* sigue esta lógica. No menosprecia las costumbres judías porque quiera defender la cultura de los gentiles (más adelante dirá algunas cosas negativas acerca de la cultura de ellos). Aunque los intereses culturales puedan ser muy importantes, aquí la objeción de Pablo se apoya en una base bastante diferente; lo que quiere hacer ver es que ante Dios ninguna obra ni actividad humanas tiene ningún mérito. Ni las ceremonias ni las costumbres judías tienen ningún valor para la salvación; imponérselas a los gentiles no es un crimen cultural, sino espiritual. Le quita autoridad al evangelio, lo mina. Hablando de judío a judío, Pablo le dice a Pedro:

¹⁵ Nosotros—judíos de nacimiento y no pecadores de entre los gentiles—, ¹⁶ sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de

la Ley, por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado.

Los judíos tenían muchas ventajas; después de todo, eran el pueblo escogido de Dios, a quienes había llevado a una relación especial de pacto con él. Debido a ese vínculo Dios, por medio de Moisés, les había dado a los judíos muchos reglamentos y directivas para guiarlos en la vida diaria y en los servicios de adoración.

Pero los judíos, que verdaderamente entendían la naturaleza de este pacto con Dios, nunca confiaron en el cumplimiento de esos reglamentos especiales como la razón por la que Dios debía ser misericordioso con ellos. Por ejemplo, cuando llevaban sus sacrificios, no lo veían como algo que hacían para Dios; sino como un recordatorio de la gran promesa de Dios. Los sacrificios de un buey o de un carnero prefiguraban el verdadero sacrificio que Dios había prometido hacer por ellos. Ese sacrificio sería el Cordero de Dios, que como el Salvador del mundo un día moriría y sufriría al tomar el lugar de ellos.

Cuando las ceremonias y las costumbres de la Ley de Moisés eran entendidas correctamente, las veían como un medio de enseñanza para recordar al Mesías prometido, el Cristo que iba a venir. Y el rol preparatorio y la naturaleza didáctica de estos reglamentos se hicieron aún más claros después de que Cristo apareció y declaró que era el cumplimiento de todas esas prefiguraciones del Antiguo Testamento. Por eso Pablo espera que Pedro esté de acuerdo con él cuando dice: “Nosotros... sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo”.

En efecto, Pablo le dijo a su compañero apóstol que estaba ejerciendo presión sobre los gentiles para que guardaran las ceremonias del Antiguo Testamento: “¡Vamos, Pedro! Ni nosotros los judíos confiamos en la observancia de las ordenanzas y ceremonias de Moisés, porque sabemos que nuestra salvación

solamente está en los méritos de Cristo. Y si ni siquiera nosotros, a quienes se nos dio la Ley, confiamos en ella para nuestra salvación, ¿por qué debemos obligar a los gentiles a que la cumplan?” Es una necesidad y hasta un peligro el instar a las personas a que guarden la Ley, porque las lleva a depositar su confianza en la obediencia de la Ley y en el mérito que supuestamente tiene eso. Entonces estarían confiando en algo que no las puede salvar, porque como Pablo añade: “Por cuanto por las obras de la Ley nadie será justificado”.

Este pensamiento recibirá una atención más detallada en el tercer y cuarto capítulos de la carta. Mientras tanto, Pablo espera otra objeción y se adelanta. Hablándole todavía a Pedro, él dice:

¹⁷ Ahora bien, si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros resultamos ser pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? ¡De ninguna manera! ¹⁸ Porque si las cosas que destruí, las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago.

Para entender este versículo nos debemos dar cuenta de que el sentido en el que Pablo usa la palabra “pecadores” no es igual al de “pecado”. Eso podría necesitar una explicación.

Recordemos que en la sección anterior Pablo había hablado de Pedro y de sí mismo como “judíos de nacimiento” y no “pecadores de entre los gentiles”. El término “pecador” era un calificativo común de desprecio que los judíos les atribuían a los gentiles. Es claro que el “pecado” principal de los gentiles era el de no obedecer la Ley de Moisés; comían alimentos impuros, trabajaban el día sábado, no ofrecían sacrificios, no circuncidaban a sus hijos, etc.

Pablo acababa de decir que el que cree en Cristo es justificado, es decir, es considerado aceptable delante de Dios; el hecho de guardar la Ley mosaica no influía para nada en la justificación. Uno puede muy bien no considerar la Ley, como

Pedro mismo no la consideró inicialmente a su llegada a Antioquía. Pero para la típica terminología judía el hecho de no guardar la Ley de Moisés hacía que la gente fuera “pecadora”. Al confiar en Cristo y no en la observancia de la Ley mosaica, los cristianos judíos verdaderamente se convertían en “pecadores” en el sentido en el que ese término se les aplicaba regularmente a los gentiles.

Ahora Pablo hace la pregunta: “¿El hecho de ‘no guardar’ la Ley mosaica, es un error verdadero y moral, un ‘pecado’ en el verdadero sentido del término? O dando un paso más adelante, si la fe en Cristo permite que la gente no tome en consideración la Ley, ¿podría uno decir que Cristo es un promotor del pecado?” “¡De ninguna manera!” contesta Pablo.

La verdad es todo lo contrario a esto; defender la Ley de Moisés y abogar por ella (como Pedro lo había hecho en su flaqueza y como los judaizantes de Galacia lo estaban haciendo con deliberación y convicción) es el verdadero pecado, que hace a una persona quebrantadora de la Ley. Eso es criminal porque arruina el evangelio y priva a los hombres del regalo gratuito de la salvación. Por eso el apóstol afirma: “Porque si las cosas que destruí [la Ley de Moisés], las mismas vuelvo a edificar, transgresor me hago.”

Hasta este punto el tacto de Pablo es muy notable; note que cambia y usa la primera persona. Al hablar de su propio caso, en cierto sentido, disminuye la presión que cae sobre Pedro y sobre su desafortunado apoyo a la Ley mosaica. Pablo había cometido el mismo error y había seguido por la ruta del legalismo; había sido fariseo, se había esforzado mucho en servir a Dios con gran fervor para poder llegar a ser aceptable ante el Señor. Pero no había resultado; podía impresionar a los hombres, pero no a Dios. El Señor mismo lo había enfrentado en el camino a Damasco y le dijo que lo que estaba haciendo para obtener el favor de Dios era totalmente equivocado. Tenía que ser así porque, como Pablo aprendió a decir después: “Por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado” (Romanos 3:20). Está en la naturaleza

del asunto que nadie será justificado por las obras de la Ley, porque nadie puede cumplir con la voluntad de Dios de una manera perfecta.

¹⁹ Yo por la Ley morí para la Ley, a fin de vivir para Dios. ²⁰ Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí., ²¹ No desecho la gracia de Dios, pues si por la Ley viniera la justicia, entonces en vano murió Cristo.

Debemos notar el tono de desesperanza y de impotencia que se filtra cuando Pablo dice: “Yo por la Ley morí para la Ley”. Aun el hecho de morir para la Ley y de perder toda esperanza en su propia capacidad tenía un efecto fuerte en Pablo. Para él eso enfatizaba la imposibilidad de ganar la salvación por sus propios medios, y hacía que fuera muy atractiva la única alternativa posible: dejar que alguien más cumpliera en su lugar con las justas exigencias de Dios. Entonces Pablo gustosamente aceptó el evangelio, que le daba las buenas nuevas de que Cristo ya había hecho todo para salvarlo a él.

Por medio de la fe, Pablo comparte el mérito de Cristo. En realidad, es tan cercana su vinculación con Cristo que puede decir que ha sido “crucificado con Cristo”. Realmente ya no es Pablo el que vive, sino es Cristo quien vive en él. “Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Lo que animaba a Pablo a llevar una vida de gustosa obediencia no eran las exigencias de la Ley, sino el amor por el Salvador. Solamente esta vida, motivada por el amor y por la gratitud, es consistente con el evangelio de la gracia sola en Cristo. Porque si la justicia se pudiera ganar por medio de nuestra obediencia (si la justificación realmente dependiera hasta cierto punto de que nosotros guardáramos la Ley) entonces la muerte de Cristo por nosotros habría sido en vano.

Con estas palabras Pablo termina de reprender a Pedro, y también hay que notar que con esto concluye la primera parte de su carta a los Gálatas. Recuerde el énfasis que hay en toda esta sección inicial. Los judaizantes desafiaban a Pablo y dudaban de su autoridad, porque no era uno de los apóstoles originales que siguieron a Cristo durante su ministerio público y luego habían sido formalmente comisionados en su ascensión. Pablo contestó que no necesitaba ninguna conexión con los apóstoles de Jerusalén porque era igual que ellos en todo sentido, ya que él también había sido llamado por Dios y comisionado formalmente para predicar el evangelio.

Para respaldar esta afirmación de igualdad Pablo reunió tres pruebas: En el Concilio de Jerusalén los apóstoles originales no encontraron ninguna falla en sus enseñanzas del evangelio libre de la Ley, porque a Tito no se le exigió que guardara ninguna de las ceremonias del Antiguo Testamento. Además, los apóstoles de Jerusalén habían reconocido la confiabilidad del mensaje que Pablo predicaba, porque lo animaron a él y también a Bernabé a que les continuaran predicando este evangelio a los gentiles, mientras que ellos seguirían compartiendo el mismo mensaje con los judíos. Finalmente, cuando Pedro, que estaba en Antioquía, por desgracia se apartó del mensaje en el que ambos lados estaban de acuerdo, reconoció la validez de la reprimenda de Pablo y aceptó la corrección que Pablo le había ofrecido.

Así que, es evidente por la lógica de Pablo que tanto él como los apóstoles de Jerusalén predicaban el mismo evangelio. Pero, ¿cuál era exactamente el evangelio que predicaban? ¿Y cuál es la relación que existe entre las ceremonias del Antiguo Testamento con el evangelio del Nuevo Testamento? Este será el énfasis que impulsará la segunda parte principal de la carta de Pablo. Aquí Pablo se dirigirá a la doctrina de la justificación, este tema tan importante que trata de cómo un pecador burdo y vil puede ser aceptado por un Dios justo y santo.



*“Aquel, pues, que os da el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír con fe?”
(3:5).*

SEGUNDA PARTE

PABLO EXPLICA LA JUSTIFICACIÓN: CÓMO ES QUE EL PECADOR ES ACEPTADO ANTE DIOS (GÁLATAS 3:1- 4:31)

No por las obras, sino por la fe sola

En la carta de Pablo a los Gálatas ha habido y continuará habiendo gran cantidad de discusiones acerca de las ceremonias judías y de la Ley de Moisés; eso es muy natural si recordamos el problema que existía en Galacia. Para que pudieran estar seguros de obtener la salvación, los judaizantes estaban apremiando a los cristianos gentiles a vivir conforme a la vida y a los actos de los judíos

El error fundamental consistía en decirle a la gente que tenía que hacer algo para asegurar su salvación. En este caso se les exigía que vivieran conforme a la Ley mosaica, pero el “mérito” que se obtendría al adherirse a cualquiera otra norma legal habría sido igualmente dañino.

Es necesario tener esto presente para entender las críticas que hace Pablo acerca de “las obras de la Ley”. Las obras que se hacen con el fin de obtener el favor de Dios no tienen valor, son inútiles y dañinas, porque separan a la gente de su única esperanza: los méritos de Cristo que se reciben por medio de la fe.

Pablo no deja ninguna duda de que las obras de la Ley y la fe se oponen. Las obras son lo que *el hombre hace* y la fe es aceptar lo que *Dios ha hecho* en Cristo. Toda la tesis de Pablo es que la justificación no viene por causa de las obras, sino por la fe sola. Esta tesis ha sido afirmada y reforzada por cuatro puntos que la respaldan:

1. La experiencia de los gálatas (3:1-5);
2. El caso de Abraham (3:6-9);
3. La diferencia entre la Ley y el evangelio (3:10-14);

4. La promesa que ya se le había dado a Abraham (3:15-18).

La experiencia de los gálatas

3 ¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente crucificado? ² Esto sólo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la Ley o por el escuchar con fe? ³ ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado por el Espíritu, ¿ahora vais a acabar por la carne? ⁴ ¿Tantas cosas habéis padecido en vano? Si es que realmente fue en vano. ⁵ Aquel, pues, que os da el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír con fe?

Pablo ahora se vuelve a los gálatas y les habla directamente, llamándolos “insensatos”. La palabra griega que Pablo usa aquí no implica que sean ignorantes ni que les falten dones intelectuales; al contrario, la queja de Pablo es que no están usando los dones mentales ni las capacidades que tienen. ¡Ellos debían saber lo que hacían!

La única explicación que Pablo puede dar para su necesidad es que han sido “fascinados” o hechizados. El uso de este término no quiere decir que Pablo realmente crea en la brujería ni en la magia, ni tampoco que suponga que alguien los haya puesto bajo un hechizo. Es una manera de expresarse como nosotros podríamos hacer con alguien cuyos actos nos desconcierten. Podríamos decir de buenas a primeras: “¿Qué te pasa?”

Esta es la reacción de Pablo cuando ve lo que los gálatas han hecho con el mensaje que les predicó tan claramente. Pablo predicó a Cristo crucificado. Cuando Pablo dice que Cristo había sido “presentado claramente” como crucificado, usa un término griego que en realidad contiene la idea de colgar un póster o un cartel. Cuando Pablo terminó de predicar, la posición central de la muerte de Cristo en la cruz era tan clara como si alguien hubiera

ampliado un cuadro de la escena del Calvario y lo hubiera puesto en una cartelera para que todos lo vieran. No había lugar para ningún error respecto de que la confianza en el Cristo crucificado, y no en las obras mezquinas de una persona, era el centro del mensaje de Pablo.

Con la posición central del sacrificio de Cristo descrito de una manera tan gráfica, y después de que Pablo los había exhortado a aceptar a este Salvador por medio de la fe, ahora les dirige una pregunta para sondearlos. “Díganme solamente esto”, les exige. “¿Recibieron el Espíritu por haber guardado la Ley, o por haber creído lo que oyeron?”

Todo el alcance de la pregunta de Pablo se hace aún más evidente si en nuestra traducción quitamos el artículo que hay antes de la palabra “ley” para estar conforme al original y preguntar literalmente: “¿Fue por obras de Ley que recibieron el Espíritu o por el oír con fe?” Su pregunta es: “¿Es que tuvieron que *hacer* algo, o fue solamente un asunto de *recibir*, de confiar, de tomar lo que Dios les estaba dando?”

Antes de responder a esta pregunta, miremos más de cerca lo que se gana o lo que se recibe como un regalo. Pablo pregunta: “¿Recibisteis el Espíritu por las obras de la Ley o por el escuchar con fe?” Hasta cierto punto, la manera en que entendamos este versículo depende de nuestra definición del significado exacto de *pneuma*, la palabra griega para “Espíritu”. El original no indica si se debe tomar como “Espíritu” (con *E* mayúscula) o como “espíritu” (con *e* minúscula). Con la *E* mayúscula se refiere al Espíritu Santo, y con la *e* minúscula se refiere al espíritu que existe en un hombre, a su naturaleza espiritual. Por ejemplo, en el capítulo 5 Pablo hablará de la lucha que tiene que librar el cristiano entre “la carne” y “el espíritu”. Aquí él se refiere al antagonismo que existe entre la naturaleza espiritual del creyente y su naturaleza carnal. Podemos describir esto como “el nuevo hombre” que lucha contra “el viejo Adán”. En este pasaje también sería muy apropiado que Pablo se refiriera a la nueva vida espiritual que los gálatas disfrutaban como cristianos.

Sin embargo, realmente no tenemos ningún problema con la traducción de la Reina-Valera de la *E* mayúscula, que de esta manera se refiere al Espíritu Santo, porque no puede haber verdadera vida espiritual sin la obra del Espíritu Santo.

Cualquiera que sea el significado que escojamos, lo que Pablo quiere decir con su pregunta es: “Cuando ustedes se hicieron cristianos y entraron en este estado de felicidad espiritual que se volvió suyo como una consecuencia del evangelio que les traje, ¿sucedió esto porque ustedes hicieron algo o porque creyeron lo que habían oído?” Es claro que la respuesta era obvia. Ellos no habían hecho nada por su vida espiritual, no habían emprendido ningún programa para guardar ciertas reglas (ya fuera la Ley de Moisés o cualquier otra pauta legal de obras); simplemente creyeron. Recibieron el mensaje de Pablo sin engaños y depositaron toda su confianza en los méritos de Cristo.

Siendo este el caso, Pablo ahora confronta a los gálatas con otra pregunta. “¿Es que ustedes son tan necios? Después de haber comenzado con el Espíritu, ¿están tratando ahora de alcanzar su meta por medio del esfuerzo humano?” Empezaron sin el cumplimiento de la Ley mosaica ni de las obras, y de esta manera habían recibido las bendiciones de la verdadera vida espiritual con Dios. Qué ejemplo clásico del cambio de parecer cuando se está a medio camino. ¡Cuán necio era que ahora regresaran a las obras de la Ley para completar su vida espiritual: ¡una vida que había comenzado tan bien sin las obras y sin el cumplimiento de la Ley!

Pablo ha hablado del comienzo y del fin de la vida espiritual de ellos; ahora dirige la atención de los gálatas al estado presente y pregunta: “¿Tantas cosas habéis padecido en vano? Si es que realmente fue en vano. Aquel, pues, que os da el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír con fe?” En realidad, el verbo griego que se usa en este versículo (que se ha traducido como “padecido”) es neutro; básicamente sólo significa “experimentar”, y las cosas que se experimentan pueden ser buenas o malas. El contexto es el que debe especificar y determinar la gama precisa del verbo.

Por el versículo siguiente, parece que Pablo habla de las cosas buenas que se están experimentando, en vez de hablar de las cosas malas que se han sufrido. Por lo tanto, es preferible que Pablo pregunte: “¿Las buenas cosas que Dios les hizo experimentar, han sido en vano?”

Entonces él sigue con las cosas buenas que todavía les están sucediendo cada día. Pregunta: “Aquel, pues, que os da el Espíritu y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por el oír con fe?” Se debe notar que Pablo no piensa que los gálatas estén perdidos del todo; es evidente que están bajo la presión que ejercen los judaizantes cuyos argumentos suenan tentadores. Posiblemente estén sufriendo la tentación. Puede ser que hasta se sientan inclinados a hacer las cosas que son necias. Pero Pablo les otorga el beneficio de la duda; aún son hijos de Dios y él todavía obra en ellos. “¿Cómo es posible que todas estas cosas estén sucediendo entre ustedes?” pregunta Pablo. Ellos mismos pueden dar la respuesta: no por las obras, sino solamente por la gracia de Dios en Cristo que se acepta *por la fe*.

Pablo no lo dice, no tiene que hacerlo. La prudencia y el sentido común les darán el consejo: “¡Sigue con el ganador!”

El caso de Abraham

Sin embargo, el argumento de Pablo no sólo se apoyaba en la experiencia de los gálatas, en la que habían recibido las misericordiosas bendiciones de Dios por la fe, sin haber hecho ningún esfuerzo por conseguirlas; dirige su atención hacia otro ejemplo donde se establecía claramente que las mayores bendiciones de Dios se recibían por la fe, el caso del patriarca Abraham.

⁶ Así Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia. ⁷ Sabed, por tanto, que los que tienen fe, éstos son hijos de Abraham. ⁸ Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena

nueva a Abraham, diciendo: «En ti serán benditas todas las naciones.»⁹ De modo que los que tienen fe son bendecidos con el creyente Abraham.

Abraham era reverenciado debidamente como padre de la nación judía. Cuando Dios lo escogió a él y a su familia para que fueran los portadores de la promesa, y la familia de la que iba a nacer el Salvador, Dios los estaba nombrando como su nación escogida.

Es comprensible que el parentesco con Abraham fuera una causa de orgullo para los judíos leales. Desgraciadamente, también se convirtió en una razón para tener una confianza equivocada. Cuando Jesús llamó a sus oyentes judíos al arrepentimiento y trató de hacerles ver la necesidad de un Salvador, protestaron diciendo: “Nosotros somos hijos de Abraham”. Este vínculo con Abraham era su “boleto para entrar en el cielo”. Cuando los judaizantes apremiaron a los gálatas a aceptar y a guardar la Ley de Moisés, ellos pregonaron las ventajas de alinearse con “la nación escogida” y así, de esta manera se podrían convertir en “hijos de Abraham”.

En respuesta a esto, Pablo habla del caso de Abraham y dice: ni siquiera Abraham entró en la relación correcta con Dios por sus propias obras. Sino que “[él] *creyó* a Dios y le fue contado por justicia”.

Abraham no depositó su confianza en algo que él mismo hizo, sino que confió en Dios, en lo que le había prometido. El objeto de la confianza de Abraham no era otro que el Salvador prometido por Dios y el Mesías. Jesús da un testimonio claro de la fe de Abraham cuando les dice a sus adversarios judíos: “Abraham, vuestro padre, se gozó de que había de ver mi día; lo vio, y se gozó” (Juan 8:56).

Se debe notar que Abraham no dice que cambió su norma de vida para ser lo suficientemente justo para que Dios lo aceptara debido a eso; más bien, Abraham creyó en Cristo, el Salvador prometido, y esa fe le fue contada como justicia. Dios consideró a Abraham como si fuera justo, y le acreditó una justicia que no era

propia del patriarca. Dios lo “justificó” al imponerle o al revestirlo de la justicia de Cristo. Y todo eso le vino a Abraham “por la fe”. Por su fe Abraham recibió todo lo que Dios le había prometido.

Pero alguien podría decir: “Eso está bien, y fue bueno para Abraham; pero ¿qué hay para los otros? ¿Qué hay para los gálatas? ¿Qué hay para nosotros?” Pablo contesta a estas preguntas al explicar el caso de Abraham y al hacerlo una regla general cuando dice: “Sabed, por tanto, que los que tienen fe, éstos son hijos de Abraham.”

El entrar en esa relación bienaventurada de ser aceptado por Dios, el ser declarado justificado no depende del nacimiento, ni de la sangre, sino que está disponible para todo el que cree y confía en el Salvador prometido por Dios. Porque la justificación es por fe, puede incluir a los creyentes gálatas, a nosotros y a todos los creyentes que existieron entre ellos y nosotros.

En realidad, desde el principio mismo (cuando Dios estaba llamando a Abraham) ya tenía planeado salvar a la gente por medio de la fe en Cristo. Por eso Pablo puede decir: “Y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham, diciendo: ‘En ti serán benditas todas las naciones’”.

Recordemos que cuando llamó Dios a Abraham, le hizo algunas promesas grandes y preciosas. Prometió darle una tierra especial y hacer que de él proviniera una gran nación, aunque esas no fueron promesas para todo el mundo. No todos nacen judíos ni tampoco todos tienen el privilegio de vivir en la Tierra Prometida de Palestina.

Pero Dios también le dijo a Abraham: “En ti serán benditas *todas las naciones*”. ¿Cómo puede ser esto? Debido a que la esencia de la promesa que Dios le hizo a Abraham se centraba en Cristo, en que Jesús iba a nacer de su linaje. Por esa razón puede decir que en la promesa que Dios le hizo a Abraham acerca del Salvador, “dio de antemano la buena nueva”. Dios previó que los gentiles también iban a aceptar al Salvador prometido por medio de la fe: y que iban a ser justificados por la fe. Debido a esto, Pablo

puede hacer esta generalización: “Los que viven por la fe son bendecidos junto con Abraham, el hombre de fe” (v 9, NVI).

Abraham fue bendecido por su fe en Cristo, al igual que todos los demás que confían en Jesucristo. Es el evangelio el que salva, no la Ley con sus exigencias de obediencia y de cumplimiento. En realidad, la Ley no sólo no salva, sino que pone a la gente bajo su maldición. Pablo define esto con más precisión en la siguiente sección.

La diferencia entre la Ley y el evangelio

¹⁰ Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: «Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas.» ¹¹ Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios es evidente, porque «el justo por la fe vivirá». ¹² Pero la Ley no procede de la fe, sino que dice: «El que haga estas cosas vivirá por ellas.»

¹³ Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: «Maldito todo el que es colgado en un madero»), ¹⁴ para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles, a fin de que por la fe recibiéramos la promesa del Espíritu.

Los judaizantes estaban fastidiando a los gálatas al insistir en que guardaran la Ley de Moisés con los ritos y las ceremonias del Antiguo Testamento. Parece que no negaban que Jesús de Nazaret era el Mesías, el Salvador prometido; lo que ponían en duda era la enseñanza de Pablo de que la fe sola en Cristo podría salvar a la gente.

Ellos insistían en que era necesario algo más: convertirse en seguidores del judaísmo, lo cual implicaría aceptar los preceptos de la Ley de Moisés, como cumplir las leyes acerca de los alimentos, guardar el día sábado, aceptar el rito de la circuncisión.

En pocas palabras insistían en *hacer* algo para estar seguros de tener el favor de Dios.

Pablo refuta: este curso de acción es peligroso, y hasta fatal, porque la Ley en sí misma contiene una amenaza terrible para los que la guardan de manera imperfecta. El apóstol cita Deuteronomio 27:26: “Maldito sea el que no permanezca en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para cumplirlas”. Nótese que hay tres exigencias invariables en el pasaje de Deuteronomio. La Ley exige *una acción continua, intachable*.

Examinemos estas tres en el orden inverso. *Acción*. Por definición, una ley nos dice lo que debemos hacer; exige acción. *Intachable*. El incumplimiento lleva al castigo, pero no es aceptable cualquier tipo de acción, tiene que ser perfecta y completa. Debemos notar que el pasaje de Deuteronomio exige hacer “*todas* las cosas escritas en el libro de la Ley”. Dios dice: “Santos seréis, porque santo soy yo Jehová, vuestro Dios” (Levítico 19:2). Tomando este punto, Santiago dice en su epístola: “Porque cualquiera que guarda toda la Ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos” (2:10). *Continua*. Santiago 2:10 también ilustra este tercer elemento. No nos atrevamos a guardar la Ley solamente por algún tiempo. No, como Pablo nos lo hace ver a través de la cita de Deuteronomio, debemos continuar haciendo todo lo que está escrito en la Ley de Dios.

Esta exigencia triple hace que seamos pecadores en todo y nos pone bajo la maldición de la Ley. Lo que dicen los judaizantes acerca de la manera en que se deben hacer las cosas, no funciona; pero, afortunadamente, las Escrituras no nos someten al plan de salvación de los judaizantes; nos hacen ver algo completamente diferente. Pablo continúa: “Y que por la Ley ninguno se justifica ante Dios es evidente, porque ‘el justo por la fe vivirá.’” La Ley no se basa en la fe; todo lo contrario, “el que haga estas cosas vivirá por ellas”.

El plan de salvación de Dios no se basa en las acciones humanas, sino en la fe. Acabamos de ver el ejemplo de Abraham.

Él *creyó*, y esta fe le fue contada como justicia. Ahora Pablo añade el testimonio del profeta Habacuc que, hablando por inspiración divina, dijo: “El justo por su fe vivirá” (Hab. 2:4). *La fe* es lo que Dios busca y la Ley con sus exigencias de actuar no tiene nada que ver con la fe.

Tomemos una ilustración de la vida diaria. Yo puedo estar totalmente convencido del valor del límite de velocidad en nuestras carreteras de 90 kilómetros por hora; eso ahorra gasolina, reduce el número de accidentes, salva vidas. Puedo estar de acuerdo con la ley, tener una “fe” completa en su valor, pero no puedo decir que siempre la he obedecido perfectamente, y hasta me multarán si es que manejo a 110 kilómetros por hora. *La fe y la acción* son dos cosas completamente distintas.

Volviendo al tema de la esperanza del pecador para su salvación, Dios dice: “El justo por la fe vivirá”. Eso no puede incluir la Ley, porque, como lo dice Pablo: “La Ley no procede de la fe, sino que dice: ‘El que *haga* estas cosas vivirá por ellas”.

No podemos obtener la salvación por medio de nuestras “acciones”; nuestra desobediencia, nuestro incumplimiento, no le deja a la Ley otra alternativa que condenarnos y ponernos bajo su maldición. Pero, gracias a Dios que hay un escape de su castigo justo. “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose maldición por nosotros (pues está escrito: ‘Maldito todo el que es colgado en un madero’)”. Aquí Pablo usa otra vez la cita de Deuteronomio que establece que Cristo en su crucifixión realmente se convirtió en maldito, porque “maldito por Dios es el colgado” (Deuteronomio 21:23). Pero la gran verdad que Pablo desea enfatizar aquí es *por qué* Jesús se convirtió en maldito: lo hizo por nosotros, para redimirnos de la maldición de la Ley.

“Redimir” significa “comprar de nuevo”, pagar el precio necesario para sacar de la esclavitud al cautivo. Cristo pagó lo que nosotros debíamos, tomó nuestro lugar y realizó lo que nosotros no podíamos hacer; saldó nuestra cuenta con la Ley. Con su vida perfecta y su muerte inocente en la cruz, Cristo convirtió en una realidad histórica lo que Abraham y todas las naciones habían

recibido solamente en una promesa. Como Pablo lo explica: “Nos redimió... para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzara a los gentiles”.

Y ¿cómo es que esta bendición inestimable les llega a los gálatas, nos llega a nosotros y a todos los creyentes? Pablo continúa: “A fin de que *por la fe* recibiéramos la promesa del Espíritu”. La Ley exige acción, y nosotros no podemos cumplir con esa exigencia; por consiguiente, este camino lleva a una maldición. La única alternativa es no esperar en nuestras propias obras y volvernos con fe a los méritos de Cristo. En eso reside la paz, la seguridad y la salvación.

La promesa que ya se le había dado a Abraham

Pablo ha indicado que existe una diferencia muy grande entre la Ley y el evangelio. La Ley obliga y tiene exigencias; *quita*; busca la obediencia. Por otro lado, el evangelio *da*; les otorga dones a los que no los reclaman ni tienen ninguna razón para esperarlos.

Pero todavía hay otra diferencia que es útil que los lectores de Pablo tengan presente: el orden cronológico o tiempo. La promesa del evangelio de Dios en realidad se dio antes que las ceremonias de la Ley de Moisés.

Como el buen maestro que es, Pablo nos ayuda a sus lectores a ver la importancia de este orden al darnos un ejemplo para ilustrar este razonamiento; compara la diferencia del tiempo que pasa en el asunto de administrar el testamento de una persona, o “pacto”, como se le llama en la traducción de la Reina-Valera.

¹⁵ Hermanos, hablo en términos humanos: Un pacto, aunque sea hecho por un hombre, una vez ratificado, nadie lo invalida, ni le añade. ¹⁶ Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: «Y a los descendientes», como si hablara de muchos, sino como de uno: «Y a tu descendencia», la cual es Cristo. ¹⁷ Esto, pues,

digo: El pacto previamente ratificado por Dios en Cristo no puede ser anulado por la Ley, la cual vino cuatrocientos treinta años después; eso habría invalidado la promesa, ¹⁸ porque si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa; pero Dios se la concedió a Abraham mediante la promesa.

Pablo nos invita a pensar en cómo funciona un testamento, especialmente en dos aspectos. Primero, un testamento por definición es un documento formal en el cual la persona que lo hace expresa sus deseos finales; en él, la persona manifiesta cómo quiere que se distribuyan las cosas de valor a sus herederos. Un testamento es esencialmente una *promesa* de dar la propiedad o los bienes.

Lo segundo que debemos notar es la *naturaleza vinculante* de un testamento o pacto que se ha hecho de la manera apropiada. El testador puede hacer los cambios que quiera, pero si éste muere, y el testamento ha sido debidamente establecido, entonces otros no pueden cambiar las estipulaciones a su antojo. Estas dos características de un testamento o pacto tienen significado en el asunto doctrinal importante que Pablo desea ilustrar.

Primero, el pacto de Dios con Abraham fue una promesa; Pablo escribe: “A Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: ‘Y a los descendientes’, como si hablara de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu descendencia’, la cual es Cristo.”

El apóstol nos hace ver que la esencia del pacto de Dios con Abraham era la promesa de un Salvador. Es verdad que también existía la promesa de que Abraham se iba a convertir en una gran nación y que le sería dada una tierra especial, pero no fue una promesa universal para todas las personas. Esa promesa fue dicha específicamente a los israelitas que vivían en la tierra prometida de Canaán.

Pero a Abraham también se le dijo: “En tu simiente [literalmente, ‘semilla’] serán benditas todas las naciones de la

tierra” (Génesis 22:18; vea también 26:4; 28:14). El cumplimiento de esta promesa se basaba, no en sus muchos descendientes (“simientes”), sino en una “simiente,” Cristo.

Después de establecer que la promesa a Abraham era esencialmente una promesa mesiánica, Pablo llega al segundo de sus dos puntos de comparación con un testamento o pacto. El pacto con Abraham se estableció debidamente a través de la promesa repetida que hizo Dios de un Salvador para Abraham y todas las naciones de la tierra. Y así como no se puede cambiar un testamento o pacto humano, el pacto de Dios con Abraham tampoco.

Recordamos que después de que Abraham murió, la familia del patriarca se mudó a Egipto y se quedó allí aproximadamente los cuatro siglos siguientes. En ese país aumentaron hasta convertirse en una gran nación, como les había sido prometido, pero también cayeron en la esclavitud en manos de los egipcios hasta que fueron liberados por Dios bajo el liderazgo de Moisés. Después de eso, viajaron al monte Sinaí donde Dios les dio el código de leyes, conocido generalmente como la Ley mosaica o de Moisés. Los judaizantes estaban instando a los gálatas a guardar las ceremonias y los ritos de esta Ley, además de la confianza sencilla en la promesa del evangelio que Pablo les había anunciado.

Pablo señala que los judaizantes estaban aplicando mal la Ley de Moisés y actuaban como los herederos deshonestos que alteran las condiciones de un testamento. En el caso de ellos estaban tratando de hacer esto con el pacto original que Dios había hecho con Abraham. Pablo replica: “El pacto previamente ratificado por Dios en Cristo no puede ser anulado por la Ley, la cual vino cuatrocientos treinta años después; eso habría invalidado la promesa.” Lo que Pablo quiere decir es: No arremetemos sin consideración en contra de la voluntad humana; con mucha más razón, no se les debe permitir a los judaizantes que invaliden el pacto que Dios hizo con Abraham con un documento que sólo llegó a existir 430 años después.

Siguiendo con el mismo tema, Pablo pone otra objeción a la forma de hacer las cosas de los judaizantes, es decir, que éstos estaban cambiando por completo la naturaleza de la manera en que Dios había tratado con su pueblo bajo el pacto de Abraham.

Ya hemos visto que un testamento es la promesa formal que hace una persona de *dar* propiedades o bienes a sus herederos. Es un regalo para ellos, no necesitan ganarlo ni comprarlo. Pablo afirma correctamente: “Si la herencia se basa en la ley [haciendo algo que se exige], ya no se basa en la promesa [recibirla gratuitamente como un regalo]” (NVI).

Si el albacea de un testamento le dijera a un heredero: “Su tío le ha dejado la hacienda en herencia, pero tendrá que pagar mil dólares por cada hectárea para poder recibirla, o deberá trabajar diez años para obtenerla”, el heredero se quejaría diciendo que eso es injusto, y con razón. Pablo aclara bien que lo mismo es verdad en el reino espiritual; él dice: “Dios se la concedió gratuitamente a Abraham [la herencia de la salvación] mediante una promesa” (v 18, NVI). Él tenía razón al predicarles a los gálatas un mensaje de salvación por la gracia sola, un regalo gratuito de Dios, porque es así como Dios se lo dio a Abraham. Los judaizantes lo arruinaron al sugerir que además de creer en Cristo se debían guardar algunas ceremonias y que era necesario cumplir con algunos ritos si uno quería estar seguro de su salvación. Es un error común que todavía cometen los líderes religiosos cristianos que defienden la fe en Cristo, pero que después exigen obras de penitencia, urgen la realización de ciertas tareas, o buscan contribuciones monetarias a un nivel que previamente ya ha sido prescrito o exigen cualquier otra “obra de la ley”. El hecho de confiar en nuestras obras anula la gracia de Dios; la Ley y el evangelio no se mezclan.

Los cristianos están libres de la Ley

Al usar un ejemplo de la vida diaria en el que muestra cómo funciona el sistema de una herencia, Pablo ha ilustrado que el plan

de Dios para la salvación “una vez ratificado” en su pacto con Abraham se basa en “la promesa” de Dios y no depende de ninguna manera de las acciones del hombre. Es un pacto del evangelio, no una disposición de la Ley. El ejemplo de la herencia sirve tan apropiadamente para mostrar la superioridad del regalo y de la misericordia de Dios sobre la Ley y las acciones, que Pablo anticipa lo que alguien se pueda preguntar acerca del valor de la Ley. A continuación trata este tema.

Descripción de la Ley

Pablo comienza su descripción de la Ley al enumerar cuatro de sus debilidades.

¹⁹ Entonces, ¿para qué sirve la Ley? Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa; y fue dada por medio de ángeles en manos de un mediador. ²⁰ Y el mediador no lo es de uno solo; pero Dios es uno.

²¹ Entonces, ¿la Ley contradice las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Porque si la Ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la Ley. ²² Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes.

²³ Pero antes que llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. ²⁴ De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe. ²⁵ Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía,

La debilidad inseparable de la Ley de Moisés se muestra en cuatro maneras, y todas ellas se enumeran en el primer párrafo que acabamos de citar (vv. 19,20). El segundo (vv. 21,22) forma un comentario acerca de la siguiente debilidad, mientras que el tercero

(vv. 23-25) trata principalmente de la tercera debilidad. Las cuatro debilidades que Pablo identifica son:

1. La Ley de Moisés no fue lo primero, sino que fue “añadida” a algo superior que ya existía antes.
2. La Ley tenía que ver con el pecado y con las “transgresiones”, no con la salvación.
3. La Ley era de una duración limitada, “hasta que viniera la descendencia [la simiente]”.
4. La Ley exigía que hubiera un “mediador”.

La Ley fue “añadida”. Los judaizantes se sentían inclinados a atribuirle una importancia y un peso indebidos al cumplimiento de las ceremonias y de los ritos mosaicos, como la observancia de las fiestas y las normas con respecto a las comidas, como si esas fueran las cosas importantes que Dios esperaba de su pueblo. Pablo defiende su mensaje de la salvación por la fe sola en Jesucristo sin la añadidura de ninguna acción humana, incluyendo la observancia de las leyes mosaicas, que no aparecieron en escena hasta 430 años después de que Dios ya le había prometido un Salvador a Abraham. No fue la Ley de Moisés, sino la promesa que Dios le hizo a Abraham lo que fue básico en el trato de Dios con su pueblo escogido. Hasta para los judíos, la Ley fue añadida después y siempre fue de una naturaleza secundaria, desempeñando un papel también secundario.

“A causa de las transgresiones”. Además, Pablo dice que la Ley fue añadida “a causa de las transgresiones”. Como los israelitas lo demostraron repetidamente durante los cuarenta años que pasaron en el desierto, eran tercos, rebeldes y necesitaban preparación. Las reglas que habían sido establecidas por Dios en el monte Sinaí y con las cuales los israelitas estuvieron de acuerdo servían admirablemente para este proceso de preparación y de corrección.

Es cierto que las instrucciones especiales que recibió Israel para controlar su vida de adoración y las leyes con respecto a la pureza o a la impureza de los alimentos que regían sus normas de alimentación servían para separarlos del mundo pagano. Es así que estos reglamentos los limitaban y los protegían como el pueblo escogido de Dios.

Lo más importante es que esas reglas eran un recordatorio constante de la manera en que se mantenían las cosas entre los israelitas y su Dios. Todo quebrantamiento de la Ley, cualquier negligencia de los muchos preceptos individuales eran un testimonio de la pecaminosidad profunda que perjudicaba su relación con un Dios justo y santo. ¡La ley de Dios le mostraba su pecado a Israel! Y Dios estableció claramente: “El alma que peque, esa morirá” (Ezequiel 18:20). Todo sacrificio sangriento era un recordatorio visible de que la paga del pecado es la muerte y de que los pecadores sólo se pueden salvar al tener un sustituto que tome su lugar y que sufra la muerte por ellos.

La Ley les podía enseñar la necesidad de justicia, pero no les podía dar la justicia necesaria. En la Ley residía una limitación grave, no podía dar la salvación como lo afirmaban los judaizantes; sólo la podía señalar y preparar a las personas para la salvación que debía venir de otra fuente, es decir, del Salvador prometido. Al hablar de la debilidad de la Ley de ser solamente secundaria y de respaldo, Pablo pregunta: “Entonces, ¿la Ley contradice las promesas de Dios? ¡De ninguna manera! Porque si la Ley dada pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la Ley. Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes.”

“Hasta que viniera la descendencia”. Una tercera debilidad de la Ley de Moisés es que Dios la había dado con la intención de que tuviera una duración limitada. Pablo les dice a los gálatas que la Ley fue añadida debido a las transgresiones “hasta que viniera la descendencia a quien fue hecha la promesa”.

El Antiguo Testamento, con sus muchas reglas y leyes específicas, fue un tiempo de preparación para la época del Nuevo Testamento que fue marcado por la libertad cristiana que llega por medio de la fe en Jesucristo. Pablo se refiere a la “fe” neotestamentaria en el Salvador que vino a cumplir la promesa que le hizo Dios a Abraham. Él explica: “Pero antes que llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía.”

En gran parte de esta sección continúa la idea del papel secundario y de respaldo, hasta de supervisor, de la Ley. A Israel se le describe como un prisionero que está encerrado bajo la Ley. Seguramente los judaizantes dieron malas noticias y ofrecieron malos consejos al apremiar a seguir bajo el control de la Ley.

Pablo nos describe un cuadro más atractivo. “Todas estas restricciones y las limitaciones han terminado su utilidad y han sido eliminadas”, les dice Pablo a los gálatas. Para poder ver esto de una manera más clara, tal vez debemos ver más detenidamente el versículo 24. La Reina-Valera 1995 dice: “La Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo”. La versión de 1960 dice más explícitamente: “La ley ha sido nuestro ayo [preceptor o maestro], para llevarnos a Cristo”. En realidad, la Ley no es nuestro “maestro” en el sentido de que “nos guíe a Cristo”; sólo el evangelio puede hacer eso. Una nota al pie de página de la Nueva Versión Internacional sugiere esta traducción: “La ley fue nuestro guía hasta que vino Cristo”. Esta traducción toma en cuenta el punto de vista de Pablo de que la Ley tiene una duración limitada.

El griego original dice que la Ley fue nuestro *paidagogos*. El *paidagogos* era el esclavo que acompañaba al niño para asegurarse de que no se metiera en problemas en el camino a la escuela y también para cerciorarse de que llegara a ella. La instrucción en sí era llevada a cabo por otros. Entonces Pablo dice: “La ley servía solamente como un chaperón, y eso sólo hasta que Dios cumplió su promesa del evangelio y envió a su Hijo.” “Pero antes de que

llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley... Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía [ayo]”. Nuevamente, los judaizantes estaban equivocados al insistir en que la Ley de Moisés todavía era válida.

La ley exigía que hubiera un “mediador”. Por último, Pablo vio como una debilidad la exigencia que hacía la Ley de tener un mediador. El apóstol afirma: “La ley se promulgó por medio de ángeles, por conducto de un mediador. Ahora bien, no hace falta mediador si hay una sola parte, y sin embargo Dios es uno solo” (NVI).

Para este pasaje se han sugerido varias interpretaciones. La diversidad ha sido causada parcialmente por el hecho de que no se nos dice mucho en las Escrituras acerca del rol de los ángeles al poner la Ley en efecto. Pero el papel de los ángeles no es el punto principal que Pablo quiere tratar. Su interés se concentra más en el mediador.

La Ley de Moisés que se dio en el monte Sinaí era un pacto bilateral con condiciones. Dios le había dicho a Israel: si ustedes hacen esto y esto, entonces los bendeciré de esta y de esa manera. Y como el pacto involucraba un acuerdo entre dos partes, el arreglo necesitaba a alguien más, un mediador que asegurara la certeza del acuerdo hecho por ambas partes. Pero ese acuerdo inmediatamente se vuelve provisional e inseguro cuando nos damos cuenta de que una de las partes del acuerdo era la voluble e inestable nación de Israel, el pueblo terco y rebelde que necesitaba ser controlado, guiado y corregido.

Cuán infinitamente mejor y más seguro es tener sólo una parte que hace un acuerdo unilateral, especialmente cuando quien hace la promesa es el Dios de los cielos y la tierra, que es absolutamente fiel y en quien se puede confiar. Y ese era el caso con la promesa que había recibido Abraham acerca del evangelio. Sin ninguna condición ni estipulaciones, Dios en su misericordia le anunció sencillamente: “Haré de ti una gran nación; te daré una tierra especial en la que habitarás; bendeciré a todas las naciones

de la tierra en el Salvador que nacerá de tu simiente”; la Ley de Moisés, obstaculizada por la necesidad de la participación y de la obediencia del hombre, no llega a la misma altura que la promesa del evangelio que hizo Dios.

La promesa del evangelio que Dios le hizo a Abraham se cumplió en Cristo. Esa promesa proclamada por Pablo es una base segura y fidedigna en la que pueden confiar todos los creyentes, que por definición son gente que no puede hacer nada por sí misma, sino que simplemente recibe la gracia de Dios.

²⁶ porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, ²⁷ pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. ²⁸ Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. ²⁹ Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa.

“Y si vosotros sois de Cristo”, si conocen a Jesús como su Salvador, por medio de la fe que obró en ustedes en su bautismo y por los otros medios de gracia, “ciertamente descendencia de Abraham sois”. La fe en Cristo hace que sea nuestra la justicia que Cristo obtuvo. La fe nos “reviste” de Cristo para que Dios ya no vea nuestros sucios pecados ni defectos, sino solamente los méritos de Cristo y su justicia perfecta ganada para nosotros en la cruz. Las obras y el mérito, obtenidos por haber guardado cualquier disposición de la Ley, no cuentan ante Dios. En estos versículos se debe notar la repetición de la palabra “todos”. Con él, todos los creyentes en Cristo están al mismo nivel, sin importar que sean judíos o griegos, esclavos o libres, hombres o mujeres. Todos los creyentes forman parte de la descendencia que recibirá la herencia completa.

*La parábola del heredero menor de edad,
una ilustración de la vida diaria*

La descripción de los herederos y de la herencia le sugiere a Pablo otra manera de mirar la relación que existe entre el creyente y la Ley. Él dice:

4 Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, ² sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre. ³ Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. ⁴ Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley, ⁵ para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos. ⁶ Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: «¡Abba, Padre!» ⁷ Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo.

Nuestra mente ha sido hecha por el Creador de tal manera que aprendemos mejor cuando comparamos una cosa con otra. Para entender algo que es desconocido o algo que no nos es familiar, nos ayuda compararlo con algo que sea más familiar y que conozcamos. Por ejemplo, para darnos una descripción de lo nerviosa que estaba una persona antes de ponerse de pie para dar un discurso importante, se podría decir que la persona caminaba de un lado a otro *como un león enjaulado*.

A las comparaciones que usan la palabra “como” se les llama “símiles”. Cuando usted le añade a un símil unos cuantos detalles y describe un relato corto, tiene una parábola. Jesús con frecuencia enseñaba en parábolas (“el reino de los cielos es como”), y Pablo aquí usa una moraleja para enseñar de una manera más completa la relación de los creyentes judíos del Antiguo Testamento con la Ley de Moisés.

Toma su ilustración de algo que sucede en la vida diaria, concretamente, el asunto del testamento y de la herencia. Pablo explica: “Pero también digo: Entre tanto que el heredero es niño, en nada difiere del esclavo, aunque es señor de todo, sino que está bajo tutores y administradores hasta el tiempo señalado por el padre” (vv. 1 y 2).

En realidad el hijo de un millonario es el dueño de todo lo que su padre posee, pero el padre sensato no le va a entregar todo al hijo hasta que él sea capaz de administrar las cosas de manera sensata. Cuando el hijo es menor de edad, primero es necesario que pase por un período de preparación y disciplina, el cual no es diferente al de un esclavo, ni al de un sirviente o empleado común de la casa. Aunque esto sea incómodo, el período de preparación, que se limita al tiempo que estableció el padre, es de gran valor para el futuro heredero.

Ahora viene el punto de comparación de la parábola. Pablo les cuenta un ejemplo de la vida diaria del heredero cuando es menor de edad y está bajo la custodia de un siervo a los judíos del Antiguo Testamento en la relación que ellos tienen con la Ley de Moisés. Explica: “Así también nosotros, cuando éramos niños estábamos en esclavitud bajo los rudimentos del mundo. Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo... a fin de que recibiéramos la adopción de hijos” (vv. 3-5).

El que el heredero reciba “la adopción [todos los derechos] de hijos” no es nada que se lleve a cabo ni que tenga efecto por causa del período provisional de preparación. La recepción de la herencia depende única y completamente de la acción del padre para cumplir con su promesa. Así también la Ley de Moisés no era el medio por el cual Dios iba a llevar a cabo su gran bendición de la salvación; sino que eso sucedió en el tiempo debido que fue establecido por Dios el Padre, por medio del cumplimiento de la promesa de un Salvador para todas las naciones, que le había sido dada mucho tiempo antes a Abraham.

Se debe notarse cuán completamente describe Pablo la acción salvadora de Dios: “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido

bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos.”

“Dios envió a su Hijo”. El Salvador del mundo no era otro más que el verdadero Dios. El Hijo de Dios fue “nacido de mujer”, o sea que el Salvador del mundo se dignó nacer de una virgen y también convertirse en verdadero hombre. Aunque era verdadero Dios, el Dador de la Ley, aun así, voluntariamente y como verdadero hombre se puso “bajo la Ley” para obedecerla para beneficio de “los que estaban bajo la Ley” y de esta manera obtener para ellos la justicia que un Dios justo y santo espera y exige. Por eso el apóstol dice: “Nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley”.

Es importante notar que en estos versículos el término “ley” no tiene el artículo *la* cada vez que se usa en el griego original. En el original el uso del artículo implicaría que Ley de Moisés estaba bajo discusión; la falta del artículo en el original implica que la “ley” aquí se refiere a todo lo que Dios con justicia exige de todas las personas. La obra del Salvador no se reducía a servir solamente a sus compatriotas judíos, incluía a “todas las naciones” previstas en la promesa que Dios le había dado a Abraham y por esto incluía también a los gálatas. Por esta razón no debemos limitar el uso que hace Pablo de la palabra “nosotros” a él y a los otros judíos, cuando él ahora continúa para afirmar que el propósito por el que Dios envió a su Hijo como Salvador fue “a fin de que [nosotros] recibiéramos la adopción de hijos”. El pronombre implícito “nosotros” es un término global, nos abarca a todos.

Pablo incluye a los gálatas cuando habla aquí de las bendiciones de tener todos los derechos de un hijo. Eso se hace evidente en los dos versículos siguientes. Pablo les habla directamente a los gálatas en la segunda persona, cuando dice: “Y por cuanto [*vosotros*] sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ‘¡*Abbá*, Padre!’”

Al continuar dirigiéndose a los gálatas en la segunda persona, Pablo hasta cambia al pronombre singular para asegurarles a todos y cada uno de los gálatas en lo individual acerca de las bendiciones

que nos trajo el Salvador enviado por Dios a su debido tiempo. Les da esta seguridad: “Así que ya no eres esclavo sino hijo; y como eres hijo, Dios te ha hecho también heredero” (NVI). En Cristo, los gálatas, hijos queridos que le llaman *Abba* a su amado Padre, se pueden dirigir con confianza a Dios, como hijos y herederos que están seguros de su herencia, el lugar eterno con Dios en el cielo.

Hemos oído mucho acerca de la nación judía y de su limitación más bien incómoda bajo la Ley de Moisés. Como no eran judíos, los gálatas gentiles nunca estuvieron bajo estos reglamentos específicos, pero también habían sido librados de la tremenda carga de las exigencias de la Ley. En su caso, la Ley estaba impuesta por sus propias ideas antiguas que eran falsas, de cómo debían servir a sus ídolos paganos y a los que “no son dioses”. El apóstol les recuerda:

⁸ Ciertamente, en otro tiempo, cuando no conocíais a Dios, servíais a los que por naturaleza no son dioses; ⁹ pero ahora, ya que conocéis a Dios o, más bien, que sois conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?

¹⁰ Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años. ¹¹ Temo que mi trabajo en vuestro medio haya sido en vano.

En realidad solamente hay dos planes de salvación en el mundo: el mérito o la gracia. Por naturaleza, la gente se siente inclinada a trabajar con el sistema del mérito. Ellos razonan así: Debo hacer esto y eso para satisfacer a mi dios; si hago lo suficiente, seré aceptable y así recibiré sus bendiciones. La otra alternativa es la gracia: recibir las bendiciones de Dios totalmente como un regalo, que proviene sólo de su bondad y de su amor, sin ningún mérito de parte del que los recibe.

Los gálatas, con su pasado religioso pagano y naturalista, venían de una situación en la que ellos habían sido “esclavos de los que en realidad no son dioses” (NVI). Con ritos y sacrificios

interminables y con su piedad personal habían tratado de satisfacer a sus ídolos paganos.

Pero por medio de la predicación que hizo Pablo del evangelio de la gracia sola, Dios los había rescatado de esa esclavitud. En realidad, los gálatas no se acercaron a Dios; sino que Dios fue a ellos, para que ahora pudieran ser “conocidos por Dios”. Habían sido declarados hijos y herederos de todo regalo y bendición por medio de la fe en el Salvador a quien Dios había enviado. Los gálatas no habían hecho nada; recibieron todo como un regalo de la pura gracia de Dios.

Sin embargo, ahora después de haber llegado a conocer la gloriosa libertad de recibir todo como un regalo gratuito por medio del sistema de la salvación por la gracia, los gálatas estaban tonteando con la idea de regresar al sistema de los méritos. Casi incapaz de comprender esta tontería, Pablo les dice agudamente: “¿Cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?”

Es cierto que los gálatas no estaban pensando regresar a sus antiguas prácticas religiosas paganas, pero estaban haciendo algo que en principio era casi tan malo como eso. En vez de sus antiguas maneras paganas de tratar de ganarse un favor al hacer cosas por sus dioses paganos, trataban de agradarle al Dios de gracia que lo había hecho todo por ellos. Pensaban seguir la sugerencia de los judaizantes, que decían: “Para estar seguros de su salvación, deben cumplir con los reglamentos de la Ley de Moisés”.

Es evidente que tenemos razón en ver la amenaza que viene de los judaizantes, por los cargos que Pablo hace ahora: “Guardáis los días, los meses, los tiempos y los años”. La referencia es a los reglamentos mosaicos que gobiernan el sábado semanal, la luna nueva, las fiestas de cada mes y las festividades anuales. Las observancias específicas que los gálatas seguían podían ser diferentes de lo que tenían que hacer para complacer a sus antiguos dioses paganos; pero el principio de tratar de complacer a Dios con sus propias obras, increíblemente era el mismo. Los gálatas

estaban a punto de hacer un trueque de todo lo que se les había dado como un regalo gratuito de la gracia de Dios en Cristo, y estaban tratando de obtenerlo con sus propias obras. En este caso, trataban de cumplir las ceremonias de la Ley de Moisés. Es comprensible que Pablo estuviera furioso: “¡Lo que están haciendo es una tontería; les está saliendo el tiro por la culata! Temo por lo que les pueda suceder, no sé por qué me esforcé inútilmente con ustedes.”

Libres de la Ley: el ejemplo de la conversión de los gálatas

La carta a los Gálatas es un ejemplo de cambios repentinos de humor. Recordemos que esta sección comenzó con una pregunta casi furiosa “¡Gálatas insensatos!, ¿quién os fascinó?” (3:1). Después el apóstol siguió con una apelación calmada y razonada acerca de la experiencia que ellos tenían de haber recibido las bendiciones de Dios por medio de la fe, así como había sucedido con Abraham (3:2-9).

Acabamos de oír que Pablo tuvo lo que bien podríamos llamar un arranque emocional: “¡Temo haber perdido mi tiempo en ustedes!” Con el propósito de recuperar a los gálatas y de hacerlos entrar en razón, Pablo cambia inmediatamente a un tono completamente diferente. Los llama “hermanos”, y usando una voz cálida y amable les ruega y los apremia a pensar en lo buenas que eran las cosas para ellos cuando primero aceptaron su mensaje de la gracia sola sin la añadidura de ningunas obras.

¹²Os ruego, hermanos, que os hagáis como yo, porque yo también me hice como vosotros. Ninguna ofensa me habéis hecho, ¹³pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio; ¹⁴y no me despreciasteis ni rechazasteis por la prueba que tenía en mi cuerpo. Al contrario, me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. ¹⁵¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais? Porque os doy testimonio de que si

hubierais podido, os habrías sacado vuestros propios ojos para dármelos. ¹⁶ ¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad?

Pablo les recuerda a los gálatas las circunstancias que rodearon la primera visita que les hizo. Les dice: “Pues vosotros sabéis que a causa de una enfermedad del cuerpo os anuncié el evangelio al principio”. Los gálatas lo sabían todo acerca de esa primera visita, pero nosotros no. Como no tenemos la información concreta, han surgido varias teorías con respecto a “la enfermedad” de Pablo. Por causa del poco tiempo que Pablo pasó en la región costera de Perge, en su primer viaje misionero y por su partida inmediata a las partes interiores y más elevadas del Asia Menor (es decir, Galacia), algunos han supuesto que Pablo sufría de malaria o paludismo. Debido a la fuerza del comentario de que los gálatas habrían estado gustosos de sacarse los ojos y dárselos a Pablo, otros han llegado a la conclusión de que Pablo tal vez haya tenido problemas con los ojos. En 2 Corintios 12:7 Pablo habla de un problema o incapacidad física, “un aguijón en mi carne”, que le causaba dificultades. Tal vez a eso se refiera aquí. Lo que pasa es que no tenemos esa información.

Pablo parece implicar que esa enfermedad lo hacía poco atractivo y de alguna manera repugnante, de tal modo que podría desanimar a la gente. Él había sido “una prueba” para ellos, pero no lo trataron ni con burla ni con desprecio; en vez de esto se regocijaron a tal grado por el mensaje liberador de la gracia sola en Cristo que les otorgaba el perdón de los pecados, por la paz con Dios y por la seguridad de un cielo abierto, que le dieron la bienvenida a Pablo como si él fuera “un ángel de Dios”.

Ahora Pablo pregunta tristemente: “¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?” Es claro que nosotros sabemos la respuesta; su gozo en el mensaje liberador del evangelio había sido arruinado por la llegada de los judaizantes, que insistían en que, además de creer en Cristo, los gálatas debían también obedecer las ceremonias del Antiguo Testamento.

Los judaizantes habían arruinado el mensaje y habían difamado al mensajero al decir que Pablo era un recién llegado, que no era en realidad un apóstol, que sus enseñanzas no coincidían con lo que los verdaderos apóstoles de Cristo estaban enseñando, ni con lo que creía el pueblo de Dios en Jerusalén.

Confusos e inquietos por la idea de tal vez haber sido engañados por Pablo, el gozo inicial de los gálatas en el evangelio se había evaporado. A esto se le añadía el hecho de los comentarios agudos de Pablo en su carta, y no nos sorprende que Pablo haya preguntado: “¿Me he hecho, pues, vuestro enemigo por deciros la verdad?”

Nuevamente, la respuesta es evidente. ¿Es falta de amor el hecho de quitarle de las manos un cuchillo afilado a un niño pequeño? ¿Acaso nos perjudica el guardia forestal al advertirnos que nos apartemos de un abismo? ¿Estaba Pablo equivocado al alertar a los gálatas acerca del peligro de oír el error destructor de las personas que solamente estaban interesadas en ellas mismas y no en los gálatas ni en su bienestar?

Pablo está seguro que defender la verdad y poner al descubierto el error y la maldad no lo han convertido en enemigo de los gálatas. Entonces reanuda su crítica aguda y directa del error y de los equivocados judaizantes. Es una crítica que al mismo tiempo refleja su amoroso interés cristiano por los gálatas y su bienestar espiritual

¹⁷ Se interesan por vosotros, pero no para vuestro bien, sino que quieren apartaros de nosotros para que vosotros os intereséis por ellos. ¹⁸ Bueno es mostrar interés por lo bueno siempre, y no solamente cuando estoy presente con vosotros.

¹⁹ Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, ²⁰ quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros.

El término “celoso” [New International Version (traducción inglesa)] es un concepto clave en esta parte de la presentación de Pablo a los gálatas. “Esos” [NVI], los judaizantes, tenían interés en ganarse a los gálatas, pero no lo hacían con un motivo apropiado, no trataban de ayudarlos; al contrario, actuaban por motivos totalmente egoístas. “Quieren apartaros [a vosotros] de nosotros [de Pablo y de sus colaboradores en el evangelio], para que vosotros os intereséis [tengáis celo] por ellos [por los judaizantes].”

Debemos recordar que había una gran diferencia entre “los judaizantes” y la mayoría de la nación judía, que tercamente se aferraba al Antiguo Testamento porque no aceptaban a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido. Los judaizantes eran cristianos en el sentido de que aceptaban a Cristo, pero insistían en que esto no era suficiente. Además de creer en Cristo, enseñaban que la persona también tenía que aceptar las ceremonias del Antiguo Testamento en lo general y la circuncisión en lo particular. En otras palabras, uno tenía que obtener el favor de Dios por medio del judaísmo, convertirse en un “prosélito”. Al mantener una forma de judaísmo, los judaizantes esperaban evitar la persecución por parte de los judíos ortodoxos. En su resumen al final de la carta, Pablo trata de una manera un poco más directa el deshonroso motivo de los judaizantes. Él acusa: “Todos los que quieren agradar en la carne, éstos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo... Quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne” (6:12,13).

Pablo se esfuerza en hacerles ver que no está celoso por la atención que los gálatas están recibiendo de los judaizantes; les explica la razón exacta de sus preocupaciones. “Está bien mostrar interés [celo]”, dice él. También se podría traducirse el griego original, así: “Es bueno que los busquen con celo, con tal de que el propósito sea bueno.” La queja de Pablo no es porque los gálatas actúen con celo, es decir con interés, ni que ellos sean buscados

con celo. Eso estaría bien siempre que la causa fuera buena. ¡Pero éste no era el caso! El interés de los judaizantes era egoísta, esperaban destacarse al poder decir que le habían quitado los gálatas a Pablo y que los habían convertido a su causa.

La idea de perder a los gálatas, y sobre un fundamento tan inadecuado, acongojaba a Pablo. Eso lo expresa al comparar su dolor con los dolores de parto. Les dice: “Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros, quisiera estar con vosotros ahora mismo y cambiar de tono, pues estoy perplejo en cuanto a vosotros.”

Anteriormente se afirmó que esta carta parece haber sido escrita desde Corinto, durante el segundo viaje misionero de Pablo, cuando estaba completamente ocupado en tratar de comenzar una congregación en esa importante ciudad griega. Pablo no lo podía abandonar todo para apresurarse a regresar a Galacia, y por esto recurre a una carta. Pero es un pobre sustituto. “Si solamente pudiera estar con ustedes, y pudiéramos hablar cara a cara”, se lamenta Pablo. “Entonces yo podría formarme un juicio de su condición espiritual, y podría acondicionar el tono y la intensidad de mi voz de acuerdo a eso.”

Pablo no se había dado por vencido con respecto a los gálatas, y por supuesto no quería pensar mal de ellos, pero su buena disposición de someterse a la Ley una vez más, después de haber experimentado la gracia de Dios, era algo que tenía a Pablo completamente desconcertado. Tal vez no se daban cuenta por completo de lo que implicaba aceptar la Ley como un medio de salvación. Por esto pregunta: “Decidme, los que queréis estar bajo la Ley: ¿no habéis oído la Ley? (v 21). Y para ayudarlos a ver todas las implicaciones del legalismo de los judaizantes, usa otra figura retórica, la alegoría.

El ejemplo de Ismael e Isaac (una alegoría)

En conexión con lo que dijimos antes acerca del heredero menor de edad (4:1-11), hablamos de la manera como puede ayudar al proceso del aprendizaje cuando ilustramos algo que no

es familiar y lo comparamos con algo bien conocido. Esta comparación (símil) se desarrolló en una corta narración descriptiva llamada una parábola. La parábola toma un incidente o acontecimiento de la vida diaria que presenta una verdad general, pone personas sin nombre en su contenido y se usa para ilustrar (“es como”) una verdad espiritual que el maestro desea explicar.

En esta parte de la carta que estudiamos en este momento, Pablo recurre a una forma ligeramente diferente de hacer una comparación entre dos cosas para ilustrar una verdad espiritual. A esta forma de hablar se le llama “alegoría”. En vez de tomar un incidente general, Pablo hace que sus oyentes recuerden un acontecimiento histórico específico que implica a la joven esclava de Abraham que se llamaba Agar, y también a su esposa Sara. Las acciones de esas personas reales en una situación real son un ejemplo o ilustración del principio espiritual que Pablo quiere enseñar.

Pero este incidente original no sólo sirve para ilustrar el tema que Pablo quiere tratar (la relación de la Ley y del evangelio, las acciones y los méritos humanos en oposición al regalo y la promesa de Dios), sino también sirve para hacer una aplicación más amplia. “Dice algo más”, lo cual es el significado literal de la palabra *alegoría*. El mismo principio erróneo de tratar de cumplir algo por medio de las obras humanas que causó el problema en el incidente de Agar e Ismael, también actuaba en el enfoque equivocado que defendían los judaizantes.

En ambos casos hay sólo una cosa prudente por hacer. “Echa fuera a la esclava [Agar] y a su hijo [Ismael]” se traduce en este consejo: “Eviten a los judaizantes y a sus seguidores”.

Al leer la alegoría de Pablo, es necesario que tengamos presente la pregunta principal que la alegoría va a ilustrar y a responder: “Díganme ustedes, los que quieren estar bajo la ley: ¿por qué no le prestan atención a lo que la ley misma dice?” (NVI). Es necesario notar los tres componentes de la respuesta alegórica de Pablo:

1. El acontecimiento histórico que implica a la joven esclava de Abraham, Agar, y a su esposa Sara (vv. 22,23);
2. La contraparte figurada: las dos mujeres significan dos pactos: Agar e Ismael son los judaizantes, esclavos de la Ley; Sara e Isaac son la iglesia cristiana, que goza de la libertad que proviene del evangelio (vv. 24-27);
3. La lección que se debe aprender y la aplicación que se debe hacer: apártense ustedes mismos de la dependencia de la Ley y de la confianza que uno pone en los logros humanos; valoren la libertad que tienen en el evangelio (vv. 28-31).

²¹ Decidme, los que queréis estar bajo la Ley: ¿no habéis oído la Ley?, ²² pues está escrito que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava y el otro de la libre. ²³ Pero el de la esclava nació según la carne; pero el de la libre, en virtud de la promesa.

Dios llamó a Abraham cuando éste tenía 75 años y le prometió que haría de él una gran nación. Diez años después, Abraham y Sara todavía no tenían descendencia. En su desesperación concibieron el plan de que Abraham tuviera hijos con Agar. El resultado fue el nacimiento de Ismael, como nos lo relata Génesis 16. Fue un plan desacertado, porque intentaba ayudar a Dios a cumplir su promesa al añadir la contribución humana al plan divino.

Pero la promesa de Dios era que levantaría una gran nación de la descendencia de Abraham y Sara. Para aclarar bien que esa familia era el resultado de la promesa de Dios y que no había sucedido debido a una contribución humana, Dios demoró el acontecimiento bienaventurado del nacimiento de Isaac por otros 14 años, hasta el tiempo en que “[el cuerpo de Abraham] estaba como muerto, pues ya tenía unos cien años, y... estaba muerta la

matriz de Sara” (Romanos 4:19, NVI; vea también Génesis 17:15,16).

Ismael estaba ligado inseparablemente con la obra humana. Por otra parte, Isaac era puramente el resultado de la promesa de Dios y se convirtió en el padre del pueblo escogido de Dios, Israel.

El contraste que existe entre Ismael e Isaac es en sí la prueba de la superioridad de la gente que confía en la promesa de Dios, en vez de tratar de hacer que las cosas sucedan con la contribución y con los logros humanos. Pero, como nos dice Pablo, este incidente de la historia del pueblo de Dios es una alegoría. El relato tiene “otro significado”. Dice “algo más”. O como lo traduce la versión Reina-Valera:

²⁴ Lo cual es una alegoría, pues estas mujeres son los dos pactos; el uno proviene del monte Sinaí, el cual da hijos para esclavitud; éste es Agar, ²⁵ pues Agar es el monte Sinaí, en Arabia, y corresponde a la Jerusalén actual, ya que ésta, junto con sus hijos, está en esclavitud. ²⁶ Pero la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre, ²⁷ pues está escrito:

**«¡Regocíjate, estéril, tú que no das a luz;
grita de júbilo y clama, tú que no tienes dolores de parto!,
porque más son los hijos de la abandonada que los de la que tiene marido.»**

La situación de Agar, incriminada en el intento de ayudar a que el plan de Dios tuviera éxito, encuentra un paralelo en la actividad de los judaizantes. Estas personas, que habían sido habitantes de Jerusalén por mucho tiempo, se habían extendido hasta Galacia. Al tomar como motivo el monte Sinaí, es decir la Ley de Moisés que había sido dada en ese lugar, le enseñan a la gente que, además de creer en Cristo, también deben guardar los reglamentos y leyes del Antiguo Testamento. De esa manera ponían a la gente en esclavitud bajo la Ley de Moisés. Así como

la joven esclava Agar tuvo hijos esclavos, así también la Jerusalén judaizante, “junto con sus hijos, está en esclavitud”.

“Pero la Jerusalén de arriba... es libre”, les dice Pablo a los gálatas: “Es nuestra madre” (v 26, NVI). En contraste a la Jerusalén terrenal, Pablo dirige los ojos de sus lectores hacia “la Jerusalén de arriba”. Esta Jerusalén es la asamblea de todos los creyentes en la promesa que hace Dios de un Salvador, o sea, la iglesia cristiana; ella fue llevada a la fe por el evangelio en la Palabra y en los sacramentos, sostenida en esta fe durante su peregrinaje aquí en la tierra y finalmente reunida alrededor del trono del Cordero para agradecerle y alabarlo eternamente por el don gratuito de la salvación.

Sostenida en la gracia sola de Dios, esta Jerusalén no necesita guardar reglamentos ni leyes. Es verdaderamente “libre” en el sentido de que no exige nada de sus habitantes, sino que les da todo como un regalo. Y de esta Jerusalén de arriba, Pablo dice: “Es madre de todos nosotros”.

Confiar sencillamente en las promesas del evangelio de Dios puede parecer una forma lenta e ineficaz de edificar la iglesia; por esto es posible que nos sintamos tentados a tratar y a hacer que la iglesia sea más “eficiente” al reclutar la ayuda y la participación humana. Pero ese es un celo equivocado e impropio. La diminuta semilla de mostaza crecerá y se convertirá en un árbol, así como Jesús lo dijo en su parábola. O para seguir con la descripción de Pablo, la Jerusalén de arriba será la madre de una gran familia, como se había predicho en Isaías 54:1: “¡Regocíjate, estéril, la que no daba a luz! ¡Eleva una canción y da voces de júbilo, la que nunca estuvo de parto!, porque más son los hijos de la desamparada que los de la casada.”

La alegoría que hace Pablo pone lado a lado dos casos muy diferentes: Ismael, que nació de la esclava como resultado de los planes y de las maquinaciones humanas; Isaac, el hijo de la libre, nacido bajo circunstancias que sin lugar a dudas aclaran que solamente el poder y la promesa de Dios podían haber llevado este



“Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre” (4:30).

bebé milagroso a un padre de cien años de edad y a una madre de noventa años.

Así como había tensión entre estas dos diferentes familias de la vida de Abraham, así seguramente también la habrá entre los partidarios de estos dos pactos que esta alegoría representa de modo figurativo. Pablo les dice a los gálatas:

²⁸ Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa. ²⁹ Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el Espíritu, así también ahora. ³⁰ Pero ¿qué dice la Escritura?: «Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.» ³¹ De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

Génesis 21:9 nos dice que Ismael, “que había nacido según la carne”, se burlaba y perseguía a su hermano menor, Isaac, el hijo “que había nacido según el Espíritu”. El maltrato del niño Isaac por el adolescente Ismael se volvió tan irritante para Sara que le insistió a Abraham para que Agar e Ismael se fueran. Pablo cita la exigencia que le hizo Sara a Abraham, que está registrada en Génesis 21:10: “Echa a esta sierva y a su hijo, porque el hijo de esta sierva no ha de heredar con Isaac, mi hijo.” Aunque el asunto angustiaba a Abraham, Dios estuvo de acuerdo con Sara y le aconsejó a Abraham: “Escucha todo cuanto te diga Sara, porque en Isaac te será llamada descendencia” (Génesis 21:12).

Anteriormente Pablo les había dicho a los gálatas: “Sabed, por tanto, que los que tienen fe, éstos son hijos de Abraham” (3:7). La verdadera descendencia de Abraham son todos los creyentes en el Cristo del linaje de Isaac y no del de Ismael. Pablo hace la conexión para que los gálatas comprendan cuando dice: “De manera, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.”

Es evidente que el razonamiento de Pablo se extiende más allá de tratar solamente con Ismael. Recordemos que, alegóricamente, Ismael representa a los judaizantes, y echar a “Ismael”, como Sara lo hizo con la aprobación de Dios, es también la única solución apropiada en Galacia. Uno podría hacer una paráfrasis de lo que implica el consejo de Pablo: “Echen a los judaizantes y a sus seguidores, porque esta gente que vive esclavizada de la Ley nunca compartirá la herencia que viene como un regalo para aquellos que confían en las promesas del evangelio de Dios.”

TERCERA PARTE

PABLO EXPLICA LA SANTIFICACIÓN: CÓMO DEBE VIVIR ANTE DIOS EL PECADOR JUSTIFICADO

(GÁLATAS 5:1–6:10)

Al comenzar esta tercera parte de la carta de Pablo, puede ser de utilidad revisar el bosquejo general que hicimos de ella. Los seis capítulos de la epístola se dividen en tres partes de dos capítulos cada una.

En los dos primeros capítulos, escuchamos que Pablo defendió su estado de verdadero apóstol. Era igual a los otros apóstoles que habían sido comisionados en la ascensión de Cristo. Eso no se hizo para enaltecer la imagen de Pablo, sino más bien fue para establecer la verdad y la confiabilidad del mensaje que él les había llevado a los gálatas.

¿Cuál era el mensaje de Pablo? Eso se da en detalle en los capítulos 3 y 4, especialmente en la manera en que su mensaje difiere del que les querían imponer las falsas enseñanzas de los judaizantes, que habían irrumpido en las congregaciones de Galacia y estaban engañando e inquietando a los que se habían convertido recientemente al cristianismo gracias al mensaje de Pablo.

Pablo había predicado que la persona se salva por la gracia sola, la gracia que se mostró cuando Dios cumplió con su promesa y envió a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido. Este Salvador vivió una vida perfecta para cumplir lo que la santa Ley de Dios nos exigía con justicia y murió una muerte inocente como sustituto nuestro para pagar por los innumerables pecados y delitos con los cuales nosotros transgredimos la santa voluntad de Dios.

Por causa de lo que Cristo hizo, Dios ahora le acredita los méritos de Cristo al pecador únicamente como un regalo; él justifica, es decir, declara que el pecador es justo. Dios ahora mira al pecador como si fuera sin pecado, santo y justo.

El regalo precioso del perdón de los pecados, de la paz con Dios y de una buena conciencia llega a los pecadores por medio de la fe. La fe no es otra cosa más que confiar y creer en las promesas de Dios, o sea, creer en la Palabra de Dios cuando él dice: “En Cristo ustedes son mis hijos amados y herederos de la salvación eterna.”

Esa es la fe que tuvo Abraham, y “le fue contada por justicia”. La fe que Dios también obró en los gálatas por medio de la predicación que Pablo les había dado acerca de las buenas nuevas. El evangelio obra la fe que cree en la Palabra de Dios y que confía únicamente en su promesa de dar todo bien y bendición sin ninguna contribución de la gente ni ningún mérito de su parte.

Pero los judaizantes desafiaron la fe sencilla de los gálatas en la gracia de Dios; dijeron: “Además de aceptar a Cristo, uno también debe seguir las ceremonias del Antiguo Testamento, ya que esto había sido así siempre para el pueblo de Dios.”

Al alternar entre una reprimenda fuerte y emocional, palabras cálidas y amables, con el uso tanto la parábola como de la alegoría, Pablo hizo ver que la Ley ya había sido cumplida y que las ceremonias ya habían sido abolidas. No hay nada que puedas o necesites hacer. Has sido liberado de todas las exigencias de la Ley.

Pero esto hace que surja la pregunta: ¿Es que los cristianos pueden hacer cualquier cosa que les agrade? ¿No hay pautas? La cuestión es esencialmente una pregunta acerca de cómo deben vivir los hijos justificados de Dios y cómo deben poner en práctica su libertad. A continuación Pablo se ocupará de este asunto.

Palabras de ánimo que fluyen de la doctrina de la justificación

Manténganse firmes en su libertad cristiana

5 Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.

²Ciertamente, yo, Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. ³Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la Ley. ⁴De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído. ⁵Nosotros, por el Espíritu, aguardamos por fe la esperanza de la justicia, ⁶porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor.

El permanecer firmemente en la buena gracia de Dios sin tener que hacer nada para ameritar ni ganar esta bendición, ¡esa sí es libertad! Porque por su mérito Cristo la obtuvo para librarnos a nosotros los pecadores, y esa libertad nos llega a nosotros por medio de la fe. Qué tontería renunciar a ella y tomar una vez más la carga de tratar de cumplir con las reglas de la Ley, ya sea la Ley de Moisés o cualquiera otra pauta de obras que se hagan para agradar a Dios y de esta manera obtener su favor. Bien exhorta Pablo a los gálatas y también a nosotros: “Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.”

En el caso de los gálatas el “yugo de esclavitud” significa guardar los reglamentos ceremoniales del Antiguo Testamento. Muchos preceptos y reglas individuales dominaban cada fase de la vida de los judíos: la dieta, la ropa, las costumbres sociales, la vida pública, la adoración, etc.

Aunque los gentiles que se habían convertido al judaísmo, o prosélitos, en principio estaban de acuerdo con estos preceptos y

reglamentos, parece que en realidad había diferentes niveles o grados en el cumplimiento de las reglas individuales. Una cosa es cierta: para ser conversos al judaísmo con todas las de la Ley, los gentiles debían prometer que guardarían todos los reglamentos mosaicos, y para los varones eso significaba aceptar la circuncisión.

En esta sección, cuando Pablo les habla a los gálatas que aceptan la circuncisión, dirige sus comentarios contra “aquellos... que tratan de ser justificados por la ley” (v. 4, NVI). Aquellos son los que consideraban que ese rito era necesario para la salvación. Por eso Pablo compara la aceptación de la circuncisión con renunciar al cristianismo y convertirse al judaísmo pasado de moda del Antiguo Testamento.

En los versículos 2 a 4 Pablo da tres razones algo similares, pero también coincidentes de por qué los gálatas cristianos no deben aceptar la circuncisión:

1. Niega en efecto el sacrificio de Cristo;
2. Obliga a una persona a guardar toda la Ley;
3. Priva a una persona de la gracia de Dios, y de esta manera la deja obrar por su cuenta, es decir, en “el plan de los méritos” para la salvación.

Al usar toda la autoridad de su oficio apostólico, Pablo advierte: “Ciertamente, yo, Pablo os digo que si os circuncidáis, de nada os aprovechará Cristo. Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a cumplir toda la Ley. De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído.”

Caer de la gracia significa ya no estar vinculado por la fe al Dios que misericordiosamente nos da todas las cosas como un regalo. Significa que estamos “obrando por nuestra cuenta” y que en el día del juicio tendremos que correr el riesgo con nuestra propia justicia para ser aceptados ante la corte de la justicia de Dios.

Este enfoque, en el que estamos “desligados de Cristo”, es completamente diferente de lo que los gálatas aprendieron en el evangelio que les predicó Pablo, y el cual el apóstol sintetiza aquí: “Nosotros, por el Espíritu, aguardamos por fe la esperanza de la justicia”.

Si es por la fe en Cristo, por confiar en la promesa de Dios, y no por nuestras propias obras que “aguardamos... la justicia”, entonces no importa que una persona sea circuncidada o no. Si los gálatas quieren aceptar la circuncisión como un asunto de elección personal y no como una exigencia para la salvación, ese es su privilegio; si escogen no ser circuncidados, también, a pesar de las graves amenazas de los judaizantes, es un privilegio que pueden ejercer si quieren. Sin embargo, siempre deben recordar que “en Cristo Jesús ni la circuncisión vale algo ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor”.

La última frase de este versículo forma la transición a un pensamiento nuevo que será el énfasis de esta parte final de la carta a los Gálatas. El apóstol ha hablado acerca de la justificación, de la manera en que una persona es justa ante Dios. Ha afirmado clara y convincentemente que la única manera en que una persona puede estar en la relación correcta con Dios es aceptar la justicia que Dios mismo ha preparado a través de la vida perfecta y de la muerte inocente de su Hijo. Y como esta justicia viene en la forma de la promesa de un Dios misericordioso, la única manera en que se puede recibir es confiando y creyendo en el Dios que hizo la promesa. O como lo expresa Pablo: “Lo que vale es la fe *que actúa mediante el amor*” (NVI).

La fe sola salva, pero la fe salvadora nunca está sola. Siempre “actúa mediante el amor”. El aprecio por la gracia indecible y grandiosa que Dios nos ha mostrado, exige una respuesta de nosotros. No puede ser de otra manera. Sencillamente tenemos que darle gracias a nuestro Dios por todas sus demostraciones de amor en cualquier parte y momento que se presente la oportunidad. Vivir esta vida de amor apreciativo es a lo que se llama santificación. La santificación, la fe que se expresa en amor, será el énfasis de

Pablo en la parte final de la carta, pero primero aprovecha una vez más la oportunidad de advertir contra los judaizantes. Pablo saca sus comparaciones del campo atlético al decirles a los gálatas:

⁷ Vosotros corríais bien. ¿Quién os estorbó para no obedecer a la verdad? ⁸ Esta persuasión no procede de aquel que os llama. ⁹ «Un poco de levadura fermenta toda la masa.» ¹⁰ Yo confío respecto de vosotros en el Señor, que no pensaréis de otro modo; pero el que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea.

¹¹ En cuanto a mí, hermanos, si aún predicara la circuncisión, ¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se habría quitado el escándalo de la cruz. ¹² ¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!

Los judaizantes arruinaron el buen comienzo de los gálatas y los hicieron tropezar. Estos falsos maestros “se atravesaron” e hicieron que vacilaran y se sintieran inseguros en su carrera de fe. Este tipo de carrera no era lo que habían aprendido del Espíritu que había obrado en ellos por medio del evangelio que Pablo les había predicado.

Cuando Pablo piensa en todos los estorbos y obstáculos que se interpusieron frente a sus recién convertidos gálatas, se siente indignado. Él amenaza: “El que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea”.

Es interesante notar lo poco que Pablo nos dice acerca de los judaizantes, aparte de la condena que hace de sus falsas enseñanzas, nunca se dirige a ninguno de ellos por nombre. En realidad, por la carta no podemos saber si los judaizantes estaban todavía en las congregaciones de Galacia o si ya se habían ido a otra de las congregaciones de Pablo, dejando en su camino la confusión y el descontento. Pablo tampoco nos dice cuántos judaizantes había; más bien habla de manera vaga aquí, y en el singular, cuando dice: “El que os perturba llevará la sentencia, quienquiera que sea”. Puede ser difícil saber o valorar el daño

ahora, pero en el día del juicio se arreglarán las cosas, sin importar quiénes hayan sido los ofensores.

Pablo nos da sólo un indicio con respecto al ataque personal que los judaizantes estaban preparando contra él. Parece que habían acusado a Pablo de ser inconsistente, porque todavía “predicaba la circuncisión” algunas veces. Ese cargo podría haberse basado en el consentimiento de Pablo para hacer que Timoteo se circuncidara y pudiera así ser de ayuda en la obra con los judíos (Hechos 16:3) y en no permitir que Tito se circuncidara cuando la situación se convirtió en un caso de prueba con respecto a la necesidad de guardar los ritos y ceremonias del Antiguo Testamento (Gálatas 2:3).

No sabemos los detalles de los cargos que le levantaron, pero Pablo los niega con vehemencia y dice que no sólo son inexactos, sino que también son tontos e ilógicos. “Si aún predicara la circuncisión”, pregunta Pablo, “¿por qué padezco persecución todavía? En tal caso se habría quitado el escándalo de la cruz.” La continua oposición de los judaizantes con su insistencia en la circuncisión era un testimonio elocuente de que Pablo nunca había “cedido” en el asunto de la circuncisión.

Al llegar a este punto Pablo se permite un arranque amargo, casi grosero, contra los judaizantes cuando sugiere: “¡Ojalá que se mutilasen los que os perturban!”, o como lo expresa la Nueva Versión Internacional, v. 12: “¡Ojalá se mutilaran los que os perturban!” Si ellos están tan empeñados en la circuncisión, y son tan hábiles con el cuchillo, dice Pablo, ¿por qué no completan su trabajo y se mutilan del todo! Es evidente que Pablo se expresa de una manera aguda y hasta sarcástica para explicar su razonamiento. No hace ninguna sugerencia seria.

Caminen en el espíritu, no en la carne

Anteriormente hemos descrito a Gálatas como una carta que muestra grandes y rápidos cambios de humor por parte de su autor. Aquí tenemos nuevamente a Pablo cambiando de táctica; después

de darles rienda suelta a sus emociones en el intercambio con los propagadores del error, ahora Pablo usa un tono de voz más cálido. Se dirige a sus amados gálatas como “hermanos”, les advierte tierna y seriamente contra un problema que podría resultar si es que no escuchan con cuidado ni analizan propiamente la refutación que él acaba de hacer a la opinión de los judaizantes.

Pablo se había esforzado mucho en hacerles ver que la salvación es un regalo gratuito que llega a nosotros sólo por la gracia, por medio de la fe en Cristo y de su obra redentora a favor nuestro. Las exigencias de la Ley no nos pueden reclamar nada, somos perfectamente libres y no necesitamos hacer nada para ser salvos.

Sin embargo, la libertad de la Ley y de sus exigencias se podría malinterpretar como una licencia y libertad totales, dándoles a los gálatas permiso para hacer lo que se les antoje en su vida diaria. Pablo se anticipa a la posibilidad de este malentendido y le cierra el paso.

¹³ Vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados; solamente que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, ¹⁴ porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» ¹⁵ Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros.

En esta sección la palabra griega que se traduce como “la carne”, es decir, la naturaleza pecaminosa, es un término clave. Literalmente significa “carne” y se refiere a nuestro yo que es impenitente, o sea, lo que somos por naturaleza en nuestra condición perdida y pecadora, a la que comúnmente llamamos nuestro “viejo Adán”.

El viejo Adán es totalmente egoísta y egocéntrico. Cualquier libertad sin restricciones la va a interpretar como una oportunidad para olvidarse de la autoridad, para obtener lo que pueda y

permitirse todos los caprichos y placeres. En suma, “la carne” es esa parte de nosotros y de nuestra naturaleza que quiere hacer precisamente lo que le place sin pensar en nadie más. Ésta es su idea de “libertad”.

Pero Pablo nos advierte: “No uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos por amor los unos a los otros, porque toda la Ley en esta sola palabra se cumple: ‘Amarás a tu prójimo como a ti mismo.’”

Cierto, Cristo ha cumplido todas las exigencias de la Ley y no queda nada que nosotros tengamos que hacer para ganar la salvación. Pero cuando nos damos cuenta de que la salvación ha sido ganada para nosotros y todo nos ha llegado como un regalo gratuito de la gracia de Dios, entonces queremos demostrar aprecio a nuestro misericordioso Dios por tan gran regalo. Y si nosotros, como sus hijos redimidos, tratamos de descubrir lo que le podría agradar y lo que podemos hacer para demostrarle nuestro aprecio, entonces la Ley de Dios nos proporciona guía y dirección. Indica lo que Dios quiere que hagamos.

Pablo recurre a Levítico para hacer una síntesis de la voluntad santa e invariable de Dios, de su “Ley”. El versículo que Pablo escoge es: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”, el cual no es otra cosa sino las instrucciones que Dios nos da para que nos sirvamos los unos a los otros con amor. Es aquello a lo que Pablo se había referido previamente como a “la fe que obra por el amor” (5:6).

Pablo refuerza el valor práctico de guardar los mandamientos de Dios al hacerles ver el efecto dañino de no guardarlos y al actuar sin amor. “Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros.” Pero evitar los malos efectos de la falta de amor no es un motivo para mostrar amor hacia el prójimo. El motivo propio y verdadero viene de una fuente completamente diferente: de la nueva vida espiritual obrada en el creyente por el Espíritu Santo.

¹⁶ Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne, ¹⁷ porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais. ¹⁸ Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la Ley.

En la sección anterior “la carne”, o “la naturaleza pecaminosa”, era un término clave. Es necesario que veamos su contraparte en esta sección; es la palabra expresada como “el Espíritu”. Este término se puede escribir propiamente con *E* mayúscula y entonces se entenderá que se refiere al Espíritu Santo. Pero también se puede encontrar con *e* minúscula y se refiere a la naturaleza espiritual, es decir, el nuevo hombre obrado en los creyentes cuando llegan a la fe en Cristo. En realidad, en los pasajes donde “carne” y “espíritu” contrastan, o se enfrentan, el “espíritu”, con minúscula, o “la naturaleza espiritual”, parece lo más preferible.

Sin embargo, un momento de reflexión mostrará que la distinción no es de gran consecuencia como podría aparecer en un principio. No puede haber vida espiritual a menos que el Espíritu haya obrado primero en la vida del creyente (1 Corintios 12:3). Y, por otra parte, cuando el Espíritu es activo en la vida de una persona, inevitablemente habrá vida y nueva naturaleza espirituales (Juan 3:6).

En el contexto presente, se puede alcanzar un equilibrio práctico entre los dos significados al entender que el primero y el último de los usos del término (vv. 16,18) se refieren al Espíritu Santo, y los otros dos usos que están entre ellos como que hablan de la naturaleza espiritual del cristiano. Un ajuste como éste resultará en la traducción de estos versículos en algo así: “Yo digo, vive bajo la influencia guiadora del *Espíritu Santo*, y no desearás complacer los deseos de tu naturaleza pecaminosa. Porque tu antigua naturaleza pecaminosa desea lo que es contrario a tu nueva *vida espiritual*, y la nueva *vida espiritual*, a su vez, es contraria a tu antigua y original naturaleza pecadora, estas dos naturalezas

están en conflicto, de modo que, como cristiano que todo el tiempo retiene al viejo Adán al lado del nuevo hombre, tú te encontrarás haciendo lo que quieras. Pero si te dejas guiar por el *Espíritu Santo*, no estás bajo la Ley, sino en conformidad con ella.”

Pablo explica que la vida del cristiano siempre será una batalla campal. Existe un conflicto continuo entre lo que el viejo y rebelde Adán quiere hacer en contra de la voluntad de Dios y lo que el nuevo hombre, guiado por el Espíritu, quiere hacer en conformidad con la voluntad de Dios.

Lo que estas dos entidades, que existen en el cristiano, quieren hacer es completamente diferente. La diferencia se puede ver inmediatamente cuando uno observa con cuidado sus actividades. Pablo enumera primero el lado negativo. Él dice: “Manifiestas son las obras de la carne”, y después procede a exponer un escandaloso catálogo de vicios.

¹⁹ Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria, ²⁰ idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, divisiones, herejías, ²¹ envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a éstas. En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.

Pablo enumera 15 pecados extremos y termina la serie añadiendo “y cosas semejantes a éstas”. Sin duda hubiera podido nombrar más. Y con respecto a esto, una lista más corta hubiera sido igualmente incriminadora. El asunto es que nada bueno viene de nuestra vieja y pecadora naturaleza.

Una mirada cuidadosa a la relación de los pecados muestra que se pueden agrupar de acuerdo a los mandamientos. “Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia” son pecados contra el Sexto Mandamiento. “Idolatría y hechicería” son infracciones del Primero y del Segundo de los Mandamientos. “Enemistades, pleitos, celos, explosiones de ira, contiendas, divisiones,

sectarismos y envidias” son pecados contra el prójimo, en esencia son un quebrantamiento del Quinto Mandamiento. “Borracheras y orgías” agrupan los pecados de inmoderación.

Pablo no explica, simplemente afirma: “En cuanto a esto, os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios.” Es importante tener presente que Cristo murió también por los pecados que están en la lista de Pablo; el apóstol no dice que sean imperdonables. Después de todo, en su pasado pagano los gálatas los habían cometido todos; anteriormente Pablo había predicado contra las impiedades de su vida. Sin embargo, los gálatas, cuyo pasado ya había sido perdonado, no se debían atrever a volver alegremente a sus antiguos pecados. Por el evangelio de Pablo ellos saben que el Hijo de Dios vino del cielo para dar su vida como rescate por el pecado. Si Dios habla en serio acerca del pecado, ¿cómo pueden los gálatas, y cómo podemos nosotros, continuar descuidadamente con una vida pecaminosa? Eso sería una contradicción de los términos; no sería la fe que se expresara en amor a Dios ni a nuestro prójimo.

Pablo no habla de las fallas individuales de las que el cristiano se arrepiente y por las que recibe el perdón. Habla de un patrón, de un estilo de vida que es consistente y persistente. El griego original lo aclara. Pablo dice literalmente: “Los que *continúan haciendo este tipo de cosas* no heredarán el reino de Dios.”

²² Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, ²³ mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley. ²⁴ Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.

Muy diferentes de “las obras de la carne” son la vida y actividades de los que caminan en el Espíritu. Nuevamente Pablo nos da una lista, esta vez de cosas que caracterizan (o *deben* caracterizar) la vida del cristiano. Como las acciones de naturaleza

pecadora, estas acciones también son “evidentes”. Son visibles en la vida diaria del hijo de Dios.

Sin embargo, debemos notar la diferencia en la manera en que Pablo describe los dos grupos de actividades. Las “obras de la carne” son actos que la gente pecadora puede cometer por sí misma; no necesitan ayuda. Por otro lado, las acciones buenas no suceden naturalmente. Ellas son “el fruto del Espíritu”. Dios el Espíritu Santo las produce en nosotros y a través de nosotros.

Como lo hizo con lo negativo, Pablo ahora pone lo positivo en una lista. Esta vez hay acciones nuevas. También se ha intentado agruparlas. Es justo decir que la primera de la lista, el “amor”, en realidad implica todo el resto y podría permanecer por sí sola. Las Escrituras dan una garantía de esto cuando dicen que el amor es el cumplimiento de toda la Ley (Romanos 13:10; vea también 1 Corintios 13:4-6).

Si uno quiere ver un patrón, parecería ser que los tres grupos de tres virtudes cada uno producirían un plan ordenado. Los tres primeros, “amor, gozo, paz”, son cualidades internas que reflejan nuestra relación cristiana con Dios. Las tres siguientes, “paciencia, benignidad, bondad”, se muestran en la actitud del cristiano en sus acciones hacia su prójimo. Las tres últimas, “fidelidad, mansedumbre, templanza”, reflejan la manera en que el nuevo hombre se conduce en vista de los deberes, las oportunidades y las obligaciones que llegan a él en su llamado cristiano.

Cuando Pablo dice: “Contra tales cosas no hay ley”, usa una figura de dicción que se llama lítote. Ésta es una atenuación en la que el escritor usa un eufemismo para hacer ver algo que es importante. No es sólo que no haya ninguna ley contra las virtudes del buen cristiano que Pablo enumera, ¡sino que esas virtudes son altamente deseables! Son lo que Dios quiere. Estas actitudes y acciones del cristiano están completamente de acuerdo con la santa voluntad de Dios.

Estas cualidades, que siempre están aumentando, se muestran en la vida cristiana. Las personas a quienes el Espíritu Santo ha llevado a la fe en Cristo han renunciado a su antiguo pasado

pecador. Ese rompimiento es tan completo que Pablo puede decir: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos.” Por esto no es “el deseo de la carne”, sino “el fruto del Espíritu” lo que constituye el sello o la marca de la vida cristiana.

²⁵ Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu

Ya habíamos indicado anteriormente que el griego original no define si es que el autor quería usar la *E* mayúscula “Espíritu” o la minúscula “espíritu”. El contexto nos debe ayudar a determinar esto. En este versículo los traductores han escogido “Espíritu” las dos veces que se usa el término. Ésta no es una interpretación imposible; sin embargo, parece algo redundante y el pensamiento no avanza mucho entre la primera mitad del versículo y la segunda. “Vivir por el Espíritu” parece ser casi lo mismo que “andar también por el Espíritu”.

Una progresión de pensamiento algo similar se sugiere si es que uno toma el primer uso del término en el sentido de “espíritu” o de la “vida espiritual” que caracteriza a los creyentes en Cristo Jesús que han crucificado su antigua naturaleza pecadora. Entonces el versículo diría: Ya que por fe tenemos esta nueva naturaleza espiritual que mora en nosotros, andemos guiados por el Espíritu que fue el que creó esta nueva vida e hizo que ella fuera posible.

Sean considerados con los débiles y con los que cometen alguna falta

²⁶ No busquemos la vanagloria, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros.

6 **Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú**

también seas tentado. ²Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo. ³El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. ⁴Así que, cada uno someta a prueba su propia obra y entonces tendrá, sólo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse, ⁵porque cada uno cargará con su propia responsabilidad.

Aunque las palabras que Pablo les escribió a los gálatas son inspiradas y sin error, la división en capítulos y versículos de esta carta y de los demás libros de la Biblia no son de origen divino, sino de un arreglo humano que se hizo posteriormente, designado solamente para que nos sea más fácil ubicar los pasajes específicos. Por eso no nos debemos sentir limitados por estas divisiones. Por lo tanto, hemos escogido poner 5:26 junto con los cinco versículos iniciales del capítulo 6.

En esta sección Pablo aconseja con respecto al asunto delicado de las relaciones interpersonales. Cuando recordamos la situación que motivó esta carta, podemos apreciar el hecho de que las congregaciones de Galacia tenían muchos asuntos que debían arreglar. Si todos los lectores le prestan atención a la epístola de Pablo, algunos tendrán que cambiar el concepto que tenían, y otros deberán permitir que este cambio sea sin ruido y llevadero en lo posible.

Pablo apremia a que sean considerados en el trato a los débiles y a los que están equivocados. Los que fueron mal guiados y temporalmente tuvieron una posición errónea sufrirían. Cuán fácil les hubiera sido a los que tenían la opinión correcta en cuanto a los judaizantes volverse presuntuosos por haber tenido la razón todo el tiempo. Si se hubieran jactado de tener la razón, sin duda provocarían a los opositores.

Sin embargo, Pablo no se limita solamente a los problemas con los judaizantes, habla en términos generales cuando escribe: “Hermanos, si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradlo con espíritu de mansedumbre,

considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo.”

Pablo está tratando de hacer que se calmen las aguas turbulentas mientras paulatinamente llega al final de su carta y espera que produzca resultados favorables. Usa el término grato “hermanos” al dirigirse a los gálatas. Con mucho tacto, introduce sus consejos con la cláusula condicional: “*Si* alguno es sorprendido en alguna falta”. Esta cláusula también se podría traducir: “*Siempre que* alguno sea sorprendido en alguna falta”. Pablo no es severo con los que necesitan ayuda y tampoco deben serlo los hermanos fuertes, los gálatas “espirituales”.

Pero los cristianos fuertes *deben* ayudar a los débiles. No se debe ignorar el pecado que se detecta en la vida de un hermano, sino que se debe reprender, y el que ha pecado se debe arrepentir. La salud espiritual del hermano debe ser “restaurada” (vea Mateo 18:15: “Si te oye, has ganado a tu hermano”). Sin embargo, los que llevan a cabo la corrección deben hacerlo “con espíritu de mansedumbre”.

Pablo nuevamente usa el lenguaje figurado cuando los exhorta diciendo: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros”. Corregir y reprender a un hermano no significa tratarlo como si el que corrige fuera el amo; es ayudarlo, es compartir una carga, haciéndola nuestra y demostrando un interés auténtico en ella, para que en un sentido real nos unamos a él para cargarla.

El apóstol dice: “Y cumplid así la ley de Cristo”. Es necesario que tengamos presentes dos cosas para no malinterpretar lo que Pablo dice aquí. La “ley” en este caso no significa aquí una “exigencia legal”, sino más bien un patrón, un modelo a seguir. Además, el nuevo hombre que vive en el cristiano no sigue el modelo de Cristo para poder ganarse ni favores ni méritos con Dios; más bien, actúa motivado por el aprecio que siente por todo lo que su misericordioso Dios ha hecho por él. Pablo hace uso del mismo tipo de ánimo con los Efesios cuando escribe: “Sed

bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (4:32).

No solamente son importantes la amabilidad y la consideración del hermano fuerte hacia el débil, sino que esta acción también es importante para el hermano fuerte, si él actuara de otra manera, pondría en peligro su propio estado espiritual. Pablo no solamente les hace ver que es necesario actuar con cautela, sino que también sugiere un procedimiento útil: “El que se cree ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña. Así que, cada uno someta a prueba su propia obra y entonces tendrá, solo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse,, porque cada uno cargará con su propia responsabilidad.”

Para el hermano fuerte siempre está presente la tentación de compararse con el hermano débil y luego, en su petulancia, sentirse relativamente más fuerte. Como un antídoto para este tipo de acercamiento injustificado Pablo nos recuerda que “cada uno cargará con su propia responsabilidad”. Cada uno de nosotros debe dar cuenta individualmente de sus actos ante un Dios que es justo y santo. Pablo les escribió a los corintios: “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo” (2 Corintios 5:10).

En vista del día del juicio final, “cada uno someta a prueba su propia obra”. Esto significa medirnos nosotros mismos, pero no en comparación con la conducta de los pecadores débiles y falibles, sino contra la santa y justa Ley de Dios. Esa Ley exige la perfección; no sólo mira las obras y los actos, sino también los pensamientos y los motivos. Esta Ley nos hace recordar que de nuestro corazón salen “los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades”, etc. (Marcos 7:21).

Pablo aconseja que cada uno someta a prueba sus propios actos. Hay algo agudo en sus palabras cuando dice: “Entonces tendrá, sólo en sí mismo y no en otro, motivo de gloriarse.” En

realidad, ¡él quiere decir exactamente lo contrario! Mírate en el espejo de la santa Ley de Dios, dice Pablo, y no verás absolutamente ninguna razón para enorgullecerte. Sólo verás pecados y defectos, y sentirás vergüenza y remordimiento por tu récord deficiente. Te darás cuenta de que diariamente necesitas la gracia y la misericordia de Dios, así como el hermano “débil” ante quien te inclinabas a sentirte superior.

Advertencias generales

El propósito principal de Pablo al escribir la carta a los Gálatas era tratar la confusión que habían causado los judaizantes; ellos insistían en que además de creer en Cristo, los gálatas también tenían que observar la Ley de Moisés con sus ritos y ceremonias. Pablo responde a eso con la defensa rotunda de la salvación por la fe sola, sin la añadidura de las obras de la Ley. Después, Pablo los siguió animando a mantenerse firmes en su libertad de la Ley y a no usarla como una licencia para pecar. Luego los alienta a mostrar un trato considerado hacia los hermanos que todavía tengan alguna dificultad para captar el significado doctrinal de todo esto y en aplicarlo a su vida diaria.

Ahora Pablo pasa a darles ánimo en un sentido general, no relacionado directamente con la doctrina de la justificación.

Palabras de ánimo para ayudar a los mensajeros del evangelio

6 El que es enseñado en la palabra haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye

Pablo les da a las congregaciones de Galacia la obligación de cuidar de las necesidades físicas de los que les enseñan la Palabra. “El que es enseñado en la palabra”, dice, “haga partícipe de toda cosa buena al que lo instruye.” Recordemos que después de que Pablo comenzaba una congregación, designaba líderes locales en la congregación para que estuvieran a cargo y después se iba a otro

lugar (Hechos 14:21-23). Sin duda esos líderes estaban sirviendo a las congregaciones de Galacia cuando Pablo escribió esta carta; él se refiere a esos líderes locales de la congregación, que si usted desea puede llamarlos “pastores”.

Pablo era muy firme en el principio de que la persona que les lleva el mensaje del evangelio a otros tiene el derecho de esperar sustento material de ellos (vea 1 Corintios 9:3-11). Pero el mismo Pablo decidió no recibir esa asistencia (1 Corintios 9:12,15), sino más bien ganarse la vida haciendo tiendas o carpas (Hechos 18:1-3; 20:33-35). Pero Pablo no exigía ni esperaba que los otros ministros del evangelio siguieran su ejemplo; tampoco permite que las congregaciones obliguen a sus ministros a seguir su ejemplo. Insiste en que las congregaciones sostengan a sus trabajadores.

Es interesante oír que Pablo se refiere al dinero y a las cosas materiales que las congregaciones deben compartir con sus ministros como “toda cosa buena”. De tiempo en tiempo ha habido movimientos en la iglesia que han encomiado la pobreza y la han considerado como una virtud. Hablando por inspiración, Pablo no refleja este punto de vista; el dinero y la propiedad son “cosas buenas”, un regalo del Señor. No es pecado ser rico; el pecado está en el uso indebido de la riqueza, lo cual puede suceder en diferentes formas. En un extremo del espectro está el no hacer uso de las cosas materiales: tenerlas y acumularlas, y dejar que sean la meta de nuestra vida. Este es el tipo de avaricia que Pablo llama “idolatría” (Efesios 5:5). En el otro extremo está el derroche insensato, descuidado y complaciente en uno mismo sin pensar en los demás. Pablo nos advierte contra ambos abusos y también nos dice que no pasarán inadvertidos para Dios.

⁷No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará, ⁸ porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. ⁹No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos.

Pablo, como el buen maestro que es, nos ayuda otra vez a ver lo que quiere enseñar, usando para ello un lenguaje figurado. Esta vez la ilustración es acerca de la siembra y de la cosecha. La manera en que una persona usa (“siembra”) las cosas materiales que Dios le da, determinará qué resultado (“siega”) será el que obtenga. Si la naturaleza pecadora de una persona es la que toma las decisiones acerca de cómo se deben usar el dinero y las propiedades, entonces sus acciones serán totalmente egoístas e interesadas. Esa persona, que ni siquiera piensa en Dios ni en las criaturas de Dios, tendrá un mal fin. “Segará corrupción” (vea la parábola del hombre rico y de Lázaro en Lucas 16:19-31). A la inversa, la persona cuyo nuevo hombre “siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (para encontrar un pensamiento paralelo, que también usa la imagen de la siembra y de la siega, vea 2 Corintios 8 y 9, especialmente 9:6-11).

Tanto en las palabras de ánimo que Pablo les da a los gálatas, como en muchos otros lugares de las Escrituras, es muy importante darse cuenta de que las actividades de las que él habla son los frutos de la fe. La obra correcta de “sembrar” no es en sí misma lo que lleva a la “siega” de la vida eterna. Más bien, la acción de “sembrar” es la respuesta del cristiano, el uso apropiado de las cosas materiales que le ha dado un Dios misericordioso. Los regalos principales del perdón de los pecados y de un lugar en el cielo son aceptados por medio de la fe en Cristo. Eso siempre está separado de la respuesta del cristiano y siempre está vigente incluso antes que esta respuesta ocurra. La actividad posterior de “sembrar” es sencillamente la prueba, la indicación externa, de que la fe viva está actuando en la vida del cristiano mientras éste viaja por el camino hacia el cielo.

Palabras de ánimo para hacer el bien a todos, especialmente a los creyentes

A la gente que tiene un concepto espiritual creado por el evangelio, Pablo le puede dar este ánimo:

¹⁰ Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y especialmente a los de la familia de la fe.

Recordemos que Pablo comenzó esta sección animando a los gálatas a ser generosos en compartir las “buenas cosas” con los que trabajan enseñándoles el mensaje del evangelio. Ahora amplía esto considerablemente para incluir la ayuda “a todos” según lo permita la oportunidad. Y tiene un cuidado especial en incluir a los que están más cerca, a los miembros de la familia, en especial los de la familia de creyentes. Pablo expresa casi el mismo pensamiento al escribirle a Timoteo: “Porque si alguno no provee para los suyos, y mayormente para los de su casa, ha negado la fe y es peor que un incrédulo” (1 Timoteo 5:8). Note también que el uso apropiado de las cosas materiales se ve como un fruto de la fe, mientras que el mal uso de ellas significa la falta de la fe salvadora y esto hace que uno sea “peor que un incrédulo”. Aquí tenemos algo que es muy apropiado para muchos “papás irresponsables” y para los padres en general que descuidan a sus hijos, así como también para los hijos que descuidan a sus padres ancianos.

CONCLUSIÓN (GÁLATAS 6:11-18)

En nuestros días, el material escrito está fácilmente a nuestro alcance, pero no siempre fue así. Entre los antiguos, los materiales para escribir, como el pergamino, la vitela y el papiro, eran relativamente escasos y muy caros. También la mecánica de la escritura era algo que requería una habilidad especializada. Era una práctica común el uso de los “escribas” profesionales, o secretarios.

Parece que Pablo empleó a un escriba a quien le dictaba sus cartas. Al final del libro de Romanos hay una línea interesante: “Yo Tercio, que escribí la epístola, os saludo en el Señor” (16:22).

Para Pablo era una preocupación el que los destinatarios de sus cartas estuvieran seguros de que las cartas eran auténticas. Nos podemos hacer un poco a la idea de esa inquietud cuando oímos que Pablo les advierte a los tesalonicenses: “Con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácilmente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu ni por palabra *ni por carta como si fuera nuestra*, en el sentido de que el día del Señor está cerca” (2 Tesalonicenses 2:1,2).

Parecía que había cartas que Pablo no había escrito y que estaban circulando como si procedieran de él. Para probar la autenticidad de una carta que había sido escrita por un escriba, Pablo personalmente añadía un saludo y una despedida con su nombre; eso explica su comentario al final de 2 Tesalonicenses: “Yo, Pablo, escribo este saludo de mi puño y letra. Ésta es la señal distintiva de todas mis cartas; así escribo yo” (3:17, NVI).

Parece que aquí tenemos esta característica de autenticidad al final de la carta de Pablo a los gálatas. Él escribe:

¹¹ Mirad con cuán grandes letras os escribo de mi propia mano.

Claro que es posible que toda la epístola haya sido escrita en “grandes letras” y que Pablo lo comente aquí. Sin embargo, parece más probable que el resto de la carta, a partir de aquí, esté escrita de su propio puño y letra. Por lo visto, su escritura es de un marcado contraste con el trabajo ordenado y preciso del escriba profesional.

Pero, la razón por la que Pablo escribió con “grandes letras” permanecerá en el misterio. Y como el apóstol dice que se dirigió primero a Galacia porque sufría de una enfermedad (4:13) y después recuerda que a su llegada los gálatas habrían estado gustosos de sacarse sus propios ojos y dárselos a él (4:15), algunos han llegado a la conclusión de que Pablo tenía una visión muy mala y por eso no podía ver suficientemente bien para poder escribir con letra pequeña y pareja.

Otros tienen otra teoría, en gran parte por el fuerte comentario de Pablo acerca de llevar “en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (6:17), que los golpes y las piedras que le habían lanzado lo habían dejado tullido y demasiado torpe para poder tener una escritura precisa y minuciosa.

La única cosa segura es admitir que no sabemos cuáles fueron las circunstancias que rodearon la escritura del párrafo final. Sin embargo, el contenido del párrafo es perfectamente claro, es un resumen en el que Pablo vuelve al tema principal de su carta. Advierte una vez más contra la necedad y el peligro de escuchar a los judaizantes y de permitir que arruinen el evangelio libre de la Ley que él predicaba.

¹² Todos los que quieren agradar en la carne, esos os obligan a que os circuncidéis, solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo, ¹³ porque ni aun los mismos que se circuncidan guardan la Ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne.

Para poder entender la evaluación final que hace Pablo acerca de la situación que existía en Galacia, es esencial que veamos

claramente la naturaleza del problema causado por los judaizantes.

Los judaizantes eran personas de origen judío que aceptaban a Jesús de Nazaret como el Mesías prometido, el Cristo. Por eso eran cristianos, porque aceptaban a Cristo. Sin embargo, el hecho de haber aceptado a Cristo los había puesto en malas relaciones con sus paisanos judíos, que veían esa aceptación como una debilitación de la Ley de Moisés y de las costumbres judías que eran los fundamentos de su vida nacional y social.

Los judaizantes de Galacia no eran los únicos que tenían esa percepción del cristianismo; recordemos que cuando Pablo regresó a Jerusalén después de su tercer viaje misionero, Jacobo y los hermanos de la congregación de Jerusalén alertaron a Pablo acerca de un posible problema. Le informaron: “Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celosos por la Ley. Pero se les ha informado en cuanto a ti, que enseñas a todos los judíos que están entre los gentiles a apostatar de Moisés, diciéndoles que no circunciden a sus hijos ni observen las costumbres” (Hechos 21:20,21).

Se debe notar que Jacobo habla de “millares de judíos” que creen en Cristo y de esa manera se han convertido en cristianos. Pero ellos habían malinterpretado grandemente el trabajo de Pablo entre los gentiles, lo veían casi como un antijudío, que prohibía la práctica de las costumbres judías.

Era incorrecta la evaluación que habían hecho del trabajo del apóstol; Pablo mismo guardaba muchas de las costumbres del Antiguo Testamento, cumplía ceremonialmente el voto de afeitarse la cabeza (Hechos 18:18), y en el tramo de regreso de su tercer viaje misionero tenía prisa de regresar a Jerusalén para poder asistir a una de las tres grandes fiestas de los peregrinos, el Pentecostés (Hechos 20:16). Si la gente lo tomaba como un asunto de elección en libertad cristiana, Pablo nunca le prohibió a la gente que siguiera las costumbres judías; a lo que Pablo se oponía enérgicamente era que a los cristianos conversos se les *obligara* a cumplir con los reglamentos de la Ley de Moisés.

Debemos tener el cuidado de no agrupar a los creyentes de la congregación de Jerusalén con los que les habían causado problemas a los gálatas. La manera de tratar la doctrina cristiana de éstos últimos era totalmente vergonzosa, los judaizantes de Galacia no actuaban de acuerdo con las convicciones cristianas; Pablo dice todo eso lo hacían “solamente para no padecer persecución a causa de la cruz de Cristo”. Cuando sus paisanos judíos los enfrentaban y les oponían resistencia por convertirse y llevar a otros al cristianismo, querían tener la posibilidad de defenderse diciendo: “No, no permitimos que esos gentiles conversos pasen por alto el judaísmo. Ellos se han adherido a la Ley de Moisés, como ustedes lo pueden ver, porque han aceptado la circuncisión”, La evaluación de Pablo es: “Todos los que quieren ser bien vistos en la carne, éstos os fuerzan a que os circuncidéis.” Él acusa a los judaizantes de estar equivocados teológicamente y de ser moralmente deshonestos.

Además, eran hipócritas. “Porque ni aun los mismos que se circuncidan [los judaizantes] guardan la Ley; pero quieren que vosotros os circuncidéis, para gloriarse en vuestra carne.” El contexto aclara que “los mismos que se circuncidan” eran los judíos que estaban circuncidados y que también querían que los gálatas se pusieran bajo los reglamentos mosaicos y sus ceremonias al aceptar el rito de la circuncisión. Pablo se siente indignado de que esta gente, que ni siquiera guarda estrictamente las ceremonias, exigiera que los gálatas lo hicieran.

La situación que Pablo pone en evidencia es esencialmente paralela a lo que Jesús dijo de los fariseos de su tiempo: “Ellos... no practican lo que predicán. Atan cargas pesadas y las ponen sobre la espalda de los demás, pero ellos mismos no están dispuestos a mover ni un dedo para levantarlas. Todo lo hacen para que la gente los vea” (Mateo 23:3-5, NVI).

Los judaizantes no sólo se querían proteger de la persecución, sino que al mismo tiempo querían que los demás los vieran bien. Querían poder “jactarse” de haber logrado llevar a los gálatas

cristianos a obedecer la Ley de Moisés. ¡Pablo no quería nada de esto!

¹⁴ Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo, ¹⁵ porque, en Cristo Jesús, ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión, sino la nueva criatura. ¹⁶ A todos los que anden conforme a esta regla, paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios.

Uno podría haber esperado que Pablo se lanzara a atacar la circuncisión, pero no lo hizo. En vez de eso, vuelve una vez más al asunto esencial; de una manera consistente Pablo ha puesto en claro que ni las obras ni los méritos humanos nos pueden ayudar delante Dios. No hay nada que podamos hacer para salvarnos ni para contribuir a nuestra salvación. La aceptación de la circuncisión no es de ninguna ayuda. Y con respecto a este asunto, tampoco es de ninguna ayuda negarse a la circuncisión, como si eso tuviera un valor en sí. Nada de lo que nosotros hagamos puede mejorar nuestra condición ante Dios; siendo pecadores desde nuestro nacimiento, por naturaleza estamos perdidos y somos criaturas condenadas. Estamos ciegos, enemistados con Dios, muertos en transgresiones y pecados. Una situación como esa exige un cambio completo. O como lo expresa el apóstol: “Lo que importa es ser parte de una nueva creación” (NVI).

Esa nueva creación es lo que sucede cuando los pecadores llegan a la fe en Cristo. Por la fe ellos cambian sus propios trapos sucios por la vestidura gloriosa de la justicia perfecta de Cristo. Revestidos así, los pecadores son perdonados y están en paz con Dios, seguros de una eternidad de dicha en el cielo con Dios. Hasta ese tiempo, pasan sus días en la tierra en alegre servicio al Dios que les dio todo por su misericordia, gratuitamente, como un regalo. Ésta es “la fe que obra por el amor” (5:6).

Pablo les escribió algo muy similar a los corintios: “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron; todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo” (2 Corintios 5:17,18).

Y todo esto le ha llegado al creyente por medio de Cristo y de su cruz. Sería bueno que todos resolviéramos con Pablo: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo”. Que nunca nos jactemos de nada más; pero también que siempre nos *gloríemos* de la cruz y nos enorgullecamos *sólo* de ella.

La jactancia en la cruz de Cristo trae grandes bendiciones, las bendiciones que Pablo pide para sus lectores cuando ora así: “Paz y misericordia sea a ellos, y al Israel de Dios”. De inmediato se hará evidente que cuando Pablo habla de andar “conforme a esta regla”, no habla del cumplimiento de ninguna exigencia de la Ley, eso sería contrario a todo lo que les había dicho a los gálatas en su predicación anterior y en esta carta. No, andar “conforme a esta regla” significa aceptar por la fe el evangelio libre de la Ley que nos da todo como un regalo gratuito. Todos los que confían en él son verdaderamente el pueblo de Dios. Ellos son la verdadera “Israel”, y no los que por la circuncisión se ponen bajo un código de leyes que ya caducaron.

¹⁷ De aquí en adelante nadie me cause molestias, porque yo llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús.

Cuando alguien habla mucho, especula y filosofa acerca de cómo debían ser las cosas, finalmente es posible que le digamos a tal persona: “¡Actúa de acuerdo con lo que dices!” Pablo ya había hablado y escrito mucho, había dado a conocer un punto de vista categórico y había defendido un modo de proceder específico. Sin embargo, la manera que tenía Pablo de tratar el asunto no era como la de los judaizantes que no actuaban por convicciones sinceras,

sino que solamente querían que todos los vieran bien y evitar la persecución.

Pablo puede haber afirmado este punto de vista con energía, pero era un asunto que él estaba gustoso de apoyar y defender, aun a costa de su sufrimiento y dificultades personales (2 Corintios 11:21-29). Él “había actuado de acuerdo con lo que decía”. Había soportado golpizas, apedreamiento y persecución por causa de Cristo, y llevaba las “marcas”, las cicatrices, para probarlo. Por esto los gálatas podían depositar su confianza en él como en un testigo confiable.

¹⁸ Hermanos, la gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu. Amén.

Pablo les había escrito algunas palabras fuertes a los gálatas porque estaban a punto de seguir las enseñanzas equivocadas de los judaizantes, pero los gálatas no habían caído de la gracia, no se habían convertido en el enemigo. Eran sus hermanos, y se dirigió a ellos como a tales por última vez.

En varias ocasiones hemos visto que el contexto tiene que determinar si la letra *e* en el término “espíritu” se usa con mayúscula o minúscula. Aquí, al escribirles a los gálatas y al hablarles de “vuestro espíritu”, es claro que Pablo se refiere al corazón y a la mente, al ser interior de los gálatas. Como oración de despedida Pablo hace un pedido especial: que la gracia del Señor Jesucristo esté siempre con el espíritu de ellos.

A la luz del énfasis principal de esta carta, la oración de Pablo por la gracia es la petición más apropiada que puede hacer por sus amados hermanos gálatas al despedirse. Pablo se había esforzado en hacer énfasis en que la salvación le llega a la gente, no por sus propias obras, sino únicamente por la *gracia* de Dios. Pablo quisiera que recordáramos que la gracia es esa cualidad que existe en el corazón y en la mente de Dios que hace que él tenga buena voluntad para con nosotros y se sienta gustoso de darnos buenos

regalos, el mayor de los cuales, por supuesto, es la salvación eterna.

Y como la salvación es únicamente por la gracia y está respaldada por las promesas de Dios y no en las obras del hombre, es absolutamente segura y cierta. Por esto Pablo puede terminar su oración y su carta con “Amén”, la palabra de confianza cristiana con la que todo creyente dice: “Esto ciertamente sucederá así”.



Parte occidental del Asia Menor

EFESIOS

INTRODUCCIÓN A EFESIOS

El apóstol Pablo les escribió esta carta a los cristianos que estaban en Éfeso, mientras él permanecía prisionero en Roma, aproximadamente el año 61 d.C. Aunque estas suposiciones tradicionales han sido cuestionadas por los críticos modernos, todavía parecen muy plausibles.

Autor y fecha

El autor se identifica como “Pablo, apóstol de Jesucristo” (1:1) e indica que está “preso” (3:1; 4:1), que es un “embajador en cadenas” (6:20). Recordemos los acontecimientos que llevaron al encarcelamiento de Pablo: después de regresar de su tercer viaje misionero, Pablo fue a Jerusalén; allí cayó bajo la ira de los judíos ortodoxos que pensaban que él había llevado a los gentiles al Templo (Hechos 21:17-36). Luego de haber sido rescatado de la muchedumbre judía, se encontró en las garras del sistema legal romano; durante dos años languideció en la cárcel de Cesárea que era la capital de la provincia, donde un corrupto gobernador romano lo retuvo con la esperanza de un soborno (Hechos 24:26,27). Lleno de frustración, Pablo presentó la apelación de su caso ante la corte suprema de Roma, la capital del Imperio Romano (Hechos 25:1-12, especialmente 9-12).

Aunque había naufragado en el camino a Roma (Hechos 27), el apóstol finalmente llegó allí sano y salvo. Mientras estuvo bajo arresto domiciliario y en espera del juicio, Pablo pudo llevar a cabo un ministerio limitado con la gente que acudía a él. Como parte de su ministerio también sostuvo correspondencia con las congregaciones, y cuatro de sus “cartas escritas mientras estuvo en cautiverio” están incluidas en el Nuevo Testamento: Efesios, Colosenses, Filemón y Filipenses.

Otra explicación con la que este escritor no está de acuerdo es que las cartas que Pablo escribió en cautiverio fueron escritas durante su encarcelamiento anterior en Cesárea. Sin embargo, este punto de vista no cambia ni el contenido ni el valor de estas cartas.

Hay cierto margen de flexibilidad con respecto a la fecha de ésta y de las otras cartas que fueron escritas en cautiverio. Las fechas de la vida y del ministerio de Pablo se calculan al comparar lo que nos dicen las Escrituras acerca de la obra de Pablo con fechas conocidas de la historia. Por ejemplo, la obra de Pablo en Corinto coincidió con la administración del procónsul romano Galión (Hechos 18:12). El cambio en el gobierno provincial de Félix a Festo y la ocasión de la apelación de Pablo en Roma acontecieron alrededor del año 60 d.C. Por esta razón el encarcelamiento de Pablo en Roma habría sido alrededor del año 61-63, con un margen de más o menos dos años.

Destinatarios

La mayoría de los manuscritos griegos y la tradición consistente de la iglesia antigua indican que esta carta fue dirigida a la iglesia de Éfeso.

En algunos manuscritos falta la frase “en Éfeso” en el versículo inicial, y esta ha sido la causa de que algunos críticos pongan en duda que la carta haya sido enviada a ese lugar. Eso deja a que simplemente se dirija “a los santos y fieles en Cristo Jesús”. Los dos manuscritos más notables que no tienen la frase “en Éfeso” son los de la letra mayúscula llamados “Aleph” y “B”. Hasta hace poco tiempo a esos manuscritos se les atribuyó una importancia indebida al evaluar la evidencia de los manuscritos, pero recientemente ha habido un movimiento que se dirige hacia un punto de vista más equilibrado de considerar *toda* la evidencia de los manuscritos. Cuando se considera toda la evidencia, la lectura de “en Éfeso” conserva un lugar seguro en el texto.

Una segunda objeción es que en esta carta Pablo no mandó saludos personales a las personas de Éfeso con las que él había trabajado de cerca. Sin embargo, se puede decir lo mismo de las otras dos cartas de Pablo a los tesalonicenses. Había trabajado allí intensamente poco tiempo antes de escribirles, y sin embargo, esta carta no incluye saludos personales. También se debe notar que Pablo no había visitado la iglesia de Roma antes de escribirles a los romanos (1:10,13), y no obstante, envió saludos personales mencionando el nombre de cerca de dos docenas de personas (Romanos 16). El asunto es que el hecho de incluir saludos personales o no, no parece formar una base muy sólida para determinar el destino de una epístola de Pablo.

La suposición en que se basa el comentario que sigue, es que Efesios, aunque ciertamente dirigida en última instancia a toda la iglesia como parte del canon del Nuevo Testamento, fue originalmente enviada a la congregación de Éfeso. Pero nuevamente debemos añadir que las diferentes opiniones que existen con respecto a los destinatarios de la carta no afectan de ninguna manera su valor permanente ni su validez.

La importancia de la ciudad de Éfeso

Un examen del método de la obra misionera de Pablo mostrará por qué Éfeso era importante en el plan de trabajo de Pablo (o mejor dicho, en el de Dios). La pauta de Pablo era llevar el evangelio a los lugares donde no se había predicado previamente (Romanos 15:20). Para hacer esto, por lo regular buscaba los centros de población urbana, especialmente los que tenían una gran concentración de fieles que acudían a la sinagoga. A estos asistentes a la sinagoga, que se reunían alrededor de las Escrituras del Antiguo Testamento, Pablo les anunciaba las buenas nuevas: El Mesías al que han estado esperando ya está aquí; es Jesús de Nazaret (Hechos 17:1-3).

Este mensaje invariablemente dividía a la congregación. Algunos, con frecuencia una minoría, aceptaban el mensaje;

mientras que el resto conservaba su posición tradicional y finalmente obligaba a los nuevos cristianos a salir de su sinagoga. Entonces éstos salían para formar su propia y nueva congregación.

Pablo y sus colaboradores trabajaban con la nueva congregación, pero al poco tiempo Pablo se iba a otro centro urbano, dejando a la gente de la sinagoga como líderes de la nueva congregación, ya que ellos estaban bien capacitados en las Escrituras del Antiguo Testamento.

La nueva congregación, que en su mayoría estaba formada por gentiles del área, evangelizaba a sus vecinos urbanos y finalmente a los suburbios y distritos cercanos. Un ejemplo de esto, y de especial interés para nosotros, es el progreso de la Palabra en Éfeso y en sus alrededores. Lucas nos cuenta acerca del trabajo que llevaron a cabo allí: “Así continuó por espacio de dos años, de manera que todos los que habitaban en Asia, judíos y griegos, oyeron la palabra del Señor Jesús” (Hechos 19:10).

Éfeso era un centro de gran población de la provincia romana de Asia (Asia Menor, la moderna Turquía). Ya al principio de su segundo viaje misionero, Pablo había puesto los ojos en Éfeso como un lugar donde iba a trabajar, pero “les fue prohibido por el Espíritu Santo hablar la palabra en Asia” (Hechos 16:6). Pronto sabremos por qué. Cuando Dios le dio a Pablo su “llamado macedonio” le había aclarado que esta vez Pablo debía cruzar al continente de Europa para trabajar allí (Hechos 16:9).

Sin embargo, al término de su viaje por Europa (Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto (vea Hechos 16:18), Pablo se detuvo en Éfeso en su viaje de regreso a Antioquía. Dejó allí a Aquila y a Priscila y prometió: “Otra vez volveré a vosotros, si Dios quiere” (Hechos 18:21).

En el tercer viaje misionero de Pablo, Dios le permitió lo que él había querido hacer en su segundo viaje: establecer su centro de operaciones en Éfeso. Ahora eso se hizo posible, y pasó allí los tres años siguientes. A propósito, éste fue el tiempo más largo que Pablo se quedó en una ciudad, según nos lo informan las Escrituras. Sus actividades allí, incluyendo lo que estuvo a punto

de ocurrir con Demetrio y los herreros, están registradas en Hechos 19. Si desea saber acerca de la conmovedora despedida que Pablo les dio a los ancianos de Éfeso, vea Hechos 20:13-35.

Motivo

Anteriormente ya habíamos visto que mientras estaba bajo arresto domiciliario en Roma en espera de su juicio, Pablo pudo llevar a cabo un ministerio evangélico limitado. La gente acudía a él en busca de consejo y él respondía en persona o por carta.

Un escenario como el siguiente parece estar de acuerdo con lo que sabemos por las Escrituras con respecto a las circunstancias que rodearon la escritura de la carta a los Efesios. Hasta Pablo habían llegado las noticias de una herejía peligrosa que se estaba apoderando de otra congregación en el Asia Menor, la congregación de la ciudad de Colosas. A los colosenses se les exhortaba a que le prestaran atención a ciertas fuerzas y poderes espirituales que supuestamente ayudaban a los que los reverenciaban y eran dañinos para los que no los consideraban como era debido. Pablo refuta esa falsa enseñanza con una defensa rotunda de la grandeza incomparable de Cristo, en quien “al Padre agradó que en él habitara toda plenitud” (Colosenses 1:19). ¡Si los colosenses tenían a Cristo no necesitaban nada más! Por esto la carta a los Colosenses ensalza a Cristo como la gran e incomparable cabeza de la iglesia.

Por falta de un servicio de correos como el de nuestros días, la carta tendría que ser entregada personalmente. Se decidió que un colaborador confiable llamado Tíquico la llevaría a Colosas.

Sin embargo, había otro asunto que pesaba sobre Pablo. Durante su estadía en Roma, se había puesto en contacto con Onésimo, que era un esclavo que había huido de su amo cristiano, llamado Filemón, quien por lo visto era miembro de la congregación de Colosas. Desde entonces Onésimo se había arrepentido de su infidelidad anterior y se había convertido al cristianismo. Además, ahora era un “mensajero” valioso para el

confinado apóstol. A Pablo le hubiera gustado conservar sus servicios, pero se sintió obligado a devolver a Onésimo a su amo (Filemón 13:14). Por esto Pablo escribe una segunda carta para que Tíquico la lleve. Esta carta es para Filemón, en ella lo exhorta a que trate amablemente a Onésimo, a quien Pablo estaba enviando de regreso a Colosas en compañía de Tíquico (Colosenses 4:7,9).

El en viaje al interior del Asia Menor, Tíquico y Onésimo seguirían la ruta lógica que los llevaría a través de la ciudad portuaria de Éfeso. Pablo ve la oportunidad de enviarles también una carta a sus amados hermanos de Éfeso, y por lo tanto escribe la carta a los Efesios, de la que Tíquico es el portador (Efesios 6:21).

Contenido

Gran parte del contenido de Efesios es paralelo a lo que Pablo les escribió a los Colosenses. Todavía se destaca el grande e incomparable poder de Dios en Cristo, pero con una variación. En Efesios el enfoque está en lo que el gran poder de Dios ha hecho por sus creyentes, es decir, por la iglesia. De este modo, así como en Colosenses hace énfasis en la grandeza de Cristo, que es la cabeza de la iglesia, en Efesios da una explicación acerca de la iglesia, cuya cabeza es Cristo.

La carta se divide fácilmente en dos secciones. Los tres primeros capítulos tratan del misericordioso plan de salvación que Dios concibió desde la eternidad, ejecutó en el tiempo y el cual alcanzará su cumplimiento en el día del juicio, cuando Dios recoja a sus creyentes y los lleve consigo para una eternidad de dicha en el cielo. El tema que se destaca es que todo eso viene solamente por la gracia, es decir, como un regalo gratuito de Dios (vea especialmente 2:8-10).

Los tres últimos capítulos bosquejan la respuesta del cristiano a la gracia de Dios y recomiendan una vida de amor y de servicio a Dios y a nuestro prójimo. Junto con otras instrucciones, Pablo incluye su Tabla de Deberes para esposos y esposas, hijos y padres,

esclavos y amos. En esta sección es notable el pensamiento de que el matrimonio cristiano es un reflejo del amor que Cristo tiene por su novia, la iglesia.

Bosquejo de Efesios

Saludo 1:1,2

I. El plan eterno de Dios para la salvación, 1:3–3:21

A. El plan ideado por el Dios trino desde la eternidad, 1:1-23

1. El propósito misericordioso del Padre, 1:3-6
2. El plan del Padre llevado a cabo por la obra del Hijo, 1:7-12
3. El plan del Padre sellado por el Espíritu Santo, 1:13,14

Oración para que Dios ilumine a los efesios a ver su misericordioso poder, 1:15-23

B. El plan eterno de Dios para la salvación se llevó a cabo en el tiempo, 2:1-22

1. Tanto judíos como gentiles son salvados por la gracia, 2:1-10
2. Judíos y gentiles están unidos en una iglesia, 2:11-22

C. Pablo les predicó a los gentiles el plan eterno de Dios para la salvación, 3:1-21

1. Se revela el “misterio” de la gracia de Dios, 3:1-6
2. Pablo anuncia el misterio, 3:7-13

Oración para que Dios permita a los efesios comprender el amor de Cristo, 3:14-21

II. Los bienaventurados efectos de la gracia salvadora de Dios, 4:1–6:20

A. Una vida de santidad, 4:1–6:9

1. La santidad se debe mostrar en la unión que existe entre los creyentes, 4:1-16
2. La santidad se debe mostrar al llevar una vida pura, 4:17–5:20
3. La santidad se debe mostrar en asumir las responsabilidades, 5:21–6:9

B. Ánimo para luchar contra el mal, llevando la armadura de Dios, 6:10-20

Saludos finales, 6:21-24

SALUDO (EFESIOS 1:1,2)

1 Pablo, apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso:
2 Gracia y paz a vosotros de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Al escribirles a los efesios Pablo usa la forma tradicional de las cartas antiguas. Los dos primeros versículos de su carta a los Efesios no forman ninguna oración, son una fórmula o pauta que consiste de tres partes. Primero, el autor se identifica; después, indica a quién le escribe; y finalmente, añade un saludo inicial.

El autor de esta epístola es Pablo, originalmente conocido como Saulo de Tarso. Educado a los pies de Gamaliel, que era un maestro eminente en Jerusalén, Saulo era fariseo y un reconocido enemigo del cristianismo. En su celo por el judaísmo tradicional, persiguió a los cristianos de Jerusalén, y hasta en las regiones de la periferia. En el curso de una redada de cristianos que tuvo lugar en Damasco Saulo fue enfrentado en una luz cegadora por el Cristo resucitado, que lo llamó diciéndole: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4).

Después de haber corregido su necedad y ya convertido por el Espíritu, Saulo el perseguidor se convirtió en Pablo el cristiano. Sin embargo, es evidente que eso no fue obra de Pablo; él reconoció que eso había sucedido “por la voluntad de Dios”. Pero Dios no estaba contento con sólo tener a Pablo como un seguidor cristiano, un discípulo o alguien que estaba aprendiendo; Dios quería que Pablo le sirviera como apóstol. Un apóstol, por definición, es alguien que es “enviado”, un embajador, un representante que habla en lugar de aquel que lo envía. Por la voluntad de Dios, Pablo habla como un “apóstol de Jesucristo”. Por esto las palabras de Pablo tienen autoridad. La carta que sigue puede venir de la pluma de Pablo, pero, con respecto al contenido, Pablo el apóstol dice: “Esto es lo que dice el Señor”.

Pablo les dirige su carta “a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso”. En nuestros días el término “santo” tiene un significado algo diferente del que se da aquí. El uso común tiende a atribuirle este término a la gente que ya ha muerto (“mi santa abuela”), o la gente le otorga el término a alguien cuya conducta lo eleva por encima de lo común de las personas (“¡Es un verdadero santo!”).

Sin embargo, Pablo intenta decir más que esto. Literalmente el término “santo” significa “sin pecado”. Y esta es precisamente la manera en que Pablo considera a sus lectores. Si nos adelantamos y miramos el versículo 4, veremos que Pablo dijo que hay personas a quienes Dios escogió “antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él” (v 4). Por supuesto, la santidad y la carencia de culpa sólo pueden venir a través del perdón de los pecados que se recibe por la fe en Cristo. Por esta razón, Pablo se dirige a los creyentes en esta carta como a santos. Podemos hacer una paráfrasis de sus palabras, así: “A los creyentes de Éfeso que son santos por la fe en Cristo Jesús”.

Debido a que algunos manuscritos no contienen las palabras “que están en Éfeso”, algunos dudan de que esta carta haya sido escrita para la congregación de Éfeso. Es evidente que el contenido de la carta no sufre ni cambia por causa de los destinatarios; sigue siendo el mensaje infalible e inspirado de Dios para todos los tiempos y permanecerá así aun si hubiera una carta general dirigida a cierto número de congregaciones, como los intérpretes modernos tratan de alegar. Sin embargo, se debe notar que la mayoría de la evidencia de los manuscritos, que se remonta a los tiempos antiguos y que ha sido obtenida de todas las áreas de la iglesia, está en favor de incluir las palabras “en Éfeso”.

El tercer elemento en el saludo de Pablo es el saludo en sí mismo. Pablo combina dos términos, “gracia” y “paz”, los cuales eran los saludos típicos de ese tiempo.

La palabra griega que se ha traducido como “gracia” es el término común que una persona griega usaría para saludar a otra. Es la palabra que usa Mateo al registrar el saludo del ángel Gabriel

a la virgen María cuando le anunció que se iba a convertir en la madre de nuestro Señor. “Paz” es la típica palabra judía de saludo en el mundo secular. En hebreo es el término familiar “Shalom”.

Sin embargo, en el contexto de Pablo, ambas significan mucho más que los términos seculares porque son la gracia y la paz que vienen de “Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo”. Con el vocablo “gracia”, Pablo atrae nuestra atención hacia una cualidad sorprendente de la mente y del corazón de Dios que lo hace tener la buena voluntad de dar, o sea, que se sienta gustoso de dar. Y un estado de paz le llega a la persona que ha recibido los misericordiosos regalos de Dios. Por lo tanto, los dos elementos del saludo de Pablo a los efesios van juntos como la causa y el efecto. Al pensar en el tema de la carta, debemos notar lo bien que se combinan los saludos griego y judío, y juntos adquieren un nuevo significado espiritual que es la introducción perfecta a una carta que dirá mucho acerca de cómo en Cristo los judíos y los gentiles se han unido en un solo cuerpo, la santa iglesia.

PRIMERA PARTE

EL PLAN ETERNO DE DIOS

PARA LA SALVACIÓN

(EFESIOS 1:3–3:21)

Las cartas de Pablo tienden a dividirse más o menos en dos partes principales. Sin embargo, aunque parezca un poco simple es útil que recordemos esto. En la primera mitad de cada una de sus epístolas usualmente comparte algunos puntos de doctrina que son importantes; después en la segunda parte de la carta aplica la verdad doctrinal. El apóstol les ayuda a sus lectores a contestar la pregunta: ¿Qué significa esta verdad doctrinal para mí? Los seis capítulos de la carta de Pablo a los Efesios siguen esta división básica.

El tema que abarca toda la primera parte principal es el plan eterno de Dios para la salvación. Bajo este tema general hay tres subdivisiones. Se presenta cada una en uno de los tres primeros capítulos. El primer capítulo trata del plan de salvación de Dios tal como fue ideado en los cielos en la eternidad. A esto algunos lo han llamado “el lado divino de la historia de la iglesia”. El segundo capítulo trata de cómo Dios envió a su Hijo al mundo a su debido tiempo para que se hiciera verdadero hombre y viviera y muriera como el sustituto de los pecadores, poniendo así la base de la iglesia cristiana. A esto se le ha llamado “el lado humano de la historia de la iglesia”. El tercer capítulo trata del “papel de Pablo en la historia de la iglesia”, es decir, la tarea que Dios le dio de llevarles el conocimiento del Salvador a los gentiles y así preparar el camino para la unión de los judíos y de los gentiles en un solo “cuerpo”, es decir, la iglesia.

El plan ideado por el Dios trino desde la eternidad

En la Biblia no se encuentran los términos “Trinidad” ni “trino”, pero las Escrituras no dejan ninguna duda de que es el

Dios trino el que ha estado activo para obtener nuestra salvación. En el capítulo inicial de Efesios se ponen en evidencia claramente las tres personas de la Trinidad, ya que Pablo por inspiración habla del propósito misericordioso del Padre (vv. 3-6), el cual fue cumplido por la obra del Hijo (vv. 7-12) y sellado por el Espíritu Santo (vv. 13,14).

El propósito misericordioso del Padre

**³ Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos bendijo con toda bendición espiritual
en los lugares celestiales en Cristo,
⁴ según nos escogió en él antes de la fundación del mundo,
para que fuéramos santos y sin mancha delante de él.
⁵ Por su amor, nos predestinó para ser adoptados hijos
suyos
por medio de Jesucristo,
según el puro afecto de su voluntad,
⁶ para alabanza de la gloria de su gracia,
con la cual nos hizo aceptos en el Amado.**

Esta sección comienza con una doxología (un canto de alabanza a Dios) que termina en el versículo 14. En el idioma griego todo es una sola oración de más o menos doscientas palabras. Los traductores de la versión Reina-Valera la han dividido en dos oraciones, pero todavía es bastante compleja.* Por lo tanto, hemos destacado estos conceptos principales. Fíjese bien en ellos.

1. Desde la eternidad Dios había ideado un plan de salvación.

* Aunque la Reina – Valera sigue el griego uniendo todo desde el versículo 3 hasta el 12 en una sola oración, dividimos estos en tres partes, como lo hace el comentario en inglés, para ayudar al lector.

2. Este plan se cumple en Cristo y a través de él.
3. El plan de Dios nos da bendiciones indecibles y preciosas y motivos para alabarlo.

El versículo 3 dice literalmente: “Bendito sea el Dios... que nos bendijo con toda bendición espiritual”. El autor habla a las personas que se dan cuenta de lo afortunadas que son, y esto se debe a que han recibido “toda bendición espiritual”. No falta ninguna cosa buena. Todo lo que está vinculado con “los lugares celestiales” es de ellas. Más adelante se explicará con exactitud en qué consisten esas bendiciones.

¿De quién recibieron las bendiciones? Pablo identifica al dador como “el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, que nos ha bendecido “en Cristo”. Todo lo que viene de Dios viene en Cristo y solamente en Cristo.

Es evidente lo importante que es Cristo en esta identificación cuando Pablo dice: “Según nos escogió [el Padre] en él [Cristo] antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él”. Ya hemos notado que Dios ya tenía un plan “antes de la fundación del mundo”. En Cristo, Dios nos eligió para que fuéramos santos y sin mancha. Pero, esto no significa que desde el principio nosotros fuéramos santos y sin mancha. ¡No, ni pensarlo! Nos escogió cuando no teníamos ninguna justicia que ofrecer. En realidad, nos eligió antes de que nosotros naciéramos, mucho antes de que el mundo existiera. Pablo dice que Dios nos escogió, no porque nosotros fuéramos santos y sin mancha, sino “para que fuéramos santos y sin mancha”. Nos prefirió a nosotros, aun siendo pecadores, para hacernos justos en Cristo. Toda bendición espiritual proviene de Cristo y de su mérito salvador.

Al hecho de que Dios nos escogiera desde la eternidad, con frecuencia se le llama “elección”. También se le puede llamar “predestinación”, como lo hace Pablo cuando continúa: “Por su amor, nos predestinó [el Padre] para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad”.

La elección y la predestinación no son dos cosas separadas y que no se relacionen; en realidad, aquí Pablo las vincula. Ya hemos indicado que toda esta sección inicial es en realidad una sola oración larga. En vez de tener aquí dos oraciones separadas (como lo hace la Nueva Versión Internacional), en el griego Pablo junta las dos expresiones, de tal manera que bien se podrían traducir así: “Dios nos escogió al predestinarnos para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo.” Debemos notar la misma combinación en el versículo 11.

¡Piense en lo que dice esto! Desde la eternidad, antes de que existiera el tiempo, el plan de Dios era el de hacernos miembros de su familia, llevarnos a su casa como hijos e hijas suyos. Por esto, él es nuestro Padre y nosotros somos sus hijos, en espera de recibir toda la herencia. Todo lo que Dios tiene aun ahora se está usando para nuestro bien y bendición, y en los cielos se convertirá visible y perceptiblemente en nuestra posesión personal.

¿Por qué hace Dios todo esto? Pablo dice que “en amor nos predestinó,... según el buen propósito de su voluntad” (NVI). Él podría decir que lo hizo porque quería hacerlo. Fue “el puro afecto de su voluntad”, inducido por el gran amor que nos tiene.

Pero Pablo responde a nuestra pregunta todavía de otra manera. Recordemos que comenzó esta sección dirigiendo la atención del lector al Dios “que nos bendijo con toda bendición espiritual... en Cristo”. Como hemos visto, estas bendiciones espirituales, que culminan en nuestra adopción como hijos e hijas de Dios, son totalmente inmerecidas. Vienen como puro regalo de la misericordia de Dios. ¿Por qué las da Dios? Para que seamos motivados a agradecerle y a alabarlo, o como dice Pablo: “Para alabanza de la gloria de su gracia, con la cual nos hizo aceptos en el Amado [Cristo]”. Una vez más debemos notar que todo viene a través de Cristo, aquel a quien el Padre ama y en quien ha puesto toda su complacencia (Mt 3:17).

El plan del Padre llevado a cabo por la obra del Hijo

- ⁷ En él tenemos redención por su sangre,
el perdón de pecados
según las riquezas de su gracia,
⁸ que hizo sobreabundar para con nosotros
en toda sabiduría e inteligencia.
⁹ Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad,
según su beneplácito,
el cual se había propuesto en sí mismo,
¹⁰ de reunir todas las cosas en Cristo,
en el cumplimiento de los tiempos establecidos,
así las que están en los cielos como las que están en la
tierra.
¹¹ En él asimismo tuvimos herencia,
habiendo sido predestinados
conforme al propósito del que hace todas las cosas
según el designio de su voluntad,
¹² a fin de que seamos para alabanza de su gloria,
nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.**

En esta sección el énfasis se pone en aquel que hizo posible nuestra elección más bien que en la elección misma. Lo central de Cristo, tan evidente en la sección anterior, aquí se vuelve aún más significativo y directo. Note una vez más los conceptos claves de Pablo: el plan eterno de Dios, cumplido en Cristo, para nuestro bien y bendición, para que seamos motivados a agradecer y alabar a nuestro misericordioso Dios.

Ahora se enfoca claramente aquello a lo que anteriormente nos habíamos referido en términos generales como “toda bendición espiritual” y que después se redujo un poco como nuestra “adopción” en la familia de Dios. El apóstol nos dice que nuestra mayor bendición es el perdón de los pecados que tenemos en Cristo. “En él [en Cristo] tenemos redención por su sangre, el

perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia.”

Pablo usa dos términos que se diferencian en cuanto a la imagen que provee su fondo y, sin embargo, son prácticamente intercambiables en significado: “redención” y “perdón”. La *redención* implica que alguien es esclavo o cautivo y que necesita ser rescatado: el *perdón* quiere decir que una persona ha actuado impropriamente hacia otra y que al hacerlo ha contraído una culpa que debe ser cubierta o quitada.

Ambas exigen el pago de un gran precio. El pecador ha ofendido a Dios; el precio es, o por lo menos debe ser, la vida del pecador. “Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23). Pero, “según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros”, hizo lo inconcebible: Dios mismo pagó el precio. Envio a su Hijo para que fuera nuestro sustituto, para que sufriera y muriera en lugar nuestro. De tal manera que, por medio de su sangre, hemos sido rescatados de la esclavitud del pecado y hemos sido liberados de su culpa.

Ni en un millón de años nosotros hubiéramos concebido un plan así. En vez de esto, Dios lo concibió “conforme a las riquezas de la gracia que Dios nos dio en abundancia con toda sabiduría y entendimiento” (NVI).

No es sólo que nosotros ni siquiera hubiéramos podido concebir un plan como éste, sino que nunca lo hubiéramos captado ni entendido, si es que él no nos hubiera dado “a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo... en Cristo”. El “misterio” de la voluntad de Dios se tratará más ampliamente después en esta carta (3:2-13). Por ahora es suficiente decir que ese misterio es casi un sinónimo del plan de Dios para la salvación, es decir, es su voluntad salvar a los pecadores. El plan de Dios no es un misterio en el sentido de que desconcierte a la gente o sea incomprensible para ellos, sino solamente en que la gente no lo puede llegar a entender por sí misma; Dios tiene que explicárselo a ellos y guiarlos para que lo

conozcan y lo acepten. Y esto lo hace en el evangelio que anuncia su gracia en Cristo.

Aunque en el capítulo 3 viene una explicación más completa acerca del misterio, Pablo no nos deja esperando hasta entonces sin ningún indicio; nos dice que el misterio de la voluntad de Dios tiene como propósito “que en Cristo sean reunidas bajo una cabeza todas las cosas, tanto las que están en los cielos como las que están en la tierra” (v 10, RVA).³ Recordemos que al escribirles a los colosenses, Pablo hace énfasis en la grandeza de Cristo, que es la cabeza de la iglesia. En Efesios se trata el mismo tema pero desde el otro lado. Aquí Pablo habla mucho acerca de la iglesia, de la que Cristo es la cabeza. Sin embargo, no es solamente la iglesia, también “todas las cosas...que están en los cielos como las que están en la tierra” deben ser reunidas bajo Cristo. Por esto, podríamos decir que en su Carta a los Efesios, Pablo presenta el propósito y el plan de llevar todas las cosas en general, y la iglesia en especial, bajo la dirección de Cristo (vea también el versículo 22).

Al hablar de la manera en que el plan eterno de Dios se centra en Cristo, Pablo vuelve una vez más al tema de la elección y de la predestinación. Él afirma: “En él [Cristo]... habiendo sido predestinados conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo.”

Cuando oímos expresiones como “predestinados conforme al propósito” y “según el designio de su voluntad”, nos damos cuenta de que nada de lo que Pablo dice sucede por azar. Todo ocurre exactamente según el plan cuidadosamente ordenado que Dios había elaborado y puesto en funcionamiento ya desde la eternidad.

En los versículos 4 y 5 Pablo habló en términos generales acerca de la elección y de la predestinación. Ahora en el versículo 12 limita su enfoque y es más específico acerca del plan de Dios.

Aquí nos indica claramente que es a “nosotros” a quienes Dios escogió. “Nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo”, somos los miembros de la nación judía, entre los que Pablo se incluye a sí mismo.

Para cumplir su promesa de un Salvador, dada a Adán y a Eva ya en el Jardín del Edén, Dios escogió a Abraham de entre todas las familias del mundo y le dio tres promesas específicas: haría que Abraham se convirtiera en una gran nación, que sus descendientes vivirían en una tierra especial, y que el Salvador del mundo nacería de la nación judía.

Antes del principio del mundo, en cumplimiento de su cuidadoso plan, Dios escogió a los descendientes de Abraham, la nación judía, como su pueblo especial. Y en el tiempo llevó a cabo este plan, como lo entendieron claramente los lectores de Pablo. ¿Por qué hizo Dios esto? Pablo contesta: “A fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo”.

La fidelidad de Dios a su promesa, su responsabilidad de adherirse al plan y su paciencia con la rebelde Israel sirven para magnificar la gracia de Dios. Pablo con razón les dice a sus lectores “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo”, o como lo dice la Nueva Versión Internacional “Alabado sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo” (v 3).

Sin embargo, la fidelidad de Dios para con la nación judía sólo era parte de su plan. Pablo lo da a entender cuando dice: “Fuimos los *primeros* en esperar en Cristo” (v 10, Biblia de las Américas), implicando que hay otros. Nosotros los judíos podemos haber sido los primeros en creer en Cristo, dice Pablo; pero rápidamente añade: “En él también vosotros [lectores efesios, gentiles por nacimiento], habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación,... fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa.” Los judíos eran parte del plan de Dios, pero en Cristo los gentiles también están incluidos. Debemos notar las implicaciones de esto para el plan y en el propósito de Dios de

“reunir en él [Cristo] todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra” (v 10, NVI).

El plan del Padre sellado por el Espíritu Santo

**¹³ En él también vosotros,
habiendo oído la palabra de verdad,
el evangelio de vuestra salvación,
y habiendo creído en él,
fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa,
¹⁴ que es las arras de nuestra herencia
hasta la redención de la posesión adquirida,
para alabanza de su gloria.**

Ya hemos notado que el gran plan que Pablo presenta en su carta a los Efesios implica a las tres personas de la Trinidad. Desde la eternidad Dios el Padre escogió a los elegidos en Cristo. Pero ese eterno consejo de Dios, centrado en Cristo, encuentra su cumplimiento en el tiempo, o sea, cuando el Espíritu Santo lleva a cabo su obra especial de llevar a la gente a la fe en Cristo a través del mensaje del evangelio.

Pablo dirige nuestra atención a esta obra del Espíritu cuando hace énfasis en que la gracia que Dios les ha mostrado a los judíos es la misma que les ha mostrado a los gentiles. Pablo pone a los efesios gentiles que son creyentes al lado de los judíos creyentes cuando afirma: “En él también vosotros habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados”.

El Espíritu Santo no sólo ha llevado a los efesios a la fe, sino que su presencia en el corazón de ellos sirve también otro propósito. “Habiendo creído”, dice Pablo, “fuisteis sellados en él [Cristo] con el Espíritu Santo de la promesa”. Los efesios llevan un sello: tienen al Espíritu Santo en su corazón. En tiempos antiguos un sello era señal de propiedad; el hecho de que un

cristiano lleve el sello del Espíritu Santo indica que él, o ella, le pertenecen a Dios. Ésta es una bendición *presente*.

Pablo nos hace ver todavía otra bendición que viene de la presencia del Espíritu en nuestro corazón por la fe. Tenemos seguridad para el *futuro*. El apóstol describe al Espíritu como “las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida”.

Un depósito, un pago inicial, es la primera cuota de una transacción y es la garantía de que el resto de la obligación también se va a cumplir. El hecho de que Dios nos haya dado su Espíritu Santo en el corazón debido a la fe en el tiempo presente es una seguridad de que el resto de la promesa de Dios también va a llegar; es la garantía de que él nos reservará nuestra herencia en el cielo hasta “la redención [la entrega final] de la posesión adquirida” (por Dios). Para ver un pasaje paralelo que habla del Espíritu Santo, tanto como un sello que indica que el creyente es la propiedad presente de Dios como también de la garantía de las bendiciones futuras que tendrá el creyente con Dios en el cielo, vea 2 Corintios 1:21,22.

Una vez más, por tercera vez en esta sección, Pablo nos dice la razón por la que Dios ha derramado sobre nosotros todas estas bendiciones: para motivarnos a agradecerle y a alabarlo. Todo esto es “para alabanza de su gloria”.

Oración para que Dios ilumine a los efesios a ver su misericordioso poder

¹⁵ Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, ¹⁶ no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones, ¹⁷ para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él; ¹⁸ que él alumbre los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, cuáles las

riquezas de la gloria de su herencia en los santos ¹⁹ y cuál la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos, según la acción de su fuerza poderosa. ²⁰ Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales, ²¹ sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero. ²² Y sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, ²³ la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.

En la doxología que acabamos de terminar (vv. 3-14), Pablo premió tres veces a los efesios a que alabaran a Dios por las grandes bendiciones espirituales que habían recibido al ser elegidos por el Padre, al ser redimidos por el Hijo y al ser llevados a la fe y sellados para la salvación por el Espíritu Santo. Recordemos que Dios hizo todo esto “para alabanza de su gloria”.

Y ahora en espíritu de alabanza y de agradecimiento Pablo ora: “Por esta causa también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestro amor para con todos los santos, no ceso de dar gracias por vosotros, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones.”

Por el libro de Hechos sabemos que Pablo trabajó en Éfeso por tres años. Debido a que Pablo dice aquí: “Habiendo *oído* de vuestra fe”, algunos han llegado a la conclusión de que la carta no podía haber sido dirigida a los efesios, porque Pablo no les hablaría de esa manera a las personas a quienes había servido por tres años. Sin embargo, es necesario notar que Pablo había estado encarcelado en Roma durante casi tres años cuando escribió esta carta; así que, es totalmente posible que su mejor fuente de información y también la más reciente acerca de sus lectores haya sido la que él había *oído* por medio de los informes que le llegaban.

Sea como sea, esto no cambia la oración modelo de Pablo para alabar la fe y el amor de sus lectores por quienes ora constantemente. La fe y el amor no son esencialmente diferentes.

El amor es simplemente la fe en acción, y ambos se producen por el evangelio, que sólo puede ganar el corazón y la vida de las personas para el Señor Jesucristo.

Sin embargo, la oración de Pablo no se limita a la alabanza, le añade una súplica, o petición, para los efesios: “No ceso de dar gracias por vosotros... en mis oraciones, para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él”.

Sólo en Cristo y por medio de él los pecadores se pueden acercar a Dios en oración. Por eso Pablo se dirige a Dios como “el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria”. No sólo es el Padre de Cristo, sino que por nuestra fe en Cristo él es también nuestro Padre. Por esa razón nos podemos acercar a él franca y confiadamente como los “hijos amados a su amoroso Padre”. Pablo hace esto cuando le pide al Padre que les otorgue un don, es decir, “el espíritu de sabiduría y de revelación”.

Espíritu con *E* mayúscula (NVI) sugeriría que Pablo está orando para que el Espíritu Santo les dé sabiduría a los efesios. Eso es ciertamente posible, pero debido a que Pablo en el versículo siguiente ora para que “[alumbre] los ojos de vuestro entendimiento”, es más probable que le esté pidiendo a Dios que les otorgue a los efesios la luz en el corazón y en la mente, que viene de aprender las verdades de Dios como se revelan en su santa Palabra. La oración de Pablo es para que los efesios crezcan en el entendimiento de estas verdades y puedan conocer a Dios de una manera aún más completa. Por lo tanto, “espíritu” está escrito con *E* minúscula en la Reina-Valera, versión de 1995.

Dios debe intervenir para que ocurra este aumento en el entendimiento. Por eso Pablo le pide a Dios que “alumbre los ojos de vuestro entendimiento”. Esa iluminación que proviene de la Palabra les ayudará a los efesios a reconocer y a apreciar tres grandes bendiciones del Padre: (1) la esperanza a la que él los ha llamado, (2) las riquezas de su gloriosa herencia en los santos, y (3) su gran poder incomparable para aquellos que creen.

Al hablar de la esperanza a la que Dios ha llamado a los efesios, Pablo no usa esa palabra como cuando decimos: “Espero terminar este trabajo hoy día” o “Espero que no llueva”. La esperanza de la que Pablo habla no es un deseo vano, sino una confianza segura y cierta. Puede ser de esta manera porque la respalda el llamado de Dios. Nos debemos acordar de que Pablo les recordó a los efesios que Dios los había escogido desde la eternidad, que a su debido tiempo los redimió, y ahora había puesto su sello en ellos al otorgarles su Espíritu Santo.

Aunque todo esto es seguro y cierto, sin embargo, es una promesa cuyo cumplimiento total está en el futuro. Por esto, la otra petición de Pablo es que el corazón de ellos sea iluminado para ver y entender “las riquezas de la gloria de su herencia en los santos”. Una herencia no es algo que uno gane o merezca; es un regalo, una gracia. Y ésta es la manera en que Dios trata con sus santos, es decir, con los creyentes a quienes él ha llamado, redimido y sellado con el Espíritu.

Pero tanto esta esperanza como esta herencia que están respaldadas por una promesa verán su cumplimiento en el futuro. Entonces, ¿dónde está la seguridad de que Dios puede cumplir con su promesa y lo hará? Pablo ora para que el corazón de ellos sea iluminado y puedan ver “la extraordinaria grandeza de su poder para con nosotros los que creemos”. Tener el conocimiento del poder de Dios es la base para confiar en que Dios puede cumplir su palabra y lo hará.

Pero, ¿dónde está la prueba de su poder? Pablo llama la atención de los efesios sobre lo que Dios hizo en Cristo y por medio de él. El apóstol afirma: “Su poder... según la acción de su fuerza poderosa. Esta fuerza operó en Cristo, resucitándolo de los muertos y sentándolo a su derecha en los lugares celestiales.” La extraordinaria grandeza de su poder está actuando para el creyente, y es como el poder que Dios demostró en conexión con la resurrección de su Hijo. Aunque Jesús siempre permaneció como verdadero Dios, aun cuando se encarnó y se hizo verdadero

hombre, se humilló y dejó a un lado su divino poder. Fue obediente a la voluntad de su Padre, hasta la muerte. No había vida en el cuerpo que Nicodemo y José de Arimatea bajaron de la cruz al atardecer del Viernes Santo, pero Dios usó su gran poder incomparable para restituirle la vida a su Hijo y para devolverle lo que originalmente había sido suyo. Además de eso, Dios lo ensalzó grandemente.

En la Ascensión, el Padre le dio la bienvenida al cielo a su Hijo y puso al Dios hombre a su diestra, dándole así una posición de poder. En realidad, lo exaltó “sobre todo principado y autoridad, poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra”. Pablo usa cuatro términos para describir las posiciones de gran poder. Sin duda podría haber enumerado más de cuatro, o podría haber nombrado menos. El número de posiciones no es significativo; el asunto es que no existe absolutamente ninguna autoridad que se pueda oponer con éxito al Cristo resucitado y ascendido. Él es Señor sobre todas ellas, y esto es verdad no sólo para el presente, sino también para el futuro. Jesús está muy por encima de toda oposición, “no sólo en este siglo, sino también en el venidero”.

Para llevar la exaltación de Cristo un paso más allá, Pablo afirma que no sólo está sobre toda autoridad, sino a cargo de *todo* lo que sucede. El apóstol afirma: “Sometió todas las cosas debajo de sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo.” ¿Dónde está la seguridad de que Dios puede cumplir su promesa y lo hará? La respuesta de Pablo es: El poder que Dios le ha conferido a su Hijo hace que esto sea absolutamente seguro, especialmente cuando vemos la relación favorecida que tenemos con el todopoderoso Señor. Dios lo puso sobre todas las personas de autoridad y lo puso a cargo de absolutamente todo para “la iglesia, la cual es su cuerpo”.

El gobierno de Cristo es absoluto, y ahora usa todo su poder para un gran propósito, para el bien de su iglesia, que consiste en la suma total de todos los creyentes. La relación que existe entre

Cristo, los gobernantes y todas las personas de autoridad es sencillamente la de un amo y señor que trata con sus subordinados. Sin embargo, la relación de Cristo con su iglesia es completamente diferente. Es una relación orgánica, es un vínculo tan cercano como el que la cabeza comparte con los miembros del cuerpo.

Pablo va a usar esta figura de la cabeza con el cuerpo en otro escenario. Más adelante en esta carta exhorta a los esposos a “amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos... pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, *como también Cristo a la iglesia*” (5:28,29). En este capítulo Pablo nos hace ver que con el Cristo todopoderoso que nos cuida y nos alimenta, nosotros, los miembros de su iglesia, podemos descansar en una seguridad completa.

Pero Pablo también dice otra cosa con respecto a la relación de Cristo con la iglesia. Él llama a la iglesia “la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo”. En realidad esta afirmación es algo como una paradoja, una contradicción aparente en los términos. Cristo llena todo en todo; es completamente autosuficiente. Sin embargo, escoge estar vacío e incompleto sin su iglesia. ¿Cómo puede ser esto? Sencillamente porque Dios es fiel a su plan eterno. Él eligió y predestinó a los miembros de su iglesia desde la eternidad, y no descansará hasta que haya llevado a cabo su salvación. Solamente entonces se sentirá verdaderamente satisfecho. Pablo ora para que los efesios y nosotros podamos ver claramente esta verdad.

El plan eterno de Dios para la salvación había sido ideado ya en la eternidad y fue llevado a cabo en el tiempo. Pablo ahora tratará el aspecto de la relación del misericordioso Dios trino con nosotros.

El plan eterno de Dios para la salvación se llevó a cabo en el tiempo

Tanto judíos como gentiles son salvados por la gracia

Es importante tener presente que la congregación de Éfeso era mixta, formada tanto por judíos como por gentiles. La manera en que esto sucedió se hace más evidente cuando entendemos el método que Pablo usó en su trabajo misionero. En el libro de Hechos, Lucas nos dice que cada vez que Pablo llegaba a un área nueva, iba primero a la sinagoga judía. Allí anunciaba a Jesús de Nazaret como el Cristo, el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento que les había prometido un Salvador a los judíos.

Invariablemente la proclamación de Jesús de Nazaret como el Mesías prometido provocaba reacciones encontradas. Una minoría de judíos había creído en el mensaje de Pablo y había aceptado a Jesús como su Salvador. Sin embargo, la mayoría rehusaba el mensaje de Pablo y lo obligaba a él y a sus cristianos conversos a encontrar un otro lugar para sus servicios de adoración. Así se formaba una congregación con un núcleo de creyentes judíos que estaban bien versados en la Palabra de Dios (es decir, en el Antiguo Testamento).

Sin embargo, el crecimiento numérico de la nueva congregación provenía principalmente de los vecinos gentiles y de la gente del pueblo con quienes los judíos cristianos compartían a su Salvador que acababan de conocer. Esas congregaciones pronto se volvieron predominantemente gentiles pero conservaban el liderazgo de la minoría judía, la cual estaba bien versada en las Escrituras del Antiguo Testamento. Este liderazgo demostró ser especialmente valioso cuando Pablo se iba (y con frecuencia después de poco tiempo) a otras áreas del trabajo misionero y dejaba por su cuenta a la nueva congregación.

Algo importante que debemos notar es que mientras el sector más grande de la congregación efesia era posiblemente de origen gentil, también tenía un significativo elemento judío. En su carta Pablo se dirige tanto a judíos como a gentiles.

2 Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados,² en los cuales anduvisteis en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia.

Cuando Pablo dice “a vosotros”, les habla a los efesios de origen gentil. Después se dirigirá a su contraparte judía. Por ahora Pablo les habla a los gentiles y les dice algunas cosas muy funestas.

Aunque físicamente estaban llenos de vida y eran activos, Pablo les dice a los efesios que espiritualmente habían estado muertos. Los muertos no se pueden mover, no pueden hacer nada; son totalmente incapaces de ayudarse a sí mismos. Esa era la situación espiritual en la que se habían encontrado los efesios gentiles. Si alguno de ellos se sintiera inclinado a cuestionar el diagnóstico que hacía Pablo con respecto a su bancarrota espiritual, él los apremiaba a echar un vistazo a su vida y a sus actos. Es evidente que habían estado muertos en transgresiones y pecados por el tipo de vida que habían llevado cuando “[siguieron] la corriente de este mundo”.

Al igual que sus amigos y vecinos, los efesios habían mostrado las debilidades y defectos comunes de la sociedad gentil. Habían sido impíos e inmorales, insensibles, ociosos y desobedientes. Pablo dice que la sociedad es así porque sigue “la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Es claro que este “príncipe” es Satanás (Juan 12:31; 14:30). Es un enemigo poderoso y peligroso, como un león rugiente, anda alrededor buscando víctimas a quienes devorar (1 Pedro 5:8). Y los gentiles efesios habían sido una presa fácil.

Sin embargo, el análisis de Pablo no se aplica sólo a ellos. A pesar de las considerables ventajas de los judíos por ser el pueblo escogido de Dios, en su condición natural no eran mejores que los gentiles.

³ Entre ellos vivíamos también todos nosotros en otro tiempo, andando en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos; y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás.

Cuando Pablo dice: “Entre *ellos* vivíamos también todos nosotros”, él se incluye también y a sus paisanos judíos junto con los gentiles desobedientes. Es verdad, él y los judíos pueden haber desobedecido de una manera un poco diferente, pero en el análisis final eran tan culpables como los gentiles. Pablo había acusado a los efesios gentiles de *acciones* bajas y pecadoras, pero ahora reconoce que él y sus paisanos judíos se declaran culpables de *pensamientos* y *deseos* pecaminosos.

La Ley de Dios, que Israel había recibido en el monte Sinaí, guiaba y reglamentaba casi todo aspecto de la vida de los judíos. Como tal, la Ley controlaba entre los judíos muchos de los bajos estallidos del pecado, los cuales eran escandalosamente comunes entre los gentiles. Pero esta decencia externa de los judíos ni siquiera era la obediencia total y completa que un Dios, que es justo y santo, espera y merece. Su naturaleza misma: el corazón, la mente y las actitudes, estaba contaminada hasta la médula. Esto se mostraba en el hecho de hacer “la voluntad de la carne y de los pensamientos”. Como los gentiles, Pablo y sus paisanos judíos por naturaleza estaban espiritualmente muertos.

Las acciones y los pensamientos pecadores, ya sea que se cometan abiertamente o en secreto, descarada o sutilmente, contaminan a todo hombre, mujer y niño desde la caída en el pecado. El pecado es una condición hereditaria que tenemos con nosotros desde el nacimiento, y con razón nos hace ser merecedores de la ira de un Dios santo y justo. Juntamente con Pablo, nosotros también debemos decir que somos “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”.

Pablo nos describe un cuadro deprimente. Por naturaleza todas las personas están espiritualmente muertas, son totalmente

incapaces de cambiar su condición. No sólo son incapaces de mejorar lo que tienen, sino son el objeto de la ira de un Dios ofendido. No pueden esperar nada sino el más severo de los castigos por toda la eternidad.

Este sería un capítulo aterrador si no fuera por el hecho de que Pablo continúa con un “pero”. Esta conjunción de cuatro letras es el punto fundamental de este capítulo, sí, de toda la carta, y de hecho de todas las Escrituras. La humanidad como grupo se ha metido en un lío terrible; en su impiedad y perversidad toda la gente está en desacuerdo con Dios. Todos están espiritualmente muertos y son enemigos de Dios. Todos merecen el más severo de los castigos.

⁴ Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, ⁵ aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos).

Estos versículos contienen palabras de gran importancia que nos hacen ver el corazón y la mente de nuestro Dios. Pablo puede hablar de un cambio trascendental en nuestra situación. ¿Por qué? Debido a “su [de Dios] gran amor con que nos amó”. El término griego que se usa aquí para “amor” no es la palabra que se refiere a la amistad entre dos personas que encuentran cualidades atractivas la una en la otra y por esto se gustan. En vez de eso, habla de un amor y de un afecto que son totalmente unilaterales. Todo viene de Dios; nada de lo que hay en el hombre pecador, que odia a Dios y que es un cadáver espiritual, hizo que Dios se acercara a él. El amor radicaba únicamente en el corazón de Dios.

El segundo término importante que describe a nuestro Dios Salvador es “misericordia”. Pablo habla de él como el “Dios, que es rico en misericordia”. La misericordia es una cualidad positiva que ciertamente tiene mucho en común con el amor, pero también es algo diferente. La misericordia es la actitud de la mente y del

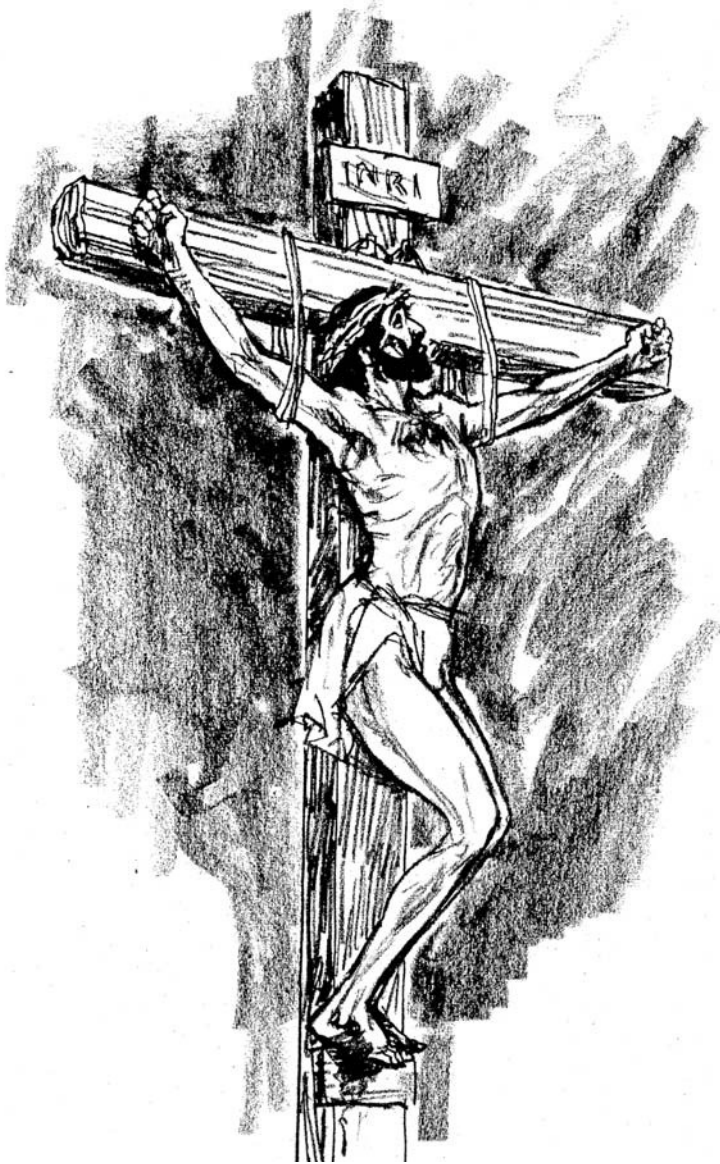
corazón de Dios que lo conmueve a sentir piedad de nosotros cuando ve nuestra condición perdida y desdichada. La misericordia lo induce a la acción.

Y, ¿qué es lo que el amor y la misericordia lo indujeron a hacer? Con justicia éramos el objeto de la ira divina, “pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo”.

Pablo ya nos ha contado del gran poder incomparable que Dios usó para resucitar a Cristo de entre los muertos, pero eso tiene implicaciones de gran alcance también para toda la raza humana. La resurrección de Cristo de la muerte física marcó el cumplimiento de la obra salvadora de Cristo y selló nuestra redención. Hizo posible que nosotros resucitáramos de la muerte espiritual.

Cuando Pablo dice “Dios... nos dio vida juntamente con Cristo”, se refiere al milagro de la conversión. Cuando no podíamos ni levantar un dedo para ayudarnos a nosotros mismos, Dios por medio de su Palabra y de los sacramentos obró la fe en nuestro corazón, creando vida donde antes no había ninguna. De esta manera “aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo”.

El amor y la misericordia de Dios en acción, convirtiendo y dándole la vida a la gente que antes estaba espiritualmente muerta, es algo tan maravilloso y tan sorprendente que Pablo exclama espontáneamente: “Por gracia sois salvos”. Junto con el amor y la misericordia, la gracia es el tercer término al que le debemos prestar atención. Pero en realidad, Pablo se está adelantando un poquito, él va a tratar del concepto de la gracia de una manera más amplia a partir del versículo 8. Por ahora continúa explicando lo que el amor y la misericordia de Dios han hecho por nosotros.



“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe” (2:8)

⁶ Juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, ⁷ para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús,

Pablo nos hace un bosquejo de todo el ciclo de la vida cristiana: pasado, presente y futuro. En el pasado los efesios, incluyendo a Pablo, habían estado espiritualmente muertos, como lo demuestran las obras impías de los efesios y los malos pensamientos y deseos de Pablo. Pero ahora, habiendo sido llevados a la fe en Cristo, están espiritualmente vivos. Eso abre muchas posibilidades nuevas. De cierta manera, los cristianos ya lo tienen todo; incluso ahora en su vida de fe son como si ya estuvieran en el cielo con Cristo. Recordemos la franca afirmación que hace Pablo al terminar el primer capítulo: “[Dios] sometió todas las cosas bajo de sus pies [los de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo”. Cristo tiene todo poder en la tierra y en el cielo, y lo usa plenamente para el beneficio de sus creyentes; por esa razón Pablo dice que aun mientras viven ellos en la tierra, han resucitado con Cristo y realmente están sentados con él en los cielos.

Es evidente que la realización completa de la felicidad absoluta en el cielo, por supuesto, todavía permanece en el futuro. Pero Dios no nos dio la vida para darnos sólo un anticipo pequeño del cielo; lo hizo “para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”. Aunque las bendiciones presentes que Dios nos da son grandes y gloriosas, ni siquiera se pueden comparar con lo que Dios hará por sus creyentes en el cielo. Las Escrituras tratan de ayudarnos para que tengamos una idea de lo que es el cielo. Por ejemplo, dice que la vida en el cielo es como un banquete nupcial de gala, o compara al cielo con una ciudad gloriosa pavimentada de oro y engastada en piedras preciosas. Sin embargo, comparadas con la realidad, todas estas descripciones se quedan cortas. Es claro que así sea, porque lo que Dios nos tiene reservado es

“abundante”, o como lo dice la Nueva Versión Internacional es “incomparable” según la definición de Pablo. Sencillamente no hay nada en el campo de nuestra experiencia presente que se pueda comparar con el cielo, tan grandes son el amor y la misericordia de nuestro Dios “en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús”.

Después de hacerles ver a los efesios la preciosa bendición de la que ya disfrutaban y las riquezas aún mayores que por su fe pueden con confianza esperar en el cielo, Pablo vuelve una vez más a la fuente y la causa de todas estas bendiciones.

⁸ porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios. ⁹ No por obras, para que nadie se gloríe,

Después de dar una idea general de lo que el amor y la misericordia de Dios han hecho, Pablo pone en primer plano el concepto de la gracia. Así como ocurre con el amor y la misericordia, la *gracia* es un término que nos permite entrever el corazón y la mente de Dios. El aspecto esencial de la gracia de Dios es que describe una cualidad del Señor: él tiene la buena voluntad, hasta está gustoso, de darnos a nosotros pecadores, sin mérito alguno, regalos grandes y preciosos. Sustituya usted el término “gracia” por “regalo inmerecido” y captará el sentido de lo que Pablo les dice a los efesios: “Es un *regalo inmerecido* el que ustedes hayan sido salvados por medio de la fe, porque Dios les dio la fe salvadora como un regalo.”

Por definición, la fe es la confianza y la seguridad que el creyente, por la obra del Espíritu Santo, tiene en la Palabra a Dios. Pero recordemos que tanto los judíos como los gentiles, o sea todos los seres humanos, están por naturaleza muertos en transgresiones y en pecados; no pueden llegar por ellos mismos a la fe, no pueden decidir que van a confiar en las promesas de Dios ni aceptar a Cristo como su Salvador. Pablo establece con certeza esta verdad importante con tres afirmaciones claras que no dejan lugar a dudas. Les dice a los efesios que su conversión (1) no salió de ellos

mismos; (2) es el regalo de Dios; (3) no es por las obras. Con estas dos declaraciones negativas y con una positiva Pablo no deja ninguna duda de que la conversión del pecador es una obra de Dios y no del hombre. De modo “que nadie se gloríe” como si la persona hubiera hecho algo para salvarse a sí misma, o si sus obras de alguna manera hubieran contribuido a su salvación. La salvación es por la gracia, es un regalo inmerecido otorgado gratuitamente por Dios sin la contribución de ninguna obra humana.

Sin embargo, lo que Dios quiere de todo cristiano es una vida de buenas obras. Es una parte del proceso creativo, que da vida y el cual Dios puso en marcha cuando en su bondad nos llamó a la fe en su Hijo. Pablo indica el lugar de las obras cuando dice:

¹⁰ pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas.

Con la nueva vida espiritual que Dios nos ha otorgado, en verdad podemos responder a la voluntad de Dios. Somos capaces, aunque de manera imperfecta, de hacer lo que Dios quiere. No es que *tengamos* que hacerlo, sino más bien nosotros *queremos* hacer la voluntad de Dios. Las buenas obras que brotan de la fe son sencillamente una oportunidad de mostrar nuestro aprecio por todo lo que Dios ha hecho por nosotros por medio de Cristo. Sería muy difícil mejorar el análisis conciso de Juan: “Nosotros lo amamos a él [Dios] porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Ni siquiera las buenas obras que realizamos nos dan alguna base para jactarnos. En realidad, no son obras nuestras, simplemente se nos da la oportunidad de hacer las buenas obras que “Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica” (v 10, NVI).

Pablo había hecho ver que nuestra salvación es completa y totalmente el regalo de un Dios misericordioso. Nosotros no

hicimos nada y no tenemos ningún fundamento para vanagloriarnos.

Judíos y gentiles están unidos en una iglesia

En la sección inicial de este capítulo, Pablo les recordó a los efesios gentiles su pasado lamentable y vergonzoso; pero todo esto ha cambiado, ahora que han encontrado a Cristo. Más bien, ahora que Cristo los ha encontrado.

Sin embargo, había tenido lugar otro cambio, un cambio que se había efectuado en mayor escala. Había surgido una nueva era con la venida de Cristo. Aunque Pablo no lo expresa en esos términos, en realidad está invitando a los efesios a ver las grandes posibilidades que han surgido ahora que el *Antiguo Testamento* se ha completado, y que ha comenzado el *Nuevo Testamento*.

Las barreras que Dios puso alrededor de Israel en forma de leyes y reglamentos, para mantenerlos como una nación separada, ya habían cumplido su propósito. Las divisiones entre los judíos y los gentiles se habían convertido en un anacronismo, en una complicación ya pasada de moda e innecesaria. La iglesia cristiana, como la unidad orgánica que es, ahora incluye y une a todos los creyentes en Cristo. Pablo invita a los efesios a ver y a apreciar el cambio al comparar su vida anterior con la que tienen ahora.

¹¹ Por tanto, acordaos de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne, erais llamados incircuncisión por la llamada circuncisión hecha con mano en la carne. ¹² En aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo.

Aceptar la circuncisión era la señal y el sello por el que un varón judío indicaba su voluntad de vivir bajo el pacto de Dios.

La circuncisión significaba que era un “hijo del pacto”, uno que era miembro del pueblo escogido de Dios. Reclamar este estado favorecido para ellos mismos hacía que fuera muy fácil que los judíos miraran con desprecio a los gentiles menos favorecidos. Referirse a los gentiles como “incircuncisión” era un término de reproche, el equivalente a llamarlo un paria y un pecador depravado.

Ciertamente Pablo no aprueba la animosidad ni la parcialidad que hay bajo muchos de los términos burlones y desdeñosos con que los judíos trataban a los gentiles. Pero reconoce un fundamento para las opiniones comunes de los judíos con respecto a los gentiles y para la poca estimación que tenían los judíos del estado espiritual de los gentiles. Tenían razón en pensar que en general los gentiles estaban perdidos.

Para poder ver cuán cierto era esto, los lectores gentiles de Pablo que estaban en Éfeso sólo debían recordar la desdichada condición en la cual se encontraban antes de los días en que Pablo viniera a ellos con el mensaje del evangelio. “Acordaos de que... en aquel tiempo estabais sin Cristo”, dice Pablo. Este era un problema terrible, un obstáculo insuperable. Y Pablo hace énfasis en cuán desesperada era su situación al añadir cuatro descripciones negativas. Los gentiles

estaban alejados de la ciudadanía de Israel,
eran ajenos a los pactos de la promesa,
estaban sin esperanza y
sin Dios en el mundo.

Recordemos que en el pozo de Jacob, Jesús le había dicho a la mujer samaritana: “La salvación viene de los judíos” (Juan 4:22). El hecho de que los gentiles estuvieran “alejados de la ciudadanía de Israel” y fueran “ajenos a los pactos de la promesa” del Mesías era una situación terrible. Hacía que su situación fuera sin esperanza. Con toda razón Pablo podía decir que estaban “sin esperanza” porque estaban “sin Dios en el mundo”. No es que fueran ateos que negaran la existencia de un dios; tenían muchos

dioses, pero éstos eran falsos. No tenían al Dios trino, y por eso no tenían un dios que los ayudara.

Pablo no saca a relucir estos recuerdos para lastimar ni para menospreciar a los efesios, sino para ayudarlos y edificarlos. Quiere que hagan una comparación. Anteriormente estaban sin esperanza y sin Dios en el mundo, pero todo esto ya ha cambiado.

¹³ Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo.

Anteriormente habían estado “sin Cristo”, pero ahora estaban “en Cristo Jesús”. Antes estaban “lejos” del pacto y de la salvación prometida por Dios, pero ahora “habéis sido hechos cercanos”. Note que el verbo de esta última oración está en la voz pasiva. Los gentiles no hicieron nada por acercarse a Dios. Habían sido “hechos cercanos”. Todo era obra de Dios, la cual le costó un precio enorme. Este cambio sólo podía haber ocurrido “por la sangre de Cristo”. “En Cristo”, los gentiles que anteriormente habían sido personas de afuera, ahora habían sido llevados a la iglesia de Dios. Con esto, había comenzado una nueva era. Otra vez, Pablo no usa el término *Nuevo Testamento*, pero en realidad habla de esto.

En el párrafo siguiente el apóstol explica con más detalle cuando habla de este acontecimiento que cambiaría el mundo al dividirlo en tres partes integrantes. La manera como desarrolla su pensamiento tal vez se pueda bosquejar mejor con tres juegos de preguntas y respuestas:

1. ¿De qué manera llevó Dios a cabo el cambio del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento? *Respuesta:* al enviar a Cristo, destruyendo así la barrera de hostilidad que existía (vv. 14,15a).
2. ¿Por qué lo hizo Dios? *Respuesta:* para crear un hombre nuevo que provenía de los dos (vv. 15b,16).

3. ¿Cuáles son los resultados de la obra de Dios en Cristo?

Respuesta: la paz entre los judíos y los gentiles, en la que ambos tenían acceso libre al Padre (vv. 17,18).

¿De qué manera llevó Dios a cabo el cambio del Antiguo Testamento al Nuevo Testamento?

¹⁴ Él es nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, ¹⁵ aboliendo en su carne las enemistades (la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas),

Cuando Pablo habla de la “ley”, es importante que reconozcamos a lo que se refiere. Dios le dio a Israel una ley triple: civil, ceremonial y moral. La ley moral, que se sintetiza en los Diez Mandamientos, expresa la santa e invariable voluntad de Dios para toda la gente de todos los tiempos. Como tal, no sólo implicaba a Israel, sino también a los gentiles. Era malo que ambos adoraran a los ídolos, mataran, robaran o codiciaran.

Sin embargo, la ley civil (que trataba del gobierno de Dios sobre Israel) y las leyes ceremoniales (como las reglas que existían para los alimentos puros e impuros) eran restricciones que abarcaban únicamente a Israel. Por ejemplo, a los gentiles no se les prohibía comer carne de puerco.

El propósito de estas leyes civiles y ceremoniales, que eran únicamente para Israel, era el de mantener a Israel como una nación aparte. Las muchas reglamentaciones, que habían sido cuidadosamente detalladas, eran para cercar y proteger a Israel de la influencia de los paganos hasta que naciera el Mesías prometido.

Esas leyes y reglamentos, que eran tan útiles para mantener separados a los judíos de los gentiles, también originaron una gran cantidad de mala voluntad y odio entre los unos y los otros. Es así que las leyes civiles y ceremoniales se convirtieron en “la pared intermedia de separación”.

La necesidad de mantener a Israel como una nación separada terminó cuando Jesús nació en Belén. Las leyes civiles y

ceremoniales habían cumplido su propósito. Cuando Jesús dijo en la cruz: “Consumado está”, hablaba del cumplimiento de nuestra salvación, pero sus palabras también marcaron el fin del Antiguo Testamento con sus leyes y reglamentos. “En su carne”, Cristo abolió en la cruz “la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas”.

¿Por qué lo hizo Dios?

para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz,¹⁶ y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades.

La cruz de Cristo le puso fin a la fuerza obligatoria de las leyes civiles y ceremoniales del Antiguo Testamento, quitando así la pared intermedia de hostilidad entre los judíos y los gentiles. Sin embargo, el hecho de quitar esta pared de entre estos dos grupos era solamente una parte de la obra de Cristo. El verdadero problema no era entre los judíos y los gentiles, sino entre ambos grupos y Dios. Por consiguiente, el acontecimiento de mayor alcance de la cruz de Cristo fue que su sangre pagó por los pecados de todo el mundo. La vida perfecta de Cristo y su muerte inocente obtuvieron el mérito que valía ante Dios. Le aseguró al pecador la liberación de la culpa de sus pecados.

Pablo llama la atención de sus lectores sobre el hecho de que cuando Dios reconcilió consigo mismo tanto a judíos como a gentiles, también estableció la base para la reconciliación del uno con el otro. Esta reconciliación también estaba en el corazón y en la mente de Cristo porque su propósito era el de “crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre”. De los “dos”, es decir, de los judíos y de los gentiles, Cristo se propuso crear “un solo y nuevo hombre”, o sea, una unidad orgánica: la santa iglesia cristiana. Esta iglesia cristiana es una nueva creación, un pensamiento que Pablo desarrollará de una manera más amplia más adelante en esta carta.

Por ahora, él habla de los resultados de la obra de Cristo. Estos resultados serán más claros para los efesios cuando recuerden su buena suerte de haber sido encontrados por la gracia de Dios y de haber sido incorporados a su rebaño, la iglesia.

¿Cuáles son los resultados de la obra de Dios en Cristo?

¹⁷Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca, ¹⁸porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre.

Cristo no sólo redimió a los pecadores de la culpa y del castigo por sus pecados, sino que también se aseguró de que se proclamaran las buenas nuevas de su victoria sobre el pecado y sobre la muerte. “Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros”, dice Pablo. Es claro que Pablo fue a los efesios, pero él no fue a nombre propio. Era solamente un embajador, un representante que fue “hecho ministro por el don de la gracia de Dios” (3:7). Fue realmente Cristo quien les habló a los efesios a través de los servidores que él había llamado. Por esto el apóstol puede decir que Cristo fue y les predicó.

Las buenas nuevas que les había llevado eran dobles. Primero, Cristo llevó la paz: “paz a vosotros que estabais lejos [los gentiles] y a los que estáis cerca [los judíos]”. Vale la pena repetir que la base de esta paz es la obra redentora de Cristo en la cruz. Eso no sólo reconcilia al pecador con Dios, también es el fundamento para una reconciliación entre los pecadores, forjando así una paz completa, verdadera y duradera.

Un segundo regalo que nos viene a través de la predicación de la reconciliación en Cristo es el darse cuenta de que existe igualdad entre los pecadores que han sido perdonados. Pablo se refiere a esto cuando dice: “Porque por medio de él [Cristo] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”. Tanto los creyentes judíos como los gentiles están en un mismo

plano, ambos pueden acudir directamente al Padre con sus oraciones y peticiones.

Recordemos que el estado de los judíos y de los gentiles ante Dios se convirtió en un asunto de debate en Galacia, donde los judaizantes estaban les causando problemas a las congregaciones del lugar. Los judaizantes eran los judíos cristianos que reconocían la necesidad de la fe en Cristo, pero que desgraciadamente, tenían la opinión de que la fe por sí misma no era suficiente para la salvación. Alegaban que los conversos gentiles también debían guardar las leyes y reglamentos ceremoniales del Antiguo Testamento. En efecto, decían que los gentiles conversos se tenían que acercar a Dios por medio del judaísmo, es decir, se tenían que convertir en seguidores del judaísmo.

En su carta a los Gálatas Pablo se opuso fuertemente a este punto de vista, asegurando que la salvación es por la fe sola sin la añadidura de ninguna obra ni acción humana. Pablo les escribió a los gálatas en estos términos: “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26-28) Pablo les dice aquí la misma cosa a los efesios: “Porque por medio de él [Cristo] los unos [los judíos] y los otros [los gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre”.

La correcta comprensión de esto tiene implicaciones mayores para la relación entre los judíos y los gentiles en la iglesia cristiana; como recordará la iglesia, este es el tema central de la carta de Pablo a los Efesios.

¹⁹ Por eso, ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios, ²⁰ edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo. ²¹ En él todo el edificio, bien coordinado, va creciendo

para ser un templo santo en el Señor; ²² en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.

Por causa de su fe en Cristo, los cristianos gentiles de Éfeso y los creyentes gentiles en general tienen el mismo acceso a Dios del que disfrutó todo el tiempo el pueblo del pacto. Eso le permite a Pablo sacar una conclusión. Comienza esta sección con las palabras introductoras: “Por eso”. Es como si él estuviera diciendo: ya que vosotros los efesios tenéis el mismo acceso directo a Dios como el que siempre tuvo el pueblo del pacto, entonces la conclusión es que “ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios”.

Recordemos que anteriormente cuando los efesios gentiles estaban sin Cristo, habían estado “alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa” (v 12). Todo esto ha cambiado debido a su fe en Cristo. Ahora ya no carecen de un lugar en el reino de Dios, ahora son conciudadanos con el pueblo de Dios.

No solamente son ciudadanos del mismo reino, sino que están aún más cerca que esto; son miembros de la misma familia. Dios es su Padre después de todo y ellos, al igual que los creyentes judíos, tienen acceso a él.

Hasta ahora Pablo ha tratado de ayudarles a sus lectores para que tengan una idea del vínculo tan cercano que existía en la iglesia entre los gentiles cristianos y los judíos creyentes, al hacer que les presten atención a los conceptos como el de la ciudadanía de un reino o el de ser miembros de la misma familia. Ahora cambia y les presenta la comparación de un edificio y los hace pensar en la unidad y en la coherencia que existen entre las varias partes de la estructura de un edificio: el fundamento, la piedra del ángulo, las paredes que se levantan para formar la superestructura. Dice que los efesios están “edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo”.

Pablo afirma que el fundamento firme de la congregación efesia es la doctrina que Cristo les dio por medio de sus profetas del Antiguo Testamento y de los apóstoles del Nuevo Testamento. A través de los tiempos ha habido un único plan de salvación. Los creyentes del Antiguo Testamento esperaban con ansiedad al Mesías o Salvador que vendría. Los creyentes del Nuevo Testamento miran en retrospectiva al Salvador que ya ha venido. Por eso a los apóstoles y a los profetas, que eran portadores de la Palabra de Dios acerca del Salvador, con justicia se les puede llamar “el fundamento” de la congregación de Éfeso, y el Cristo que ellos predicaban es su principal piedra del ángulo.

Pero lo que sucede en Éfeso no es más que una pequeña muestra de lo que pasa en todo el mundo, dondequiera que se predique el evangelio. “En él [en Cristo] todo el edificio”, afirma el apóstol, “bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor”. El “templo” al que Pablo se refiere es la santa iglesia cristiana, es la suma total de todos los creyentes, los que en tiempos pasados esperaron con fe al Mesías que iba a venir y los que en el presente confían en los méritos del Salvador que ya ha venido. Mientras el evangelio avanza a través del mundo, diariamente se añaden nuevos creyentes a esta iglesia.

Así como los carpinteros y los artesanos le añaden más y más partes a un edificio cuando ya está por terminarse, de la misma manera Cristo también edifica su iglesia al añadir un creyente a la vez. A cada creyente se le coloca cuidadosamente en su lugar, a todos los conoce por nombre, todos son importantes para el Edificador. Todos cumplen un propósito (recordemos las “buenas obras, las cuales Dios dispuso de antemano a fin de que las pongamos en práctica”, del versículo 10, NVI). Por eso Pablo les puede dar a sus lectores esta seguridad: “En quien [Cristo] también vosotros sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”.

Pablo les predicó a los gentiles el plan eterno de Dios para la salvación

Se revela “el misterio” de la gracia de Dios

3 Por esta causa yo, Pablo, prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles...

Cuando Pablo dice: “Por esta causa”, se refiere al pensamiento central que se explicó en el capítulo 2, es decir, la unidad en Cristo que une tanto a judíos como a gentiles en una sola iglesia. Le quiere pedir a Dios que ilumine a los efesios para que comprendan de una manera más completa cuán grande es en realidad el amor de Cristo por ellos. La oración de Pablo terminará con la petición de que Dios capacite a los efesios para “comprender... cuál [es] la anchura, la longitud, la profundidad y la altura... [del] amor de Cristo” (v 18).

En este versículo (3:1), que forma la introducción a su oración, Pablo se refiere a sí mismo como “prisionero de Cristo Jesús por vosotros los gentiles”. Recordemos que esta carta a los Efesios fue escrita cuando Pablo se encontraba detenido en Roma, esperando ser llevado a juicio debido a sus actividades cristianas. Habla como prisionero “por vosotros los gentiles”. Esta expresión se debe explicar un poco más, y por esto antes de comenzar su oración, se aparta un poco del tema central para mostrar la manera en que su ministerio a los gentiles encaja en el plan eterno de Dios.

²Seguramente habéis oído de la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros, ³pues por revelación me fue declarado el misterio, como antes lo he escrito brevemente. ⁴Al leerlo podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, ⁵el cual en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu: ⁶que los gentiles son coherederos y miembros del

mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio,

La traducción de la versión Reina-Valera del versículo 2 reproduce apropiadamente lo que dice el original, pero hace que se pierda el énfasis que Pablo quería darle. El punto clave está en las últimas palabras, “para con vosotros”. Podríamos hacer una paráfrasis de este versículo: “Seguramente han oído que era *para beneficio de ustedes*, no para mi beneficio, que Dios me llamó a administrar su gracia.” Es evidente que la predicación fiel de la gracia de Dios a los gentiles le ocasionó dificultades a Pablo con sus paisanos judíos y lo llevó a ser enjuiciado por el sistema legal romano. Sin embargo, a fin de cuentas, no escogió el oficio de administrarles la gracia de Dios a los gentiles. “Me fue dada”, dice él. Y así también le fue dado el mensaje.

Pablo nunca hubiera podido entender este mensaje por sí mismo. Más bien, fue por revelación que “me fue declarado el misterio”. En el Nuevo Testamento el término “misterio” se usa aproximadamente 20 veces. Pablo es quien lo usa con mayor frecuencia y usualmente lo hace en el sentido que se quiere ilustrar aquí. Pablo no habla de algo misterioso en el sentido de que sea vago, oscuro, ni difícil de entender, sino más bien de algo que necesita ser explicado. Después de haber sido explicado, queda perfectamente claro, pero sin esa ayuda uno nunca hubiera caído en la cuenta de lo que es. Pablo indica que recibió esta ayuda de Dios por medio de la revelación.

¿Cuál fue el misterio que se le explicó a Pablo? En el versículo 6 Pablo dice: (el misterio es) “que los gentiles son coherederos y miembros del mismo cuerpo, y copartícipes de la promesa en Cristo Jesús por medio del evangelio”.

La clave del misterio que se le reveló a Pablo está en la idea de unión que se usa tres veces en el sentido de compartir. En realidad, en el griego original la idea de “unión” se encuentra en el sustantivo. Se refleja esto al usar las palabras compuestas en español con el prefijo *co-*. A Pablo se le dio a entender que por

medio de la fe en Cristo los gentiles eran *co-herederos* con los judíos creyentes, *com-partidores* de un mismo cuerpo, es decir, de la iglesia, y *co-partícipes* con Israel de la salvación que nos ha ganado el mérito de Cristo. Esta igualdad entre judíos y gentiles es paralela con aquello de lo que Pablo había hablado anteriormente cuando afirmó que el propósito salvador de Cristo al reconciliar al mundo era “para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre” (2:15). Parece que Pablo hace alusión a la manera en que él trató este tema antes en su carta cuando dice: “Como antes lo he escrito brevemente.” Apremiándolos a regresar a esa sección, Pablo explica: “Al leerlo podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo, el cual en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, como ahora es revelado a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”.

Se impone una palabra de precaución para que no interpretemos mal las palabras de Pablo y saquemos las conclusiones equivocadas de que los gentiles no podían ser salvados, ni Dios tenía ningún interés en ellos durante el tiempo del Antiguo Testamento. Recordemos que en el Antiguo Testamento, Dios había dicho por medio del profeta Ezequiel: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva” (33:11). Estas palabras se aplicaban tanto a los gentiles como a los judíos.

Sin embargo, siendo éste el caso, Pablo todavía puede decir que el misterio de Cristo “en otras generaciones no se dio a conocer a los hijos de los hombres, *como ahora es revelado* a sus santos apóstoles y profetas por el Espíritu”. En efecto, sin usar el término *Nuevo Testamento*, Pablo dice: ahora estamos en una nueva era en la que las profecías del Antiguo Testamento ya se han cumplido y el Mesías ya ha venido. En este nuevo orden de cosas, el evangelio se anuncia no sólo a los judíos, sino también a los gentiles. Eso se ilustra con el llamado que, en su misericordia, Dios me hizo.

*Pablo anuncia el misterio**Llamado de Pablo*

⁷ del cual yo fui hecho ministro por el don de la gracia de Dios que me ha sido dado según la acción de su poder.

⁸ A mí, que soy menos que el más pequeño de todos los santos, me fue dada esta gracia de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo, ⁹ y de aclarar a todos cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas,

Pablo dice: “Yo *fui hecho* ministro”. Originalmente no lo era; a él siempre le quedó la pena de que anteriormente en su carrera como fariseo ferviente se había opuesto violentamente a Cristo y había sido un despiadado perseguidor de los cristianos. En una ocasión, mientras iba a Damasco para dirigir una redada contra los cristianos de esa ciudad, el Cristo resucitado le hizo frente en el camino. Literalmente lo hizo caer al suelo y lo reprendió con brusquedad, diciéndole: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” (Hechos 9:4; lea 9:1-19; 22:6-16; 26:12-18 para ver la descripción que da Pablo de la manera como había sido llamado).

Por medio de “la acción de su poder [el de Cristo]”, Pablo se había convertido al cristianismo, en un “ministro” que voluntariamente había aceptado la misión de llevarles el mensaje de Cristo a los gentiles. Es verdad que Pablo no hubiera buscado ni merecido esta tarea, era un regalo. Anteriormente hemos visto que la palabra *gracia* con frecuencia se puede sustituir con el término *regalo inmerecido*. Fíjese usted en la manera tan apropiada como esto encaja aquí. Aunque él es “menos que el más pequeño de todos los santos”, Pablo reconoce con gratitud que “me fue dada esta gracia [regalo inmerecido] de anunciar entre los gentiles el evangelio de las insondables riquezas de Cristo, y de aclarar a todos cuál sea el plan del misterio escondido desde los siglos en Dios, el creador de todas las cosas.”

Los dos infinitivos (anunciar, aclarar) no se refieren a cosas separadas ni diferentes, sino que juntos explican y definen en qué consistió el regalo inmerecido que recibió Pablo. Tuvo el privilegio de poner de manifiesto lo que no había sido claro antes, es decir, el lugar de los gentiles en el plan de Dios. Por revelación Pablo recibió la información del misterio que por siglos había estado escondido en Dios, que creó todas las cosas. Ahora se reveló el “misterio” de la igualdad que existía entre judíos y gentiles en una sola iglesia.

El propósito de Dios

¹⁰ para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales, ¹¹ conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús, nuestro Señor,

Como Creador, Dios se reservó el derecho de revelarles esta información a sus criaturas en el mejor tiempo posible. Pablo nos da una visión de las razones que tuvo Dios para manifestar este misterio. Desde la eternidad, Dios tenía un plan de salvación para poder rescatar a la humanidad caída. Recordemos que en el primer capítulo de esta carta Pablo les había asegurado a los efesios: “Nos escogió [Dios] en él [Cristo] antes de la fundación del mundo” (versículo 4). Dios siempre tuvo la intención de enviar a su Hijo como el Salvador y de que naciera como verdadero hombre para que pudiera ser nuestro sustituto.

Para poner su plan en marcha, Dios en su sabiduría escogió a Abraham de entre todas las familias de la tierra y lo convirtió en el padre de la nación judía. A esa nación le dio una tierra especial, estableció su pacto con ellos, los mantuvo aparte de las otras naciones y les dio leyes y reglamentos especiales. Todo eso fue para mantenerlos como un pueblo aparte hasta que viniera “el cumplimiento del tiempo” (Gálatas 4:4) en que el Salvador prometido nacería en la persona de Jesús de Nazaret.

Después de la vida perfecta de Jesús en la tierra y de su muerte inocente en la cruz, Dios resucitó a su Hijo de entre los muertos y lo recibió en el cielo en la Ascensión. De esa manera, en Cristo Jesús, Dios cumplió con su propósito eterno de redimir a todos los pueblos, tanto a gentiles como a judíos.

La intención de Dios era que la iglesia cristiana abarcara a todos los redimidos, es decir, a gente “de todo linaje, lengua, pueblo y nación”, como le inspiró al apóstol Juan a escribir en Apocalipsis (5:9). Sin embargo, el proceso de llegar a ser una iglesia mundial implicaba ciertas etapas. La iglesia que nació en Jerusalén el día de Pentecostés era en su gran mayoría una iglesia judía cristiana. Es verdad que entre los asistentes había gente que provenía de diferentes naciones (Hechos 2:5-11), pero predominantemente eran descendientes de judíos que regresaban a Jerusalén para una de las fiestas anuales de los peregrinos.

La primera afluencia de personas que no eran judías a la iglesia cristiana está registrada en el capítulo 8 del libro de los Hechos, donde se nos dice que Felipe “descendiendo a la ciudad de Samaria, les predicaba a Cristo” (v 5). Recordemos que los samaritanos eran de una raza mestiza que se desarrolló en Palestina después de que la mayoría de los israelitas fueron llevados al cautiverio. Los pocos judíos que habían quedado en la Tierra Prometida después de la deportación formaron matrimonios mixtos con las personas expatriadas a quienes los vencedores habían implantado allí para que habitaran esa tierra que estaba vacía. Es así que resultó una raza mixta, que los judíos nunca llegaron a reconocer como parientes, a pesar de que parte de sus genes eran judíos. Al hacer una apreciación justa de esta situación, a los samaritanos se les podría llamar medio judíos.

En todo caso, por medio de un despliegue visible del Espíritu Santo, que se compara a lo que sucedió en Jerusalén en el día de Pentecostés, Dios indicó que por virtud de su fe en Cristo estos samaritanos, que eran medio judíos, fueran acogidos en la iglesia cristiana. (Hechos 8:14-17).

Cornelio, que era un centurión romano y completamente gentil, fue el caso de prueba por medio del cual el Espíritu Santo indicó que Dios aceptaba en la iglesia a los que no tenían nada de judíos. No fue una lección fácil de aprender. Después de haber recibido la visión del gran lienzo que era bajado de los cielos a la tierra y contenía animales puros e impuros y se le dijo a Pedro que comiera (Hechos 10:9-16), incluso después de esto, el apóstol todavía tenía cierto recelo de entrar al hogar gentil de Cornelio. Pero aquí también el Espíritu Santo descendió sobre estos gentiles, cuando Cornelio y los de su casa respondieron con fe al mensaje de Cristo que Pedro les había anunciado (vv. 44-48).

No obstante, la verdadera obra misionera entre los gentiles se rezagó por un tiempo. Lucas dice: “Ahora bien, los que habían sido esparcidos a causa de la persecución que hubo con motivo de Esteban, pasaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, sin hablar a nadie la palabra, sino sólo a los judíos. Pero había entre ellos unos de Chipre y de Cirene, los cuales, cuando entraron en Antioquía, hablaban también a los griegos, anunciando el evangelio del Señor Jesús. Y la mano del Señor estaba con ellos, y gran número creyó y se convirtió al Señor” (Hechos 11:19-21).

Sin embargo, fue en Antioquía de Siria en donde la obra misionera realmente empezó a florecer, especialmente después de que Pablo llegó. Nuevamente Lucas es de mucha ayuda: “Después fue Bernabé a Tarso en busca de Saulo; y cuando lo halló, lo llevó a Antioquía. Se congregaron allí todo un año con la iglesia, y enseñaron a mucha gente. A los discípulos se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía” (Hechos 11:25,26).

Todo esto fue una preparación para el momento en que Dios enviaría formalmente a Pablo como misionero suyo a los gentiles. Lucas registra la comisión que se les dio Pablo y a Bernabé para esta obra en los versículos iniciales de Hechos 13. Pablo tiene presente esta comisión como misionero cuando les escribe a los efesios acerca del regalo inmerecido que Dios le ha otorgado: predicarles a los gentiles las inescrutables riquezas de Cristo.

Aunque tomó algún tiempo preparar los medios para atraer a los gentiles, Pablo les dice a los efesios que el plan de Dios estaba funcionando perfectamente como él lo había ideado. “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”.

Dios le reveló a Pablo el misterio de la igualdad que existía entre los creyentes judíos y gentiles para que ahora, por medio del anuncio del evangelio que iba a hacer el apóstol, la iglesia cristiana pudiera crecer y florecer. De esa manera, en el crecimiento de la iglesia, todas las personas llegarían a conocer el bondadoso y misericordioso propósito de Dios de salvar a los pecadores.

Pero no sólo la gente llegará a conocer su plan, Dios también se lo hará saber a “los principados y potestades en los lugares celestiales”. En el primer capítulo Pablo enumeró cuatro títulos o categorías de poder espiritual: principado, autoridad, poder y señorío (v 21). Allí habló de todos los poderes espirituales, de los malos y también de los buenos. Parece que Pablo redujo su campo, precisamente para hablar sólo de los buenos poderes, es decir, de los ángeles. Ellos también están auténticamente interesados en la difusión del evangelio y en el crecimiento de la iglesia, como lo indicó Pedro cuando dijo: “Aun los mismos ángeles anhelan contemplar esas cosas” (1 Pedro 1:12, NVI).

El plan de Dios para la iglesia ya está perfectamente encarrilado y lleva las mayores bendiciones. Una de las bendiciones, aunque no la menor, es el acceso libre al Padre.

Las bendiciones del creyente

¹² en quien tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él. ¹³ Por eso, pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria.

Cuando Pablo habla en la primera persona “tenemos”, él (un judío) también se incluye junto con los efesios gentiles. Las barreras que existían entre ambos grupos habían sido quitadas en Cristo: barreras entre unos y otros, pero aún más importante que todo esto: las barreras que había antes entre el pecador y Dios. Por eso los dos grupos ahora tienen acceso libre a Dios. No se exigen sacrificios preliminares, no hay necesidad de ningún sacerdote ni intercesor. Tanto judíos como gentiles se pueden acercar directamente a Dios. No sólo tienen la *libertad* de acercarse a Dios, sino que también tienen el gozo y el placer de acercarse *con confianza*, sin reservas, “como hijos amados a su amoroso padre”.

Ni siquiera el encarcelamiento de Pablo les puede obstaculizar la gloriosa confianza de que Dios está a cargo. El encarcelamiento de Pablo no es ningún contratiempo, sino parte del plan de Dios para hacer avanzar el crecimiento de la iglesia. Enfocará con mayor claridad la “gloria” que ahora gozan los gentiles por virtud de su estado afortunado en el plan global de Dios (para encontrar una afirmación posterior de Pablo de que su confianza no estaba mal depositada con respecto a su encarcelamiento actual, vea Filipenses 1:12-14).

Oración para que Dios permita a los efesios comprender el amor de Cristo

¹⁴ Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo ¹⁵ (de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra), ¹⁶ para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; ¹⁷ que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, ¹⁸ seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, ¹⁹ y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

Ustedes recordarán que Pablo comenzó este capítulo con lo que entonces describimos como la *introducción* a una oración. Antes de entrar de lleno en la oración, Pablo se apartó un poco del tema para explicar el misterio revelado por Dios: que en la iglesia cristiana Dios se complace en tener a los creyentes en Cristo, judíos y gentiles, como iguales. De parte de Dios recibió Pablo el regalo inmerecido de ser el escogido para revelar el misterio, enviándolo como el portador de sus buenas nuevas, especialmente a los gentiles.

Entonces, para que los gentiles en general y sus lectores efesios en especial pudieran entender la verdadera grandeza de lo que Dios había hecho por ellos en Cristo, Pablo vuelve a su oración para que sean iluminados.

Esta oración consiste esencialmente en tres peticiones que van seguidas por una doxología, una afirmación de alabanza a Dios. Pablo le pide a Dios que otorgue a los efesios la fuerza, el conocimiento y la plenitud.

Sin embargo, éstas no son tres cosas aisladas ni separadas; todas van juntas. Podríamos vincularlas y ampliarlas un poco al ponerlas en una sola oración, así como Pablo ora para que Dios *fortalezca* al nuevo hombre que ahora existe en los efesios, para que lleguen al *conocimiento* de la grandeza del amor de Cristo y así obtengan un entendimiento más profundo de la *plenitud* que es de ellos como miembros de la familia de Dios.

Petición para que tengan fortaleza

En Cristo, Dios es el Padre de todos los creyentes. Por eso los creyentes de todos los tiempos están unidos en una sola familia, la santa iglesia cristiana. Esa familia incluye a los creyentes que ya están glorificados en el cielo así como también a los que todavía viven en la tierra.

Como miembro de esta gran familia, Pablo se acerca abiertamente a Dios como su Padre celestial. En esta oportunidad ora por otros miembros de la familia, en especial por los efesios. Pablo se arrodilla en humildad reverente “ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, (de quien toma nombre toda familia en los cielos

y en la tierra)”, y presenta su intercesión. Ruega: “Para que [Dios] os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”.

Pablo suplica que Dios les otorgue a los efesios la fuerza, o sea la fortaleza *espiritual* que viene solamente a través del Espíritu Santo. La obra del Espíritu afecta al “hombre interior”, es decir, al nuevo hombre que fue creado cuando los efesios fueron llevados a la fe. Ese nuevo hombre crece cuando el Espíritu continúa obrando en los creyentes por medio de la Palabra y de los sacramentos, haciendo que se sientan más confiados y seguros de su salvación a medida que aumenta su fe en Cristo.

La verdadera obra del Espíritu Santo es hacer que Cristo more en el corazón de los creyentes. Es importante tener esto siempre presente, especialmente en una época en la que la gente que habla de los dones carismáticos del Espíritu probablemente está pensando en hablar en lenguas o en llevar a cabo curaciones como si esa fuera la verdadera obra del Espíritu.

Recordemos lo que dijo Cristo el Jueves Santo acerca de la obra del Espíritu: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, *él dará testimonio acerca de mí*” (Juan 15:26). La obra principal del Espíritu es promover a Cristo: llevar a la gente a la fe en Cristo y después fortalecer esa fe. Por eso Pablo le pide a Dios que envíe su Espíritu Santo para que lleve a cabo su obra fortalecedora en el corazón de los efesios “para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones”.

Petición para que tengan conocimiento

La segunda petición de Pablo por los efesios es que, siendo poderosamente fortalecidos por el Espíritu en su nuevo hombre, puedan comprender la grandeza del amor de Cristo por ellos. Por lo tanto, continúa, diciendo: “A fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con

todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento”.

Pablo ora por la gente que ha estado “arraigada y cimentada en amor”. “Arraigada” implica la imagen de una planta viva y exuberante, lista para crecer. “Cimentada” sugiere una imagen diferente; literalmente significa “establecida sobre una base” o “edificada sobre un fundamento”. Los efesios están arraigados y cimentados en el amor que Cristo ha mostrado por ellos.

Pablo les pide a los efesios que se detengan y piensen en el asombroso amor de Cristo. Cuando estaban muertos en transgresiones y en pecado (2:1), Dios envió a su Hijo a sufrir y a morir por ellos. De esta manera les dio la vida y por medio de la fe los llevó a su iglesia.

Los efesios habían experimentado este asombroso amor en su propia vida, pero sólo habían empezado a conocerlo. Pablo ahora pide que Dios les permita captar o comprender hasta qué punto llega el amor de Cristo. Sugiere que los efesios piensen en la manera como el amor de Cristo se extiende en todas direcciones (anchura, longitud, profundidad, altura) para abarcar “a todos los santos”, es decir, a todo creyente que vivió alguna vez. Cristo ha hecho por todo creyente de todos los tiempos y en todo lugar exactamente lo mismo que hizo por los efesios, ¡tan grande es su amor por tanta gente que era tan indigna y no merecía ser salvada! En Cristo, Dios llegó a todos ellos y los llevó al gran templo que está edificando: la santa iglesia cristiana (2:21).

Pablo admite que comprender por completo el amor que Dios ha mostrado a la iglesia y a través de ella verdaderamente “excede a todo conocimiento”, pero ora para que los efesios por lo menos comiencen a comprender la grandeza del amor de Cristo.

Petición para que tengan la plenitud de Dios

Sin embargo, Pablo no ora solamente para que los efesios lleguen a tener un conocimiento y entendimiento abstractos; quiere

que participen plenamente de los buenos dones de Dios. Por esto él continúa: Oro “para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios”.

Es claro que Dios tiene una “plenitud” total. Él lo creó todo es el dueño de todo, lo controla todo. Y sin embargo, nos permite a nosotros, sus hijos amados, acercarnos a él con toda confianza. En realidad, nos invita a orar con la certeza de que él nos oirá. La oración de Pablo es el modelo de la petición que se hace con valor. No hay nada de timidez en ellos; no pide sólo migajas, sino el pan completo. Ruega porque los efesios sean “llenos de toda la plenitud de Dios”. Podríamos decir que pide que los efesios reciban con abundancia todos los beneficios que Dios concede a través de su iglesia.

Doxología

²⁰Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, ²¹a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

Es significativo que Pablo nuevamente llame la atención de los efesios sobre la experiencia personal que habían tenido con el poder de Dios. Este gran poder los había llevado a la fe y los había convertido en miembros de la iglesia de Cristo. Es como el poder que Dios usó para resucitar a Cristo de entre los muertos (1:19,20).

Basándose en las obras poderosas que Dios ya había realizado, Pablo lo puede invocar con confianza como “Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos”. Nada es imposible para Dios, por eso nunca podemos pedir demasiado. Y como tenemos un Dios como éste, bien nos podríamos unir a la doxología de Pablo y decir: “¡A él sea la gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas



*“Hay un solo cuerpo, y un solo Espíritu,
como fuiste también llamados en una misma esperanza de
vuestra vocación” (4:4).*

las edades, por los siglos de los siglos!” Pablo cierra su oración con un “amén”, lo cual quiere decir: “Esto es ciertamente la verdad. Va a suceder”.

Nos hemos dado cuenta de que los versículos 14 a 21 son como una oración de intercesión que Pablo hizo por los efesios. Pero durante siglos los cristianos han orado esto también. Cambiemos a la primera persona y veamos lo apropiada que resulta esta petición porque cada uno de nosotros la puede decir.

Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda parentela en los cielos y en la tierra, para que me dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser vigorizado con poder en el hombre interior por medio de su Espíritu; para que habite Cristo por medio de la fe en mi corazón, a fin de que, arraigado y cimentado en amor, yo sea plenamente capaz de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad, y la altura, y de conocer el amor de Cristo que sobrepasa a todo conocimiento, para que yo sea llenado hasta toda la plenitud de Dios.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pido o pienso, según el poder que actúa en mí, a él sea gloria en la iglesia y en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA PARTE

LOS BIENAVENTURADOS EFECTOS DE LA GRACIA SALVADORA DE DIOS (EFESIOS 4:1–6:20)

Las cartas de Pablo tienden a dividirse en dos partes iguales: la primera es la parte doctrinal y la segunda es la sección “práctica”. Esta “práctica” se debe entender como una aplicación de la doctrina a la vida diaria del lector.

Esta pauta también se puede ver en la carta a los Efesios. Los tres primeros capítulos trataron de las grandes cosas que Dios ha llevado a cabo en Cristo para nuestro beneficio. La iglesia cristiana se estableció por medio de la obra redentora de Cristo. En esta iglesia, y debido a la asombrosa gracia de Dios, tanto a judíos como a gentiles se les recibe como iguales y “[son] juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (2:22). Así los tres últimos capítulos tratan de la respuesta del cristiano a la gracia de Dios. ¿De qué manera quiere Dios que se conduzcan los cristianos? Es evidente que la respuesta es: con una vida de santidad.

La vida de santidad

Pablo da algunos consejos que son más o menos específicos para llevar una vida santa; esos consejos se pueden resumir en tres títulos mayores. La santidad de la vida se debe mostrar en:

1. La unión que existe entre los creyentes (4:1-16);
2. Llevar una vida pura (4:17–5:20);
3. Asumir la responsabilidad de vivir de acuerdo con nuestra condición de ser cristianos (5:21–6:9).

La santidad se debe mostrar en la unión que existe entre los creyentes

4 Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados: ² con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, ³ procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: ⁴ un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; ⁵ un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, ⁶ un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.,

Pablo nos recuerda que es el embajador de Dios, que ha sido comisionado para predicar el evangelio. Llevó a cabo esa tarea hasta el punto de ser arrestado y encarcelado por sus esfuerzos. Pero ni siquiera por estar encarcelado deja de ayudar a sus amados efesios. Pablo, como padre espiritual y consejero, quiere ver un equilibrio entre el llamado cristiano de ellos y su conducta en la vida diaria.

Los efesios no llegaron a la fe por ellos mismos ni tampoco lograron el acceso a la iglesia cristiana por sí mismos. No, habían sido “llamados” por la gracia de Dios. En su amor Dios les envió a su Espíritu Santo a través del evangelio que Pablo predicó. El Espíritu Santo los llevó a la iglesia porque él es el que “llama, congrega, ilumina y santifica” a las personas. Cuando estaban “muertos [en]... delitos y pecados” (2:1), el Espíritu les dio vida: una nueva vida con grandes posibilidades. Debido a que los efesios tienen esta nueva vida en Cristo, Pablo puede esperar una respuesta apropiada de ellos cuando les dice: “Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”.

¿Cuál es el tipo de vida que Pablo, mejor dicho, Dios espera? Pablo enumera cuatro características divididas en dos pares.

Pablo dice primero: “con toda humildad y mansedumbre”. El hecho de darse cuenta de su propia indignidad ante Dios los hará humildes, y es en ese espíritu de humildad que deben ser amables con otros. Esas dos cualidades internas son características que salen a relucir en los efesios.

Las dos características siguientes incluyen irritaciones y agravios causados por otros. Aquí Pablo los exhorta, diciendo “soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”. El amor es la clave para tener paciencia y soportar a los otros. Nuevamente, la palabra griega que se usa aquí es la del amor desinteresado que no espera ninguna recompensa, sino que sencillamente proyecta a otros el amor inmerecido y desinteresado que ha recibido de un Dios misericordioso (vea 4:32; también vea Colosenses 3:12-14, especialmente el versículo 13).

¿Por qué los efesios se deberían molestar porque hay hermanos fastidiosos e irritantes? Pablo les hace ver que hay mucho en juego. Los exhorta a que siempre estén “procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”.

Está en peligro nada menos que “la unidad del Espíritu” y cuando Pablo habla de ella, es necesario que veamos claramente que el Espíritu Santo la ha logrado. Es la unidad que existe en la santa iglesia cristiana, a la que el Espíritu Santo ha llevado a todos los creyentes en Cristo. No es nada que dependa de nosotros, ni que podamos crear con nuestras acciones correctas, ni con nuestra conducta. No sucede porque nosotros procuremos “mantener la unidad”. Más bien, Pablo nos advierte que no debemos arruinar la buena obra del *Espíritu Santo* con nuestras acciones, ni perder la unidad que *él* establece, porque eso puede suceder si perturbamos la paz con peleas insignificantes y con acciones desconsideradas.

Se hace evidente lo grande y preciosa que es esta unidad cuando Pablo dice que es la obra maestra del Dios trino. Las tres personas de la Deidad (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo) participaron para efectuar esta unidad. Pablo muestra esto en una

tabla que comienza en el versículo 4. Elabora tres juegos de tres cosas cada uno: un grupo para cada persona de la Trinidad. De una manera interesante, invierte el orden de lo que nosotros estamos acostumbrados a ver. Pone a las personas en este orden: Espíritu, Hijo, Padre.

En el primer grupo Pablo hace énfasis en la contribución del Espíritu a la unidad de la iglesia al juntar tres elementos; todos son presentados con el adjetivo numérico “uno”. Dice: hay “*un solo* cuerpo y *un solo* Espíritu*”, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación”. Ya hemos visto que el Espíritu Santo llama, congrega e ilumina a las personas. En este versículo Pablo les recuerda dos veces a los efesios que fueron “llamados” a formar parte de un solo cuerpo, la santa iglesia cristiana. Si se quiere decir que tienen “un espíritu”, en este cuerpo todas las personas tienen el mismo corazón y la misma mente. Pues todos tienen una esperanza que es la misma, es decir, la eternidad con Dios en el cielo.

Con respecto al segundo miembro de la Trinidad, Pablo establece esta tríada: “*un solo* Señor, *una sola* fe, *un solo* bautismo”. En la explicación que da Lutero del Segundo Artículo del Credo Apostólico confesamos que Jesús nos compró y nos ganó, no con oro ni plata, sino con su santa y preciosa sangre; y lo hizo para que nosotros pudiéramos ser suyos. Le pertenecemos, él es nuestro *Señor*, y el único Señor que queremos o necesitamos. Además, por definición todos los creyentes creen en él. Él es el *objeto de su fe*. “En ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hechos 4:12). Y el camino para llegar a la fe en Cristo es a través de los medios de gracia, mediante la Palabra y los sacramentos. Al hacer énfasis en la unidad que existe entre los miembros de la iglesia, Pablo llama la atención de manera especial

*El griego original literalmente dice que todo fue reunido “bajo una cabeza”. La Reina Valera Actualizada, como la New International Version (en inglés) dan esta traducción.

al *bautismo*, muy probablemente porque es el sacramento universal para todas las edades.

En la tercera triada Pablo cambia la forma y nos da tres preposiciones para destacar la actividad misericordiosa de Dios. Hay sólo un Dios, nuestro Padre celestial, que “es *sobre* todos y *por* todos y *en* todos”. Nuestro Padre celestial, que todo lo puede, cuida a todos, vigila y es *sobre* todos. Con su misericordia sin igual obra *a través de* sus creyentes, para cumplir con su propósito salvador. En realidad, es tan cercana la relación que existe entre Dios y sus creyentes que Pablo aun puede decir que Dios mora *en* ellos. Aunque esto pueda parecer muy confiado y atrevido, en verdad Pablo no está diciendo nada más que lo que Jesús mismo les prometió a sus seguidores en la Última Cena: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre lo amará, y vendremos a él y haremos morada con él” (Juan 14:23).

El tema de Pablo en toda esta sección es una unidad maravillosa que une a los efesios unos con otros (en su congregación local, o “iglesia visible”) y también los une a todos los otros creyentes de la iglesia cristiana de todo el mundo (la “iglesia invisible”). Por lo tanto, en su vida diaria santificada, los efesios no deben hacer nada que arruine esta gran bendición. En vez de esto, deben estar siempre “procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz”.

A pesar de la unidad que liga a todos los creyentes en Cristo, cada uno siempre conserva su propia individualidad. No están reducidos a ser sólo un número en el libro de Dios. Él conoce a cada creyente por su nombre y lo trata con el mayor amor y cuidado.

⁷ Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo.

La gracia salvadora de Dios no tiene fronteras ni límites, pero la gracia por medio de la que él distribuye sus dones a los hombres para la edificación de la iglesia es “conforme a la medida del don

de Cristo”. En otras palabras, gente diferente recibe diferentes medidas para llevar a cabo las oportunidades que Dios le da para ayudar a edificar la iglesia. Este pensamiento se va a desarrollar de una manera más completa en los versículos 11 a 13. Sin embargo, Pablo primero quiere hacer énfasis en la fuente de estos dones. El dador no es otro que el Señor Jesucristo que resucitó, triunfó y ascendió. Pablo respalda esto con las Escrituras.

⁸ Por lo cual dice:

**«Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad,
y dio dones a los hombres.»**

⁹ Y eso de que «subió», ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? ¹⁰ El que descendió es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo.

Pablo llama la atención sobre el hecho de que cuando el Salmo 68:18 habla de Dios diciendo que “[subió] a lo alto”, el salmista implica que Dios primero “había descendido... a las partes más bajas de la tierra”. La opinión de los estudiosos de la Biblia está dividida acerca de lo que se quiere decir con “había descendido”. Algunos lo ven como el descenso triunfal de Cristo a los infiernos en la mañana de la Pascua de Resurrección para proclamar su victoria sobre el pecado, la muerte y Satanás. El descenso de Cristo a los infiernos es una doctrina que se enseña claramente en las Escrituras (1 Pedro 3:19,20), y es posible que aquí se refiera a ella.

Sin embargo, el énfasis que hace Pablo en esta sección está en el regreso del Cristo exaltado a los cielos, donde él ahora lo “llena todo”. Por esto parece algo mucho más probable que la referencia del apóstol a “descender” sea más bien al estado de humillación de Cristo, en contraste con su presente estado de exaltación. Entonces Pablo estaría hablando del descenso de Cristo a la tierra para ser nuestro sustituto, para llevar una vida perfecta, y para morir una muerte inocente por nosotros, para poder decir:

“¡Consumado es!” (Juan 19:30). Había terminado su lucha mortal con Satanás, el pecado y la muerte. Había vencido y conquistado estos grandes enemigos que por tanto tiempo nos habían tiranizado y habían mantenido a nuestra raza pecadora como rehén. En su ascensión él era el amo y Señor en procesión triunfal sobre estos tres males que ya estaban vencidos. Ya no pueden impedir que Cristo ejecute su plan establecido de hacer que las buenas nuevas del evangelio sean llevadas a todo el mundo (Mateo 28:16-20; Marcos 16:15).

Resucitado, ascendido y sentado a la diestra del Padre, ahora Cristo llena todo el universo. Él está a cargo de todo. Pero, la maravilla de todas las maravillas es que se digna darnos a nosotros los mortales una parte de su gran plan de hacer que la iglesia se extienda a todo el mundo. Para capacitar a su iglesia para esta tarea importante, les “dio dones a los hombres”. Estos dones son las “medidas” que su gracia ya había determinado que sus representantes necesitaban para llevar a cabo sus variadas tareas.

Pablo procede a enumerar algunos de los dones que Cristo ha otorgado para servir a su causa.

¹¹ Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros,

Sería un trabajo interesante tratar de encontrar nombres de personas que pudieran encajar en las categorías que Pablo enumera, pero parece que su intención es más bien dar una lista de oficios o puestos que Cristo creó para la iglesia.

Los estudiosos de la Biblia han tratado de determinar la diferencia significativa que haya entre los cinco términos que él da aquí. Se puede hacer algunas diferencias generales con base en un examen de la raíz de las palabras griegas que se usan. Un “apóstol” es alguien que ha sido enviado o comisionado. El uso que le da el Nuevo Testamento implica que un “profeta” no era necesariamente una persona que predecía el futuro, sino alguien que llevaba el mensaje de Dios a otros, ya sea que ese mensaje

fuera acerca del pasado, del presente o del futuro. Los “evangelistas” son personas que comparten el evangelio (de *euangelion*, que traducimos como “evangelio”, o “buenas noticias”). También se ha intentado agrupar los términos. Se entiende que los apóstoles, los profetas y los evangelistas son ministros que viajan, mientras que se supone que los pastores y maestros sirven en un lugar específico. Tal vez sea verdad. Es posible que las descripciones específicas de los oficios que Pablo enumera no se ajusten exactamente a lo que tenemos en nuestros días.

Sin embargo, hay dos cosas que se pueden asegurar acerca de todos los oficios que Pablo enumera: eran parte del ministerio público y fueron instituidos (“dados”) por Cristo. Por lo tanto, el ministerio público fue instituido por Dios. No llegó a suceder a través de la tradición y tampoco fue la respuesta de la iglesia ante las necesidades que surgieron. Es posible que en la práctica el ministerio público tome diferentes formas, pero es una institución divina que nuestro Señor, que ascendió a los cielos, le dio a su iglesia.

¿Por qué instituyó el ministerio público?

¹² a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, ¹³ hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo.

El propósito que tuvo Dios al establecer el ministerio público fue “para la edificación del cuerpo de Cristo”. Como notamos anteriormente, “el cuerpo de Cristo” es en lenguaje figurado la manera de describir la unidad orgánica de todos los creyentes en Cristo, es decir, la iglesia. Dios quiere que esta unidad se fortalezca y se realice incluso de una manera más completa. Con este fin, estableció los oficios del ministerio público que se enumeran en el versículo 11.

Estos servidores públicos son pastores que alimentan y protegen el rebaño, así como también buscan a los que se han perdido y descarriado. Pero no son los únicos que van a hacer el trabajo y tampoco lo llevan a cabo por sí mismos. Como parte de su trabajo, Dios también los ha guiado “a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio”. O como también se podría decir, para preparar al pueblo de Dios para *la obra de servir*.

El pueblo de Dios les sirve a sus hermanos cristianos cuando usa la Palabra para ayudarlos a crecer en su fe. Esta Palabra es “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16). Cada uno de los creyentes es el guardián de su hermano: y para hacer esto de la mejor manera posible es necesario equiparse o prepararse para llevar a cabo esta obra de servicio.

¿Cuál es la meta o resultado de esta obra de servicio? Pablo describe el ideal que nos esforzamos por alcanzar cuando dice: “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Con el pronombre “nosotros”, Pablo cambia a la primera persona y así él también se incluye. Es verdad que les está escribiendo a los efesios, pero lo que dice aquí lo aplica a él mismo y también a los otros cristianos.

Pablo enumera tres elementos que componen la meta hacia la que todos nos debemos esforzar por alcanzar. Pero no son tres cosas separadas. Todos hablan de la “edificación” que se lleva a cabo cuando los cristianos se ayudan unos a otros por medio del uso fiel de la Palabra de Dios.

Primero Pablo describe esta edificación como algo que ocurre “hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios”. Conocer a Cristo y creer en él son los ingredientes claves para llevar a cabo el crecimiento que Dios busca en su iglesia.

Cuando aumentan la fe y el conocimiento de Cristo, los creyentes “maduran”. Sin embargo, este proceso nunca se

completa aquí en la tierra. Con justa razón se ha dicho que la vida del cristiano es una “maduración” constante. Pablo mismo todavía no había alcanzado la madurez completa: como lo admite francamente ante los filipenses (3:12-15). Para poder ver una afirmación sincera de su frustración por sus caídas frecuentes y su falta de madurez, lea Romanos 7, especialmente los versículos 14-25. Aquí en este mundo uno no llega a alcanzar la madurez espiritual, pero es algo que todo cristiano se esfuerza por alcanzar personalmente y trata de ayudar a otros para que la alcancen.

El tercer elemento en la meta que queremos alcanzar es que todos nosotros “lleguemos... a la medida... de la plenitud de Cristo”. Podríamos hacer una paráfrasis de esta expresión al decir: “hasta que alcancemos la plena estatura de Cristo”. Nuevamente, debemos decir que esto no sucederá sino hasta que lleguemos al cielo.

Decir la verdad con amor

Pablo no sólo da consejos y ánimo positivos, sino que también hace ver que hay un lado oscuro; sí, un verdadero peligro, el de no crecer espiritualmente. Él lo bosqueja para nosotros en una serie de cuadros vívidos que describen la situación grave de la que nos salva la madurez espiritual.

¹⁴ Así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error;

Las personas que no crecen espiritualmente por medio del uso diligente de la Palabra y del sacramento siguen siendo como niños, a pesar del avance de su edad cronológica. Si no tienen ninguna base doctrinal, están indefensos porque no tienen nada firme a qué aferrarse. Por eso Pablo los puede comparar con las personas que están en un bote de remos y en alta mar durante una

tormenta violenta. Son azotados y “llevados por doquiera de todo viento de doctrina”.

O, para cambiar un poco el cuadro, las personas inmaduras espiritualmente son como los compradores ingenuos o inexpertos que son “engañados” por un vendedor hábil. Debido a que no conocen el producto, es fácil que caigan en las “trampas” de hombres que para engañar “emplean con astucia las artimañas del error”. Sin saberlo, es posible que los cristianos inmaduros no estén recibiendo la doctrina pura ni las enseñanzas correctas. Puede ser que estén aceptando material espiritual de los falsos maestros ¡y eso no los va a ayudar para nada!

Pero hay ayuda. Pablo nos da el remedio y el antídoto.

¹⁵ sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo,

Como lo hacen las versiones Dios Habla Hoy y La Biblia de las Américas, la New International Version (en inglés) traduce “siguiendo la verdad” como “hablando la verdad”. Entendido así, los cristianos espiritualmente maduros no sólo rechazarán las doctrinas falsas, se pondrán a la ofensiva contra ellos, les hablarán “la verdad en amor”.

Tomemos un momento para revisar el curso del pensamiento de Pablo en este capítulo. Él dijo que el Cristo ascendido (v 10) le dio dones a su iglesia en la forma de los que llevan a cabo el ministerio público (v 11). Estos servidores públicos de la Palabra deben preparar al pueblo de Dios para la obra de servir (v 12), para que ellos, a su vez, puedan ayudar a otros. Pablo piensa en la ayuda que tiene de las filas de los cristianos comunes cuando se refiere a las personas que hablan “la verdad en amor”.

Es importante que las personas que hablan no sólo digan lo correcto (la verdad) sino que también lo digan “en amor”. No hablarán como si se sintieran superiores a sus hermanos más débiles. Tampoco deben atacar a los falsos maestros, sino más bien hablarles con amor, tan amablemente como sea posible con la

esperanza de ganarse al que propone un punto de vista tan incorrecto. Entonces se mantendrá la unidad y se llevará a cabo el crecimiento en la iglesia.

Es verdad que los cristianos son los que hablan, pero Dios es el que otorga los resultados. Pablo nos lo hace ver cuando nos recuerda que todo crecimiento del cuerpo, la iglesia, viene de Cristo, que es su cabeza. Él dice:

¹⁶de quien todo el cuerpo, bien concertado y unido entre sí por todas las coyunturas que se ayudan mutuamente, según la actividad propia de cada miembro, recibe su crecimiento para ir edificándose en amor.

Pablo aclara que todo cristiano desempeña un papel en la iglesia de Cristo. Debemos tener esto presente. Con frecuencia nos inclinamos a pensar que somos demasiado pequeños o muy insignificantes y no podemos hacer mucho. Pablo nos ayuda a entender cuán equivocada es esta manera de pensar. “*Todas las coyunturas*” son importantes para el cuerpo. Todo el cuerpo crece y se edifica “según la actividad propia de *cada* miembro”, es decir cada parte hace lo que le corresponde. Todo cristiano es una parte importante de la iglesia, porque tanto el crecimiento como el mejoramiento de la iglesia vienen de Cristo (“de quien”), y no de nosotros.

Es claro que lo opuesto también es verdad. La iglesia sufre cuando un cristiano pierde los dones que Dios le ha otorgado y no cumple con su parte. Otra vez, solamente debemos pensar en la analogía con el cuerpo humano. Piensen en el dolor y en la incomodidad que siente el cuerpo cuando uno de sus miembros está enfermo o no funciona como debe.

La santidad se debe mostrar al llevar una vida pura

En los capítulos 1 a 3 Pablo les repite a los efesios todas las grandes cosas que su Dios Salvador y Redentor ha hecho por ellos

al darles la vida espiritual y al llevarlos a la iglesia cristiana.

En los capítulos 4 a 6 Pablo los ayuda a entender cuál debe ser su respuesta a esa gracia. Lo que se espera de ellos, para sintetizarlo en una sola palabra, es santidad. Pablo ya los ha exhortado a que muestren la santidad en el esfuerzo por mantener la unidad del Espíritu por medio del lazo de la paz (4:1-16).

Ahora pasa a una segunda área de énfasis: la santidad que se refleja en la pureza de su vida y de su conducta. Les advierte muy seriamente:

¹⁷ Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, ¹⁸ teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón. ¹⁹ Estos, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron al libertinaje para cometer con avidez toda clase de impureza.

Es importante darse cuenta de que la santidad que Pablo recomienda no tiene el propósito de obtener el favor de Dios ni de mejorar nuestra posición ante él. Cristo se encargó de llevar a cabo por completo la obra de nuestra redención y salvación. Pero, ¿acaso es opcional que el hijo redimido de Dios viva su vida conforme a la santa voluntad de Dios? ¡No! Como representante de Dios, Pablo les dice a los efesios, y “[requiere] en el Señor”, que ya no deben vivir como los gentiles lo hacen “en la vanidad de su mente”.

El problema con los gentiles era que carecían de una escala de valores que fuera apropiada; su manera de pensar era un desastre. Pablo les da una descripción aplastante, los hace responsables de tener el entendimiento *entenebrecido*, por vivir *ajenos* de la vida de Dios, por la *ignorancia* que hay en ellos debido a la *dureza* de su corazón.

Con una escala de valores tan equivocada y una manera de pensar tan errónea, era inevitable que se sintieran culpables de

malas acciones. Pablo sigue: “Después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron al libertinaje para cometer con avidez toda clase de impureza”.

“Perdieron toda sensibilidad” es una forma activa del verbo. No es que se les haya quitado su sensibilidad; ellos la dejaron atrás. La cláusula siguiente también tiene un verbo activo: “Se entregaron al libertinaje”. Los gentiles hacían lo que querían, pero, en vez de satisfacerlos, es sencillamente aumentaba su deseo de tener más. El asunto del que habla Pablo es que los gentiles en su estilo de vida pagano estaban enredados en la inmoralidad y sin esperanza.

Es claro que los efesios eran gentiles y provenían precisamente del tipo de sociedad pagana que Pablo describe. Pero en su caso había ocurrido un cambio maravilloso, que de ninguna manera se había originado en el paganismo. Este cambio y mejoramiento había venido de Cristo y de lo principal de la doctrina cristiana que Pablo y otros predicadores les habían enseñado. Pablo les extiende una invitación a los efesios para que reflexionen en la manera como se había operado este cambio.

²⁰ Pero vosotros no habéis aprendido así sobre Cristo, ²¹ si en verdad lo habéis oído, y habéis sido por él enseñados, conforme a la verdad que está en Jesús. ²² En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está corrompido por los deseos engañosos, ²³ renovaos en el espíritu de vuestra mente, ²⁴ y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

Podremos captar el sentido de estos cinco versículos si los reducimos a lo principal: “Habéis sido por él enseñados... [a despojaros] del viejo hombre... y vestíos del nuevo hombre”.

No fue el paganismo el que llevó a los efesios a su afortunado estado presente; eso sólo sucedió cuando aprendieron acerca de Cristo, cuando “[fueron] enseñados... conforme a la verdad que

está en Jesús”. La verdad de Cristo estaba totalmente en desacuerdo con los valores de su “pasada manera de vivir”.

Recordemos que Pablo les había dicho a los efesios que los gentiles no sólo se entregan a la sensualidad, sino que también disfrutaban de su libertinaje, ansiando tener más (versículo 19). La razón para esto se encuentra en el hecho de que el viejo Adán, que es por naturaleza un hombre no regenerado, “está corrompido por los deseos engañosos”.

Los deseos son “engañosos” porque Satanás está tras ellos, y hace promesas que no puede cumplir. El diablo tiene una docena de razones falsas para inducir al pecador para que siga pecando más: será agradable; será provechoso; está de moda; todo el mundo lo hace; nadie se perjudicará con eso; etc. Todo ello fomenta una manera de pensar equivocada y por eso son “engañosos”.

Sólo hay un remedio, y es la solución cristiana que se le enseñó a los efesios: “despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos, renovaos en el espíritu de vuestra mente”.

Engañado por Satanás, el hombre natural (el “viejo hombre”) no puede hacer el cambio que Pablo fomenta. Ese cambio sólo puede llegar mediante el mensaje de la Ley y el evangelio que tanto Pablo como sus colaboradores les enseñaron a los efesios. Una presentación clara de la Ley de Dios les había informado todo lo que habían traspasado al llevar una vida pecadora. Y al darse cuenta de su debilidad, se sintieron acosados por el temor y el terror en su corazón cuando comprendieron cuáles serían las consecuencias justas de sus pecados.

Pero con esta gente (los pecadores acosados por el terror) Pablo y sus colaboradores podían compartir el evangelio. Les podían informar a los efesios, como lo hizo el profeta Natán con el rey David: “Jehová ha perdonado tu pecado” (2 Samuel 12:13), o como lo hizo Juan el Bautista cuando dirigió a sus oyentes hacia Cristo con estas palabras: “¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29).

Ahora Pablo apela a la gente que piensa de manera diferente, que tiene una nueva actitud, a la gente que mira con fe a Cristo, el Cordero de Dios. Él los exhorta diciéndoles: “Vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad”. El “nuevo hombre” es el hijo convertido y regenerado con un nuevo amor y reverencia hacia su Padre que le permiten querer hacer la voluntad de Dios. Es necesario notar que este nuevo hombre ha sido “creado”. El cristiano no ha engendrado nada. Es alguien que ha cobrado vida por medio del poder creativo y todopoderoso de Dios.

Y lo que Dios ha creado es “según Dios en la justicia y santidad de la verdad”. Esta nueva creación es un regreso a la imagen de Dios en la cual el hombre y la mujer fueron creados originalmente (Génesis 1:27), pero que la perdieron cuando cayeron en el pecado. Por desgracia, esa restauración no se llevará a cabo por completo aquí en la tierra, debido a que nosotros los cristianos con demasiada frecuencia sucumbimos a las tentaciones (vea la experiencia de Pablo, Romanos 7), pero es un comienzo. El nuevo hombre tiene un deseo entusiasta de vivir en la verdadera justicia y santidad que le agrada a su Dios Redentor.

Pablo apela a este deseo de complacer a un Dios misericordioso y amoroso cuando en la sección que sigue exhorta a llevar una vida de santificación. Consciente de todas las malas situaciones que comprometen al cristiano en la vida diaria, Pablo escoge algunos ejemplos representativos del mal que tienen que rechazar y la santidad de vida con la que Dios quiere que se vistan.

Ejemplos de la vida pura

²⁵ Por eso, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo, porque somos miembros los unos de los otros.

²⁶ Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ²⁷ ni deis lugar al diablo.

²⁸ El que robaba, no robe más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad.

Estirar un poquito la verdad y arreglar los hechos son debilidades comunes entre la gente. Sin embargo, esa no debe ser la manera en que los cristianos hacen las cosas. La deshonestidad es especialmente dañina cuando ocurre entre los creyentes, “porque somos miembros los unos de los otros”. Engañar a un hermano en Cristo es verdaderamente hacernos daño a nosotros mismos, porque así como en el cuerpo humano todos los miembros funcionan en conjunto para el bien común, así es también en la iglesia. Ser deshonesto con otro cristiano es serlo con nosotros mismos.

Hay muchas cosas que hacen que los cristianos reaccionen con una cólera justa. No se pueden quedar tan tranquilos mientras el nombre de Dios se dice en vano, ni cuando su Palabra santa se enseña con falsedad. Con toda razón se indignan cuando se descuida a los niños o se abusa de ellos. Se enojan cuando a los propietarios se les defrauda. Sin embargo, el peligro es que la cólera justa se puede convertir en odio y en una represalia vengativa. ¡A Satanás le gustaría ver eso! Le da “un lugar” a él. Al citar el Salmo 4:4, Pablo exhorta a que no se permita que la cólera degenera en algo peor. En vez de esto, si es posible, ese mismo día se debe tocar el asunto que causó el enojo, antes de que tenga la oportunidad de convertirse en algo pecaminoso (vea también Lucas 12:58).

Traer a casa “algunas cositas” del trabajo dentro de su lonchera no es nada nuevo. Pablo conmina al ladrón para que deje sus raterías y a que emprenda un día de trabajo honrado. Aunque de ninguna manera es el tema principal, es interesante ver la manera como Pablo reafirma la dignidad del trabajo manual. En el mundo griego estas tareas les eran dejadas principalmente a las mujeres y a los esclavos. Para los hombres, una ocupación digna

y significativa era la de estar con el público, ya sea por algún cargo que ejercía o por su posición social. Pablo no comparte este punto de vista. Pablo dice que el cristiano hará todo tipo de trabajo honrado, incluyendo “[hacer] con sus manos lo que es bueno”. Entonces no tendrá que tomar nada de los demás, sino que tendrá suficiente para sí mismo y hasta puede “compartir con el que padece necesidad”.

²⁹ Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. ³⁰ Y no entristezcáis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención.

³¹ Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia.

La vida de santificación implica a toda la persona, incluyendo la manera como usa la lengua. Implica *lo que dice* y también *cómo lo dice*. El control de la lengua no es una tarea fácil; Santiago lo reconoce cuando escribe: “Pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, llena de veneno mortal” (Santiago 3:8). El hombre natural no puede domar la lengua, pero el Espíritu Santo sí lo puede hacer, y lo hace en el nuevo hombre que está activo en el cristiano. Pablo recurre a este hombre nuevo cuando exhorta a los efesios a que “ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca”.

La habladuría entristece al Espíritu Santo. Él llevó a cabo su obra santificadora de llamar, congregar e iluminar a los creyentes. Los hizo suyos y les puso su sello de propiedad al morar en ellos. Su meta es la de mantenerlos seguros en el rebaño cristiano “para el día de la redención”, es decir, hasta el día del juicio. Los cristianos que se comprometen en habladurías ponen en peligro no sólo su propia fe, sino también la de otros. En vez de hacerles daño a otros con rumores inoportunos e impertinentes, los cristianos deben hablar lo que sea bueno “para la necesaria edificación”.

Esto nos recuerda lo que Pablo compartió con sus lectores anteriormente en este capítulo. El Cristo ascendido le dio a su iglesia servidores públicos de la Palabra que deben preparar al pueblo de Dios para la obra del ministerio, parte de la cual es fortalecer a otros por medio del don de la Palabra. Hablarles a otros es una parte clave del proceso. Eso no significa que nos debamos subir en un cajón y ponernos en ridículo de una manera detestable. Una conversación tranquila, común, diaria que refleja el entendimiento cristiano y la evaluación justa de las cosas de acuerdo a los valores cristianos pueden hacer mucho para “bendición para quienes escuchan” (v 29, NVI).

La conversación con frecuencia pone al descubierto la maldad que hay en el corazón y en el pensamiento de una persona. Pero si su presencia dañina se muestra al hablar o en sus acciones, Pablo les dice con vehemencia a los efesios: “Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería, maledicencia y toda malicia.”

³² Antes sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.

5 Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. ²Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante.

En vez de amargarnos y enojarnos con el prójimo, o de usar un vocabulario fuerte e insultante, Pablo le recomienda al pueblo de Dios que sea amable, compasivo y perdonador. ¡Eso no es fácil! Después de todo, aquí hablamos acerca de un hermano en Cristo que ha cometido verdaderos pecados contra nosotros. Alguien ha mentido acerca de nosotros y ha arruinado nuestra reputación; otro nos ha defraudado en un asunto de negocios. Los excesos de cierta persona con el alcohol han privado a su familia del apoyo que

necesita. ¿Acaso no tenemos algunos derechos? ¿Acaso ellos no merecen algo del enojo y de la amargura que sentimos?

Pablo trata de ayudar a los efesios en esta área importante de la santificación al describirles un cuadro bien conocido y atractivo. Todos nos sentimos intrigados por el niño pequeño que trata de imitar a su padre al golpear con el martillo, tirar la pelota, recoger las hojas secas con un rastrillo. Pablo sugiere algo similar cuando recomienda la amabilidad y la compasión, el amor y el perdón. Él dice: “Sed... imitadores de Dios”. Haz lo que tu Padre ha hecho por ti. Les recomienda a los efesios que se perdonen unos a otros “como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo”. Los exhorta para que lleven una vida de amor “como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”.

Lo que hizo nuestro Padre ¡es muy importante! Sus acciones no solamente establecieron una pauta y sirvieron como modelo, sino que les da a los pecadores insensibles un corazón nuevo y una manera nueva de pensar. Es Dios quien crea el nuevo hombre en los cristianos que ahora tienen el poder y la habilidad de perdonar a una hermana o hermano arrepentido.

Y los cristianos lo harán. No sólo cumplirán con las formalidades, sino que perdonarán sinceramente desde el fondo de su corazón; lo pueden hacer porque ahora llevan una vida de amor, al imitar a su Padre celestial. “Nosotros lo amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

³ Pero fornicación y toda impureza o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos. ⁴ Tampoco digáis palabras deshonestas, ni necedades, ni groserías que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. ⁵ Sabéis esto, que ningún fornicario o inmundo o avaro, que es idólatra, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios.

⁶ Nadie os engañe con palabras vanas, porque por estas cosas viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia. ⁷ No seáis, pues, partícipes con ellos,

Cuando Pablo dirigió a sus lectores para que recordaran lo que Dios había hecho por ellos y les pidió que se convirtieran en imitadores de Dios, estaba recomendando claramente lo que es la actividad *propia* del pueblo santo de Dios. En esta sección el apóstol vuelve una vez más a prohibiciones y a advertencias contra lo que es *impropio*. Una parte significativa de su preocupación tiene que ver con las infracciones al Sexto Mandamiento.

Pablo dice que no debe haber ningún indicio de inmoralidad sexual ni de impureza entre el pueblo de Dios. No sólo se deben abstener de *hacer* el mal, sino que deben evitar hasta algo que tenga la *apariencia* de hacer el mal. Pablo va incluso un poco más allá. Los efesios no sólo deben evitar la actividad inmoral, no deben envilecer el don que Dios les da de la sexualidad, al convertirlo en objeto de bromas y de chistes groseros. Debemos notar que Pablo vuelve nuevamente al tema del control de la lengua. La lengua no se debe usar para arruinar los dones que nos da Dios sino, más bien, para agradecerle y alabarlo por su bondad.

Por lo común pensamos que la avaricia es un deseo desmedido de dinero o de cosas materiales. Sin embargo, Pablo hace aquí una observación interesante cuando indica que, en cierta forma de hablar, al deseo desmedido de la satisfacción sexual también se le puede llamar “avaricia”. En este caso, lo que debería ser un buen regalo de Dios al hombre, en realidad se ha convertido en su dios. Es aquello para lo que él vive y lo que controla su vida. En el análisis final, esta persona es idólatra y peca contra el Primer Mandamiento y también contra el Sexto. El idólatra, que busca el mayor gozo y la mayor satisfacción en un dios falso, no puede esperar nada del verdadero Dios. Él no tiene “herencia en el reino de Cristo y de Dios”.

Esta evaluación de la situación es verdadera, no importa cuánto discuta contra esto el viejo Adán que está en los pecadores. Se hace todo tipo de defensa en favor de la promiscuidad sexual, para defender el hecho de que una pareja viva junta fuera del matrimonio, y para estilos de vida que son diferentes de lo normal. Pablo dice: “Nadie os engañe con palabras vanas”. Estos

argumentos no se podrán sustentar ante la corte de la justicia final de Dios. Más bien, por estas cosas “viene la ira de Dios sobre los hijos de desobediencia”. El mensaje es claro para los efesios y para nosotros: “No seáis, pues, partícipes con ellos”.

⁸ porque en otro tiempo erais tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz ⁹ (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), ¹⁰ comprobando lo que es agradable al Señor. ¹¹ Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas, ¹² porque vergonzoso es aun hablar de lo que ellos hacen en secreto. ¹³ Mas todas las cosas, cuando son puestas en evidencia por la luz, son hechas manifiestas, porque la luz es lo que manifiesta todo. ¹⁴ Por lo cual dice:

**Despiértate, tú que duermes,
y levántate de los muertos,
y te alumbrará Cristo.**

Cuando Pablo dice “En otro tiempo erais tinieblas”, usa una figura retórica que se llama metáfora. Debemos ver lo que hace esta figura para expresar lo que está en el pensamiento de Pablo. Anteriormente los efesios habían estado espiritualmente en la oscuridad con respecto a la voluntad de Dios para ellos. Pero cuando Pablo dice “En otro tiempo [vosotros] erais tinieblas”, está yendo más lejos. No solamente habían sido mal guiados y estaban bajo la influencia del paganismo impío, ellos mismos eran una mala influencia. Habían estado en la oscuridad y habían guiado mal a otros a practicar y hasta a disfrutar de la inmoralidad grosera y de la impiedad.

El hecho de entender la metáfora de Pablo acerca de la oscuridad hace que la metáfora paralela respecto a la luz sea aún más asombrosa. Los efesios no sólo habían sido iluminados al conocer a Cristo; también se habían convertido en luz. No sólo fueron influenciados por su evangelio, sino que ahora son la

influencia que edifica a sus hermanos en la iglesia y gana nuevos conversos.

Recordemos las palabras que les dijo Cristo a sus discípulos: “Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo” (Mateo 5:13,14). Él no dijo, “ustedes en verdad deberían ser la sal de la tierra” ni “luchen para convertirse en la luz del mundo”. Él les dijo: “Vosotros *sois* la luz del mundo” Debido a que el pueblo de Dios *es* la luz, Pablo puede decir: “Andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo qué es agradable al Señor”. En esta oración hay dos ligeras complicaciones. Primero, los traductores han puesto parte de este versículo entre paréntesis. Esto es de ayuda, porque Pablo nos explica por adelantado lo que él quiere dar a entender con una vida que es “agradable al Señor” (v 10).

Sin embargo, en otro sentido, los traductores no han sido de mucha ayuda. Su interpretación “*comprobando* lo qué es agradable al Señor” podría inducir al error. Eso podría dar la impresión de que hay una considerable falta de claridad en lo que le agrada al Señor, y es nuestra tarea descubrirlo. En realidad, el verbo griego de esta frase se podría traducir mejor como “aprobar” o “poner su sello de aprobación en algo”. Entonces el sentido de la oración sería: Vivan como hijos de la luz y pongan su sello de aprobación en lo que le agrada al Señor. Lo que le agrada al Señor es el fruto que produce la luz, es decir, la bondad, la justicia y la verdad.

Por virtud de ser la luz, el pueblo de Dios es una influencia positiva hacia las cosas que le agradan al Señor y también es un disuasivo fuerte contra las cosas que no le agradan, es decir, contra las infructuosas “obras... de las tinieblas”.

Precisamente como la luz, la oscuridad también rinde “fruto”, es decir, todas las cosas impías e indignas contra las que Pablo nos ha advertido. Debido a que estas cosas no traen ningún bien duradero ni ninguna bendición, Pablo las identifica como “infructuosas” o inútiles.

Por lo tanto, les recomienda a los efesios que no tengan nada que ver con esas obras. Sin embargo, no sólo las deben evitar,

también deben emprender una acción positiva y decisiva contra ellas. Así como la luz pone al descubierto lo que se esconde bajo la oscuridad, de la misma manera ellos deben exponer las obras pecadoras de la oscuridad por lo que verdaderamente son, influencias peligrosas y negativas que deben ser arrancadas de raíz.

A los hijos de la luz no les entusiasma esta tarea. Hasta es “vergonzoso” hablar acerca de los males que deben ser combatidos y expuestos por la luz de la verdad de Dios. Pero tenemos un propósito saludable al hacer esto. Nuestra esperanza es que los pecadores puedan ver el error de sus caminos, se arrepientan y se vuelvan en fe hacia el perdón que Cristo ha obtenido hasta para el más vil y oscuro de los delitos.

Esta intención salvadora y saludable se refleja en la cita de Pablo. Se desconoce el origen de esta cita pero puede ser de uno de los himnos cristianos más antiguos. Cualquiera que sea el origen, es una invitación encantadora tanto para los cristianos descuidados que duermen en la apatía como para los paganos abiertos que todavía están muertos en transgresiones y en pecados. Ambos necesitan el mismo remedio: que la luz de Cristo brille en su corazón, que despierte al cristiano apático y que resucite a los que están espiritualmente muertos en la incredulidad.

Pablo ya está llegando al final de una sección mayor de su carta en la cual enfatiza la necesidad de la pureza personal en la vida de sus lectores. No apela a la pureza para que *seamos* aceptables a Dios, sino para que nuestra vida muestre la pureza apropiada de las personas que por medio de la fe en Cristo *han sido* aceptadas por Dios. Debido al amor y al aprecio de lo que Cristo ha hecho por nosotros queremos que nuestra vida sea conforme a la santa voluntad de Dios.

De esta manera, Pablo le da fin a esta sección con algo que es un resumen:

¹⁵ Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, ¹⁶ aprovechando bien el tiempo,

porque los días son malos. ¹⁷ Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor.

Ésta es la sabiduría: ser “entendidos de cuál es la voluntad del Señor” y vivir de acuerdo con ella. Actuar de manera diferente sería “imprudente” e “insensato”, una falla que nos hace volver a la oscuridad, al pozo negro del paganismo de donde los efesios habían sido rescatados recientemente.

Es verdad que “los días son malos”, pero los efesios también tienen oportunidades, que llegan en dos formas. Una de ellas es su propio crecimiento espiritual, del cual Pablo hablará más extensamente en el versículo 19. La otra es ser testigo de Cristo ante los muchos prójimos paganos que todavía necesitan oír las buenas nuevas de un Salvador. Pablo les recomienda fuertemente a los efesios que sigan afanosamente en estos dos caminos.

¹⁸ No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, ¹⁹ hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; ²⁰ dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

El exceso en la bebida era un pecado apremiante entre los antiguos, exactamente como lo es hoy en día. No hay ninguna duda de que en este versículo Pablo emite una seria advertencia contra el abuso del alcohol. Pero debido al lugar en donde Pablo pone esta advertencia en la lista, parece que también sirve como telón de fondo para otra advertencia que tal vez sea aún más importante.

Al usar las palabras “antes bien”, Pablo une dos líneas paralelas de pensamiento. Dice: no abusen del alcohol para darse un ánimo falso, un optimismo temporal causado por lo espirituoso de la bebida que los conduzca a todo tipo de cosas malas. “Antes bien” sean llenos del verdadero Espíritu para que los guíe a una

actividad saludable que les traiga un beneficio duradero a ustedes y a los demás.

Después de esto, Pablo procede a enumerar las actividades que resultan del hecho de estar llenos del Espíritu. En el idioma griego estas actividades se expresan con participios; si lo expresamos literalmente Pablo escribe: Sean llenos del Espíritu, *hablándose* unos a otros con salmos, *cantando y haciendo* música, y *dando gracias* siempre (debemos notar que hay otra actividad en la serie: “*Someteos* unos a otros en el temor de Dios” [v 21], pero esto se tratará en la sección siguiente).

Llenos del Espíritu, los efesios deben hablar “entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales”. Pablo sugiere que el uso de los salmos bíblicos se complementa con himnos y con cantos espirituales. Probablemente no existe una gran diferencia entre los himnos y los cantos; unos y otros son expresiones de una verdad enseñada por el Espíritu, puestas de una manera artística, que los efesios y los otros cristianos habían perfeccionado.

Aunque Pablo no especifica dónde ni cómo debe ocurrir este “[hablarse] entre vosotros”, parece implicar que se estaba desarrollando y practicando una vida de adoración pública que usaba formas litúrgicas (vea 1 Corintios 14:26). También debemos notar que Pablo una vez más destaca la importancia del uso apropiado de la lengua. En esta carta Pablo ha tocado este tema por lo menos en tres ocasiones (4:25,29; 5:4), y cada vez lo hace en el contexto de usar el habla para ayudar a edificarse unos a otros a mantener la unidad del Espíritu por medio del lazo de la paz (aquí vea nuevamente 1 Corintios 14:26).

Hablarse unos a otros (inclusive en la vida de adoración pública) tiene su contraparte en la actividad privada. Una respuesta gozosa brota del corazón de los hijos redimidos de Dios siempre que piensen en las grandes bendiciones que han recibido. Aunque no se diga ni una sílaba ni suene ninguna nota musical, en su mirada optimista y en su devoción alentadora a sus deberes los cristianos “cantan y alaban al Señor con el corazón” (v 19, NVI).

Dentro de este mismo contexto Pablo exhorta a que la vida de los cristianos se identifique por estar “dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”. No nos olvidemos de que Pablo había reconocido que “los días son malos”. Hay todo tipo de cosas que pueden desanimar, irritar y desilusionar a los cristianos, acosados como están por el diablo y por el mundo, y obstaculizados por su propia carne pecadora. Pero llenos del Espíritu saben que “a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados” (Romanos 8:28). Cada día se pueden levantar y decir con confianza: “Este es el día que hizo Jehová; ¡nos gozaremos y alegraremos en él!” (Salmo 118:24).

La santidad se debe mostrar en asumir las responsabilidades

Pablo ha descrito detenidamente la vida y la conducta que nuestro Dios Salvador espera con justicia de las personas que aprecian lo que su misericordia ha hecho por ellas. La suya será una vida de santidad que en un grado cada vez mayor será de acuerdo a la santa e inmutable voluntad de Dios.

Hasta ahora Pablo nos ha hecho ver dos áreas generales de la santificación en la vida del cristiano: conservar la unidad que existe entre los creyentes, ya que todos son miembros del mismo cuerpo, y llevar una vida moralmente pura.

Ahora Pablo pasa a una tercera área: llevar una vida que acepte las responsabilidades que Dios nos ha dado en nuestro estado particular en la vida. En los 22 versículos siguientes (5:21–6:9) el apóstol tratará tres pares de relaciones: esposos y esposas, padres e hijos, empleadores y empleados. Como una directiva que abarca lo que es de esta área, él dice:

²¹ Someteos unos a otros en el temor de Dios.

Recordemos que Pablo animó a los efesios con estas palabras: “Sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con

salmos... cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”. Ahora continúa la serie: “Someteos unos a otros en el temor de Dios.”

Lo que se pide en esta Tabla de Deberes, como se le llama con frecuencia, es algo que sólo el cristiano puede hacer guiado por el Espíritu Santo. Únicamente el cristiano sabe lo que se debe hacer y está motivado con sinceridad a hacerlo. “Someteos”, dice Pablo, “en el temor de Dios”. En todas las seis categorías siguientes de la responsabilidad, el temor a Dios debe ser la fuerza que nos impulse. De otra manera encontraremos que las responsabilidades son pesadas y restrictivas.

Esposas

²² Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, ²³ porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. ²⁴ Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo.

Para poder entender estos dos versículos es necesario encontrar la respuesta a dos preguntas: ¿Qué quiere decir “someterse” y por qué una esposa se debe someter a su esposo?

En español es difícil reflejar el tono neutral del verbo griego que traducimos como “someter”. Todos nuestros verbos tienden a implicar alguna connotación negativa. El significado de la raíz del verbo quiere decir simplemente “poner a las personas o cosas *en orden* bajo una pauta establecida”. No implica inferioridad ni menos valor, como fácilmente lo sugieren nuestros verbos. “Ser subordinado” podría ser la expresión que se acerca más al significado del griego.

Todas las comparaciones se quedan cortas, pero una situación de los deportes tal vez nos pueda ayudar a captar el significado de “someter”. Tomemos el caso del capitán y del delantero de un equipo de fútbol; los dos están del mismo lado y tienen el mismo

objetivo; los dos quieren contribuir para ganar el partido. ¡Pero lo que cada uno hace es completamente diferente!

Usualmente el capitán decide cómo se va a jugar. El jugador respectivo se “somete” a esa decisión. Eso no quiere decir que nunca podrá actuar por propia iniciativa ni que no habrá alguna conferencia ocasional con los otros jugadores, pero en general es así como se respetan las reglas del juego.

¿Esto quiere decir que el capitán es mejor que el delantero? ¿Acaso un jugador es inferior porque se somete a las decisiones del capitán? ¡De ninguna manera! Simplemente ésta es la manera como las cosas funcionan mejor. Ambos reconocen que cada uno tiene que desempeñar su parte si quieren ganar el partido. Alguien tiene que decidir. Es un asunto de roles que han sido asignados, un orden designado de cosas. Ésta es la esencia del juego en equipo.

El matrimonio es ciertamente un proyecto en equipo. El Dios de orden que lo instituyó ha designado la manera como éste será más armonioso y funcionará con las mayores bendiciones. En su sabiduría ha delegado la dirección, o el rol de líder, al esposo. La “sumisión” de parte de la esposa es sencillamente el reconocimiento del papel que Dios le ha dado en la relación.

Pero algunos se quejarán, preguntando: “¿Por qué debe una esposa someterse al esposo?” Por naturaleza todos nos inclinamos a infundir nuestras nociones de igualdad e ideas de lo que es “justo” y llegamos a la conclusión de que Dios les está imponiendo a las mujeres un arreglo injusto. Pero Pablo no le habla aquí al hombre natural ni a las personas impenitentes, confía en que sus lectores están llenos del Espíritu y comprenden cuando los exhorta a que se sometan “en el temor de Dios”. Está seguro de que desaparecerá el sentimiento de injusticia cuando mencione a Cristo.

Cristo es la cabeza de la iglesia, y así como la iglesia se somete a Cristo, así también la esposa se debe someter a su esposo. En la sección siguiente que está dirigida a los esposos, Pablo dirá mucho más acerca del trato tierno y amoroso de Cristo para su

iglesia. Por el momento para él es suficiente hacer la comparación y suponer que todo el mundo llegará a la conclusión apropiada: que la iglesia se someta a Cristo no es nada humillante sino algo que le trae grandes bendiciones. Éste también es el caso en un matrimonio donde la esposa acepta que el esposo sea el líder.

Desgraciadamente, los esposos, aun los mejores, no pueden estar a la altura del amor de Cristo por su iglesia. Pero la pauta, el modelo de lo que debe ser un esposo cristiano, ya está claramente indicado. Ahora Pablo procede a ampliar la explicación de lo que Cristo ha hecho por la iglesia y lo recomienda como un patrón y guía que los esposos deben seguir.

Esposos

²⁵ Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella, ²⁶ para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, ²⁷ a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviera mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuera santa y sin mancha.

Así como el deber de la mujer es reconocer el rol de líder de su esposo, así también la obligación del esposo es amarla. Es importante reconocer que aquí estamos tratando nuevamente con esa hermosa palabra griega para amor: *agape*, que es muy significativa. El idioma griego tiene varias palabras para lo que nosotros designamos con el término general de “amor”. Una de ellas es el amor mutuo entre amigos; otra, es la atracción física. Después tenemos el *agape*, el amor desinteresado, que no espera ninguna recompensa y del amor totalmente desinteresado de Dios por nosotros, que se ha mencionado antes (2:4,5; 4:2). El *agape* de Dios lo llevó a darnos bendiciones grandes y preciosas, no porque nosotros las pudiéramos retribuir y corresponder a su amor, sino simplemente debido a su bondad inagotable y su misericordia. Su amor generoso lo llevó a hacer todo esto por nosotros.

Ahora Pablo dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Cristo mostró lo máximo del amor desinteresado con lo que él tuvo la voluntad de hacer por la iglesia. Entregó su vida para poder obtener la iglesia para sí mismo. Sin embargo, no sólo la compró al costo de la sangre de su vida, sino que la elevó a la posición más envidiable. La purificó “con el lavamiento del agua por la palabra”. A través de los medios de gracia, la Palabra y los sacramentos, la limpió de sus muchas transgresiones, perdonó su pecado, tranquilizó su conciencia, le otorgó la paz con Dios y garantizó la seguridad que tendría estando en sus manos protectoras.

Pero lo que ha hecho por ella en la tierra es sólo un anticipo pequeño de lo que él todavía guarda para ella. En el día del juicio la presentará solo así mismo como su novia y no a alguien más. Entonces será “una iglesia gloriosa”, sin ninguna mancha en el exterior, ni ninguna arruga que le haya aparecido en el interior. No tendrá ningún defecto sino que será “santa y sin mancha”.

Con el amor desinteresado de Cristo por la iglesia sirviendo como telón de fondo, ahora Pablo dice: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres”. Un liderazgo que sea similar al de Cristo no deja absolutamente ningún lugar para que un esposo sea dictador ni tirano. Cuando mire el ejemplo de Cristo como la cabeza de su iglesia, no encontrará ninguna base para ser egoísta ni dominante. Tampoco será desconsiderado frente a las necesidades de su esposa ni dejará de apreciar lo que ella aporta al equipo matrimonial.

Será evidente que si un esposo va a cumplir su rol de liderazgo como Pablo lo explica, ¡ya sabe que tiene bastante trabajo que hacer! Por suerte, el amor de Cristo no sólo es la pauta y el ejemplo, sino que también da la motivación para hacer lo que Dios pide y la fuerza para poner esa determinación en práctica. Es verdad que todo esposo, como pecador que es, será imperfecto, pero el amor de Cristo lo impulsará cada día a luchar por el ideal ilustrado por el amor de nuestro Salvador por la iglesia. Con la

ayuda de Dios los esposos se pueden acercar a eso.

El amor desinteresado de Cristo es ciertamente un argumento convincente aquí. Pero es interesante ver que Pablo añade un segundo argumento que va a un nivel un poco más bajo. Es casi como si Pablo estuviera diciendo: Si el ejemplo del amor desinteresado de Cristo no es suficiente para ustedes, entonces tal vez quieran considerar otro ángulo, el egoísta.

²⁸ Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, ²⁹ pues nadie odió jamás a su propio cuerpo, sino que lo sustenta y lo cuida, como también Cristo a la iglesia, ³⁰ porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos., ³¹ Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y los dos serán una sola carne

Pablo cita Génesis 2:24 para hablar del tema de que cuando dos personas se casan, ya no son más dos entidades separadas. No sería lógico que cada una siguiera viviendo en casa de sus padres. Lo único que tiene sentido es cortar los lazos con sus padres para que así establezcan un hogar propio para los dos. Esencialmente ellos se han convertido en una sola persona.

Y como los dos son uno en esencia, “los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos”. Es lo natural que se debe hacer. Todos buscan satisfacer sus propias necesidades. Él come y duerme, se viste y se arregla. ¿Acaso un esposo no debe mostrar naturalmente el mismo tipo de interés, cuidado y preocupación por su otro “yo”, o como también podríamos decirlo, por el resto de sí mismo?

³² Grande es este misterio, pero yo me refiero a Cristo y a la iglesia. ³³ Por lo demás, cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido.

Anteriormente hemos notado que cuando Pablo usa el término “misterio” no habla acerca de nada oscuro ni misterioso, de algo que sea imposible de entender. Más bien se refiere a algo que necesita una explicación, porque no lo podríamos comprender por nosotros mismos. Una vez que se explica, es claro y comprensible.

El “misterio grande” del que Pablo habla no es principalmente el matrimonio que une a la esposa y al esposo en uno solo. No, su pensamiento se vuelve a Cristo y a la iglesia. El verdadero misterio es el amor desinteresado de Cristo. Él redimió a los pecadores débiles e indignos y los reunió en una iglesia para que fueran su novia santa. Él es la cabeza de ella; la iglesia es el cuerpo de él. Están íntimamente unidos en uno solo.

Con respeto reverencial Pablo se maravilla y reflexiona en el misterio de Cristo y de la iglesia y en el hecho de que en la experiencia humana puede haber algo que refleje esta unidad divina y hasta aproximársele. Este algo es el matrimonio cristiano en el que el esposo ama “a su mujer como a sí mismo”, y su esposa lo respeta como su esposo.

Aunque no se puede alcanzar este ideal por completo en nuestro mundo pecador, es una meta por la que todas las personas casadas deben luchar.

Hijos

6 **Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres, porque esto es justo.** ² «Honra a tu padre y a tu madre» —que es el primer mandamiento con promesa—, ³ para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.

De una sección donde explica los deberes de las esposas y de los esposos, Pablo pasa lógicamente a otra acerca de padres e hijos. Aunque no es un punto de demasiada importancia, existe un poco de desacuerdo entre los estudiosos de la Biblia acerca del lugar de

la frase “en el Señor”. La versión Reina Valera en español la pone con los padres dándole el significado: “Hijos, obedezcan a sus padres que el Señor les ha dado.” Esto es muy posible.

Otros unen la frase “en el Señor” con los hijos. Entonces Pablo estaría apremiando a los hijos que están “en el Señor” a que obedezcan a sus padres. Este emparejamiento es lo que se implica en una traducción como “Hijos, obedezcan a sus padres porque ustedes son cristianos” (God’s Word, vea también La Biblia Latinoamérica). En vista de que esta sección de la Tabla de Deberes se interesa en la vida santificada de los niños, tal vez se deba preferir la última interpretación en la que se dirige a ellos como cristianos.

Sea como sea, Pablo se dirige al “nuevo hombre” (¿o deberíamos decir, “nuevo niño”?) que existe en las personas jóvenes y las exhorta a obedecer a sus padres. La razón que se da es sencillamente “porque esto es justo”. Es justo porque el Señor lo dice. Él les ha dado a los niños la vida, un hogar y padres.

Pero los hijos no sólo deben obedecer a sus padres, tal vez de mala voluntad o a regañadientes. A los hijos cristianos se les exige más. Deben “honrar” a sus padres. Por esto se exige una actitud apropiada que implique tanto el corazón como la mente.

El Señor habla en serio cuando quiere que se obedezca el Cuarto Mandamiento y eso se hace evidente por el hecho de que hay una promesa que acompaña a este mandamiento. Pablo cita este mandamiento y su promesa del libro de Deuteronomio 5:16. Aunque la promesa original que está registrada allí le habla a Israel y se refiere a la Tierra Prometida, la verdad general es válida para todos los tiempos. Eso no significa que todo hijo o hija que obedece a sus padres necesariamente vivirá hasta tener cien años. Pero lo opuesto es verdad: la desobediencia a los padres trae malas consecuencias. Y como la familia es la base de la sociedad y por lo tanto también de la nación, ¡ay de las personas y de la tierra que descuide esta relación fundamental entre padres e hijos!

Padres

⁴Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor.

Cuando Pablo se dirige a los “padres” en esta sección, les habla de su rol como cabeza de la familia. Es evidente que las madres de ninguna manera están excluidas, ni se supone que sean menos activas en la crianza de sus hijos. Recordemos que en el versículo anterior, el apóstol llamó a los hijos a que obedecieran a sus “padres”, es decir, a su padre y a su madre, y no sólo a los padres. Por lo tanto, debemos entender con justicia que esta sección de la Tabla de Deberes se dirige a ambos. Las instrucciones que Pablo les da a los padres las presenta en dos formas, una negativa seguida de una positiva.

Pablo comienza: “No provoquéis a ira a vuestros hijos”. En realidad, los padres están a cargo pero esto no significa que estén completamente informados ni que algunas veces tal vez podrían haber juzgado mejor las cosas. Los arranques temperamentales y una rudeza indebida por parte de los padres les pueden causar un gran daño al alma tierna de un hijo.

En vez de provocar a sus hijos y de hacerlos sentir frustrados, los padres deben “[criarlos] en disciplina y amonestación del Señor”. La palabra griega que se traduce como “criarlos” implica la disciplina y la corrección. Sería muy ingenuo por parte de los padres esperar que esta crianza siempre sea acogida por los hijos. Recordemos los comentarios de las Escrituras con respecto a la aceptación de “la disciplina” (Hebreos 12:7-13, especialmente el versículo 11). Pero a la larga, el trato justo y consistente será de gran ayuda, especialmente si se combina con “la amonestación del Señor”.

Los padres siempre deben recordar que los hijos tienen un viejo Adán, el cual debe ser dominado con la Ley de Dios. Pero por medio del bautismo y de la instrucción básica de la Palabra,

los hijos también tendrán un nuevo hombre que de buena gana responderá a la voluntad de Dios al recibir las instrucciones del Señor por medio de sus representantes.

Esclavos

⁵ Esclavos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; ⁶ no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios. ⁷ Servid de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, ⁸ sabiendo que el bien que cada uno haga, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre.

El tema de los esclavos requiere una parte notable en la Tabla de Deberes de Pablo. Este tema es segundo en importancia a la sección de los esposos. Esto se debe a que numéricamente los esclavos formaban una gran parte de la congregación de Éfeso. Es cierto que en el mundo grecorromano, impregnado como estaba de la esclavitud, los esclavos eran un factor sociológico y económico que era importante.

Es necesario notar que Pablo no aprovecha esta oportunidad para hacer de esto una plataforma ni para él ni para la iglesia en favor de la abolición de la esclavitud. Eso no significa que Pablo la aprobaba. En Filemón, epístola que probablemente haya acompañado nuestra carta a los Efesios, Pablo también trató el tema de la esclavitud. Podemos recordar que allí Pablo intercedió por el esclavo fugitivo Onésimo, el cual volvía al poder de su amo. Pablo no sólo recomendó enérgicamente que se le diera un trato amable a Onésimo, sino también insinuó que su dueño, Filemón, tal vez podría considerar la posibilidad de dejarlo libre (Filemón. 21). Sin embargo, la abolición de la esclavitud no forma parte de la agenda de Pablo, ni pensarlo. Más bien éste exhorta a los esclavos cristianos a que sean buenos siervos.

Sin embargo, hay un par de factores que hacen que la esclavitud sea más tolerable. Pablo hace notar que los esclavos sirven a “amos terrenales”. La esclavitud es una situación temporal, sólo para este mundo. Además, no es de ninguna manera una indicación del valor personal del esclavo, ni de su dignidad, ni de su estado ante Dios. A Dios no le importa si una persona es “siervo o libre” (v 8; véase también Gálatas 3:28). La unidad de la iglesia, que ha hecho posible que se unan judíos y gentiles, también iguala a los esclavos y a los libres.

Eso no significa que la esclavitud siempre será fácil ni cómoda. Al exhortar a los esclavos de Éfeso a obedecer a sus amos, Pablo reconoce que puede ser que lo estén haciendo “con temor y temblor” (literalmente con miedo y temblando), entonces es seguro decir que probablemente esto implicaba alguna ansiedad. Por esto Pablo ve la esclavitud como una cruz, pero ésta se debe llevar con fortaleza cristiana y uno debe estar dispuesto a aceptarla.

Al apremiar medidas que sean agradables a Dios para la dura situación en que se encuentran los esclavos, Pablo habla de un factor negativo y da ánimo con tres factores positivos. Inicialmente les advierte contra el obedecer a sus amos “sólo cuando los estén mirando, como los que quieren ganarse el favor humano” (v 6, NVI). Esto sería totalmente egoísta e inaceptable. Más bien, deben dejar que su nuevo hombre responda y obedezca a su amo “como a Cristo”.

Debido al ánimo triple de servir a su amo “de buena voluntad” es claro que se espera una *obediencia total*. Pablo les dice que sirvan “con sencillez de vuestro *corazón... de corazón* haciendo la voluntad de Dios”, para que “[sirvan] de *buena voluntad*”.

¿Cómo se deben convencer de hacer esto? Pablo contesta: “Sabido que el bien que cada uno haga, ese recibirá del Señor, sea siervo o sea libre”.

Es absolutamente esencial tener presente que Pablo les escribe estas palabras a los esclavos *cristianos*. De ninguna manera

van dirigidas a los impenitentes, ni sugieren que puedan mejorar su estado ante Dios con el buen servicio que les den a sus amos, ni que ellos puedan entrar en una situación en la que Dios les deba una recompensa. No, Pablo habla de un servicio concienzudo como fruto de la fe, el cual deben hacer como si estuvieran sirviendo “al Señor y no a los hombres”.

La manera como Pablo expresa esta verdad no es otra sino la que el Salvador mismo dijo cuando describió el día del juicio como una separación entre las ovejas y las cabras. La base para esta separación será la presencia o ausencia de la fe salvadora, como lo demuestra la presencia de buenas obras o la falta de ellas. En realidad, Pablo dice que todo será debidamente separado en el día del juicio. Éste es un ánimo para los esclavos, pero también sirve como advertencia a los amos que tiendan a maltratar a sus esclavos.

Amos

⁹Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

Cuando Pablo les escribe aquí a los “amos”, se dirige a los propietarios cristianos de esclavos efesios. Su intención no es la de censurarlos por tener esclavos, sino la de animarlos para que tengan una conducta cristiana hacia los esclavos, y con mayor razón cuando sus esclavos también son hermanos en Cristo (piense nuevamente en Filemón).

Pablo exhorta a los amos a que se porten “del mismo modo con sus siervos” (v 6a, Dios Habla Hoy). Este paralelo nos hace volver a la sección donde se dirige a los esclavos. Así como los esclavos debían llevar una vida totalmente cristiana cuando cumplían con sus deberes, así también los amos se debían conducir de acuerdo con los principios cristianos.



*“Vestíos de toda la armadura de Dios,
para que podáis estar firmes contra las asechanzas el diablo”
(6:11)*

Estos principios cristianos descartan las amenazas de los amos, las cuales sin duda contribuían con frecuencia al “temor” del que oímos antes de parte de los esclavos. Los amos no deben aterrorizar a sus esclavos. Para que esto se vea con claridad, Pablo usa un juego de palabras que implica el término “señor” o “amo”. En efecto dice: “Ten cuidado con tu conducta. Aunque seas amo sobre tus esclavos, no te olvides de que en el cielo hay alguien que es Amo tuyo así como de ellos, y él no tiene favoritos.”

El cristiano conserva todavía el viejo Adán, que debe ser dominado por la Ley de Dios. Este dominio es lo que esta sección, corta pero directa, intenta proporcionar a los amos de esclavos efesios. Sin embargo, el verdadero progreso debe venir de un corazón que aprecia lo que ha hecho su Amo que está en el cielo al enviar a su Hijo. Cuando este Amo sea el que controle al amo de los esclavos, no existirá el maltrato de ellos. De esta manera, el cristianismo hizo que fuera tolerable lo que básicamente era una institución mundana que se prestaba mucho al abuso.

Se hará evidente que mucho de lo que Pablo dice en estas dos últimas secciones se transfiere directamente a las relaciones que existen entre el empleador y el empleado en los centros de trabajo de nuestros días.

Ánimo para luchar contra el mal, llevando la armadura de Dios

Con frecuencia Pablo nos advierte que ya está llegando al final de una carta al presentar su sección final con la frase “por lo demás”. Esto lo encontramos en el versículo 10.

Recordemos que en toda la segunda parte de su carta Pablo ha estado hablando del efecto bienaventurado que la gracia salvadora de Dios produce en la vida de sus creyentes. La nueva vida de los hijos de Dios se mostrará en una vida de santidad. La santidad de ellos se compromete a guardar el lazo de unidad que obra el Espíritu, y también a llevar una vida de pureza personal. Y como lo hemos visto recientemente, la santidad de ellos se muestra

en tener la buena voluntad de tomar las responsabilidades que Dios les da, ya sea como esposo o esposa, hijo o padre, empleador o empleado.

Pablo termina su carta al hacernos ver un efecto final de la gracia salvadora de Dios, es decir, hacer que el pueblo de Dios tenga la buena voluntad de luchar *por* la fe y *contra* el mal. Para esto necesita estar preparado con un equipo especial, el que Dios provee.

La armadura de Dios

¹⁰ Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor y en su fuerza poderosa. ¹¹ Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo, ¹² porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes.

Como una palabra general y final a sus lectores Pablo dice: “fortaleceos”. La vida del cristiano siempre será una lucha. Los ataques a la fe tomarán la forma de tentaciones y fallas morales. Habrá tentaciones a ceder en puntos doctrinales; también a darle un carácter oficial a la religión y a querer reducirla a algo externo, que sólo sea como una cubierta. Además, a ser insensibles con los hermanos creyentes, y a odiar a los que no lo son. La lista puede seguir y seguir, pero el mensaje es claro: nos tenemos que fortalecer contra las tentaciones.

Sin embargo, los hijos de Dios no pueden hacer nada por sí mismos, necesitan ayuda, la ayuda de Dios. Por esto, Pablo dice: “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo”.

Con frecuencia nos sentimos inclinados a pensar que nuestros problemas y la oposición vienen de la gente malvada. No obstante, las gentes malas sólo son un agente y un instrumento. Forman

parte de las artimañas de Satán contra los creyentes. Pablo lo dice claramente: “Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este mundo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Luchamos contra las fuerzas espirituales que se empeñan en hacernos daño. Eso no nos debe sorprender. Las Escrituras nos dicen que hay un grupo de ángeles caídos (Apocalipsis 12:7-9) y ahora tienen como líder a Satanás, que “como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8).

Es una batalla de proporciones cósmicas (“en las regiones celestes”), pero esto no nos debe abatir, porque la ayuda está de nuestro lado y también es cósmica. Recordemos que el apóstol comenzó su carta con una oración gloriosa: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual *en los lugares celestiales* en Cristo” (1:3). La ayuda está allí; solamente es necesario que la aprovechemos.

¹³ Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y, habiendo acabado todo, estar firmes.

¹⁴ Estad, pues, firmes, ceñida vuestra cintura con la verdad, vestidos con la coraza de justicia ¹⁵ y calzados los pies con el celo por anunciar el evangelio de la paz. ¹⁶ Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. ¹⁷ Tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios.

Aquí Pablo trae la lucha cósmica a los encuentros individuales en los que el cristiano se ve atrapado “en el día malo”, es decir, cuando es atacado por la tentación fuerte y por la oposición. Será entonces cuando necesite un buen sistema de defensa.

Los artículos militares que Pablo nombra aquí eran el equipo común de un infante en el ejército romano. Menciona cinco piezas de armadura de defensa y un arma ofensiva. Esas piezas combinadas forman “la armadura” que Pablo usa para describir la protección espiritual que Dios le da al creyente.

En su sentido literal militar el “cinturón”, con el que se ciñe, es la parte de la armadura que se ata para proteger la parte del medio del soldado y sus piernas, mientras que la “coraza” cubre la parte superior del cuerpo. Tiene los pies “calzados” con los zapatos o botas apropiadas y lleva puesto un “yelmo” para protegerse la cabeza. Usa un escudo redondo para poder desviar los golpes de la espada o la lanza, o las armas voladoras como las flechas o las jabalinas.

Pablo les atribuye un significado espiritual a las varias piezas de armamento militar. Parece que su intención no es la de hacer que el cinturón signifique “la verdad” y nada más, ni que “la coraza” pueda representar solamente a “la justicia”. Más bien, Pablo junta los diferentes aspectos de la obra redentora de Cristo que el cristiano debe reunir cuando sea atacado. Por eso no debemos tratar de encontrar diferentes características entre “la verdad”, “la justicia” y “la salvación”. Tampoco debemos buscar algunas diferencias entre “la fe” y “el apresto” que trae el evangelio. El poder es de Dios, y está allí para todos nosotros. El razonamiento principal de Pablo es: cuando sean atacados miren a la obra de Cristo como defensa.

Sin embargo, el cristiano no sólo se tiene que agachar y soportar la tormenta; tiene un arma para defenderse. ¡No necesita ninguna otra! Tiene “la espada del Espíritu que es la palabra de Dios”. Armado con ella no sólo se puede defender, sino que también puede tomar la ofensiva, porque esta Palabra “es viva, eficaz y más cortante que toda espada de dos filos: penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos” (Hebreos 4:12).

Con la Palabra de Dios el cristiano puede vencer a cualquiera de los “gobernadores de las tinieblas de este mundo” o a las “huestes espirituales de maldad en las regiones celestes”. Solamente le queda ser fiel en el uso de la Palabra y acudir regularmente a su Señor todopoderoso en oración.

Oración

¹⁸ Orad en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu, y velad en ello con toda perseverancia y súplica por todos los santos ¹⁹ y por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, ²⁰ por el cual soy embajador en cadenas, y con denuedo hable de él como debo hablar.

Abunda todo tipo de nociones incorrectas acerca de lo que es la oración y de lo que se puede esperar de ella. El apóstol les da instrucciones importantes a los efesios acerca de los dos temas.

Comienza diciéndoles: “[oren]...en el Espíritu”. Lo que él defiende no es una oración dramática ni espectacular como la carismática. Más bien, indica solamente que por medio de Cristo cualquiera se puede acercar apropiadamente al Dios trino. Una característica esencial de la oración es que brota de un corazón lleno de fe (Santiago 1:6,7; Hebreos 11:6). Y es claro que la fe es algo que sólo el Espíritu Santo puede obrar. La fe obrada por el Espíritu toma la Palabra a Dios, confía en sus promesas y se acerca confiadamente a él como a su amado Padre celestial. Todo eso concuerda perfectamente con lo que Pablo había escrito antes: “Por medio de él [Cristo] los unos y los otros [judíos y gentiles] tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (2:18).

¿Qué debe pedir un cristiano en su oración? Generalmente la gente siente que es adecuado acercarse a Dios con peticiones “importantes” y en tiempos de emergencia. Pero no quieren acercarse a él ni molestarlo para otras cosas, y razonan así: sin

duda, él no se puede interesar en los problemas pequeños que tengo. Además, debo ser capaz de solucionarlos yo mismo. Sin embargo, notemos que Pablo dice: “[Oren] en *todo tiempo con toda oración y súplica* en el Espíritu”.

En las Escrituras difícilmente se encuentran indicaciones más precisas y más frecuentes que la invitación y el ánimo a que las personas oren. El Señor promete: “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmo 50:15). Nuestro Salvador solemnemente les aseguró a sus discípulos y también nos asegura a nosotros: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Lucas 11:9). Pedro anima a sus lectores, diciéndoles: “Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros” (1 Pedro 5:7). En otra parte, Pablo dice: “Orad sin cesar. Dad gracias en todo, porque ésta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Tesalonicenses 5:17,18).

En el área de los asuntos espirituales, como el perdón de los pecados, el don de una buena conciencia, la conversión de los incrédulos, o la unidad de la iglesia, sabemos que es la voluntad misericordiosa de Dios darnos todas estas cosas. Sin embargo, en los asuntos temporales, siempre añadiremos la condición “si es tu voluntad”. A estas oraciones Dios les da una respuesta, cuando él determine y a su manera.

Y como los efesios tienen el privilegio precioso de la oración, como lo tenemos todos los cristianos, Pablo los exhorta así: “Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos” (v 18, NVI). Los “santos” son los hermanos creyentes que están con los efesios, los que, como ellos, se han convertido en santos por la fe en los méritos de Cristo. Pablo les pide a los efesios que oren por todos ellos, y pide una oración especial por un santo en particular, él mismo: “Por mí, a fin de que al abrir mi boca me sea dada palabra para dar a conocer con denuedo el misterio del evangelio, por el cual soy embajador en cadenas; y con denuedo hable de él como debo hablar.”

Recordemos que el apóstol Pablo escribe esta carta en Roma, donde está bajo arresto domiciliario y en espera de un juicio por causa de haber predicado el evangelio. Hay mucho que está en juego en el resultado de su caso, no sólo para él en lo personal (vea Filipenses 1:21-24), sino especialmente para la iglesia cristiana. En un verdadero sentido, Pablo es “un embajador en cadenas”. Es un representante de Cristo y de su evangelio. Teniendo esto presente exhorta así a los efesios: “[Oren que] con denuedo hable de él como debo hablar”.

SALUDOS FINALES (EFESIOS 6:21–24)

²¹ Para que también vosotros sepáis mis asuntos y lo que hago, todo os lo hará saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor, ²² el cual envié a vosotros para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros y para que consuele vuestros corazones.

Pablo no era un robot. Era una persona de temperamento cálido, agradable y tenía un gran interés en la gente. Se da cuenta de que los hermanos en Cristo se sienten ansiosos por él mientras espera el juicio. Trata de calmar esta preocupación al enviar a Tíquico “para esto mismo, para que sepáis lo tocante a nosotros y para que consuele vuestros corazones”.

Desearíamos saber más acerca de Tíquico, merecedor de la gran alabanza de ser “el hermano amado y fiel ministro en el Señor”. Se le menciona en otros cuatro pasajes del Nuevo Testamento. Tres de ellos son solamente referencias pasajeras (Hechos 20:4; 2 Timoteo 4:12; Tito 3:12). El cuarto, Colosenses 4:7-9, merece verse con más detenimiento. Allí el apóstol escribe: “Todo lo que a mí se refiere, os lo hará saber Tíquico, amado hermano y fiel ministro y consiervo en el Señor. Os lo he enviado a vosotros para esto mismo, para que conozca lo que a vosotros se refiere y conforte vuestros corazones. Lo acompaña Onésimo, amado y fiel hermano, que es uno de vosotros. Todo lo que acá pasa, os lo harán saber.” Lo primero que nos impresiona es la gran similitud con el pasaje de Efesios. Es cierto que esto es verdad de muchos pasajes de Colosenses. Aquí el punto específico de coincidencia es que Tíquico les debe explicar las circunstancias de Pablo tanto a los efesios como a los colosenses.

También hay que notar otro hecho interesante. En Colosenses se dice que Onésimo acompaña a Tíquico. Recordemos que antes habíamos hablado de Onésimo, el esclavo fugitivo que se convirtió

al cristianismo y a quien Pablo estaba enviando de regreso a su amo cristiano, Filemón. Pablo dice que Onésimo es “uno de vosotros [colosenses]”.

Es así como surge el siguiente escenario: La “transacción” principal es que Pablo envía a Onésimo a su amo, Filemón, que vive en Colosas. Tíquico lleva una carta (nuestro libro Filemón del Nuevo Testamento) para suavizar el problema delicado de un Onésimo arrepentido que es recibido nuevamente en casa de Filemón. Este asunto también puede tener repercusiones en la congregación de Colosas, de modo que Pablo también le envía una carta a la congregación, nuestro libro de Colosenses del Nuevo Testamento. A propósito, hay que notar la sección grande acerca de los esclavos en la Tabla de Deberes de esa carta (Colosenses 3:22-25). Tíquico lleva las dos cartas a la ciudad de Colosas. Para llegar allí tendrá que viajar a través de Éfeso. Parece que Pablo aprovecha la oportunidad para escribirles una carta paralela a sus amados efesios, con quienes había trabajado por tres años (Hechos 20:31). Por lo tanto, parece ser que Tíquico lleva tres cartas: Efesios, Colosenses y Filemón, mientras acompaña a Onésimo de regreso a su hogar que está en Colosas.

²³ Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo. ²⁴ La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable. Amén.

Pablo añadió un recordatorio acerca de la importancia de orar a la sección donde habla de vestirse con la armadura de Dios: “Velad... con toda perseverancia” les dijo a los Efesios, “y súplica por todos los santos”. Pablo ponía en práctica lo que predicaba. El pensamiento de despedida en su carta es en realidad una oración intercesora. Ora por los efesios y por todos los creyentes en Cristo a quienes el Espíritu ha congregado en esa gran unidad que es la santa iglesia cristiana. La oración de Pablo por todos ellos es que puedan recibir “paz... y amor con fe”.

Éstas no son recompensas que se ganan ni se merecen. Son los regalos de un Dios amoroso, que en Cristo es motivado a dar “todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos” (3:20). Entre estos regalos está incluido nada menos que el cielo mismo. Este amor de nuestro Dios Redentor inspira solamente una respuesta, que amemos a aquel que nos amó primero a nosotros. Pablo tiene en su pensamiento a todos los que respondieron de esta manera cuando termina su oración y su carta con la petición: “La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable”.

ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
2º CRÓNICAS	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1º TESALONICENSES	APOCALIPSIS
2º TESALONICENSES	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

Pablo escribió a los Gálatas porque la fe de ellos estaba siendo amenazada por falsos maestros quienes decían que la salvación dependía tanto de Cristo como de las obras. Pablo escribió que este falso evangelio no eran ningún evangelio. Cuando Pablo estaba prisionero escribió su carta a los Efesios para recordarles, lo que el gran poder y la gracia de Dios habían hecho por los creyentes.